

The background of the cover is a high-contrast, yellow and black image. It shows a man's profile in the lower-left foreground, looking towards the right. The background is a bright yellow sky with dark, silhouetted mountains or hills. The overall mood is dramatic and contemplative.

ORQUÍDEAS NEGRAS JUAN BOLEA

Lectulandia

Ambientada en la isla canaria de El Hierro a la que llega el protagonista, un vulcanólogo llamado Ricardo Dax. En su camino se cruzarán una atractiva y misteriosa mujer casada con excéntrico director de cine, dos curiosos vecinos (un investigador de lagartos y un artista), una serie de misteriosos asesinatos y personajes secundarios con cosas que ocultar.

Lectulandia

Juan Bolea

Orquídeas negras

ePub r1.1

Titivillus 09.01.15

Título original: *Orquídeas negras*

Juan Bolea, 2010

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Minutos antes de las diez de la mañana, un helicóptero pintado de rojo y azul, como los colores del equipo de fútbol al que apoyaba el pasajero, despegó del aeropuerto de la isla de La Palma.

El hombre que ocupaba el asiento junto al piloto era un joven vulcanólogo. Se llamaba Ricardo Dax y había permanecido en La Palma varias semanas. Estudiando, por un lado, los fondos marinos. Desarrollando, por otro, una misión confidencial relativa al mapa sísmico del archipiélago canario y a sus potenciales riesgos: terremotos, tsunamis, nuevas erupciones volcánicas.

«Personalmente, estoy más que de acuerdo con que ambas hipótesis resultan altamente improbables», había repetido hasta la saciedad Luis Manglano, el director de la Estación Vulcanológica de Tenerife, a cuyas órdenes se encontraba Ricardo Dax. «Pero —solía añadir el propio Manglano, subrayando el pero— la historia geológica de las islas nos obliga a no confiarnos ni a desdeñar en ningún momento esos supuestos».

El director calculaba en tres sobre cien las probabilidades de que, como decía él, tuviesen «un poco de baile». En consecuencia, si no en estado de alerta, el equipo de la Estación Vulcanológica debía permanecer, cuando menos, con los ojos abiertos. Componían dicha división científica una docena de vulcanólogos y geólogos, la mayoría de los cuales operaba de manera más o menos estable en el área tinerfeña.

En el último trimestre, la dirección había considerado conveniente actualizar los indicadores sísmicos del archipiélago. Hubo que reforzar la plantilla y repartir el trabajo por especialidades y zonas.

Dentro de esa estrategia, Manglano había encomendado a Ricardo Dax, recién contratado por la Estación gracias a su excelente currículum y a las recomendaciones de la Universidad de Barcelona, donde daba clases, una serie de mediciones y trabajos complementarios a realizar en La Palma y en El Hierro.

Esa era la razón por la que, aquel 1 de marzo de 2009, y cumplida la primera fase de su misión, Dax se dirigía hacia la segunda de las mencionadas islas. Conocía bastante bien las seis restantes, pero, por una u otra razón, nunca había estado en El Hierro.

La mañana no era buena para volar. Nada más despegar, el helicóptero se había elevado ruidosamente sobre los conos volcánicos de La Palma. Pronto, la silueta de la isla hubo desaparecido tras una capa de niebla.

En altura, la nubosidad no despejó. Todo lo contrario. Fue adensándose más y más, hasta que el aparato, condenado a atravesar esa algodonosa penumbra sin que en ningún momento, desde la cabina, pudiera contemplarse el mar, quedó atrapado en una láctea oscuridad. Ciegos a otra visión que no fuesen las nubes, piloto y pasajero fueron cruzando el brazo de Atlántico hacia la más pequeña de las Islas Afortunadas, situada en la punta occidental del archipiélago.

Transcurrida una hora de vuelo, el pedazo de tierra rodeado de agua que durante siglos, hasta el Descubrimiento de América, simbolizó el extremo del mundo conocido, se les apareció como una monstruosa manta emergiendo del océano en la noche de los tiempos.

Desasosegado por aquella primera y tenebrosa imagen de El Hierro, Dax quiso imaginar que, en los días claros, sus negros acantilados reflejarían la luz del sol como espejos de antracita. Pero aquel triste 1 de marzo la atmósfera era opaca y, salvo la propia lluvia a la luz de los faros del helicóptero, nada de lo que había en el mar o en la tierra irradiaba brillo.

«Es como si estuviéramos a punto de aterrizar en la luna», pensó el vulcanólogo.

2

Gabriel Sendín, el piloto, hizo descender el aparato. Era un hombre de unos treinta y cinco años de edad, con el pelo muy corto, la mirada altiva y una de esas mandíbulas cuadradas que suelen inspirar principios firmes o ideas fijas. A Dax le había parecido un militar, pero no lo era.

A medida que el helicóptero perdía altura, las nubes se deshilaron. Entre sus desgarrados filamentos comenzaron a perfilarse los primeros volcanes. Sobrevolándolos, Dax experimentó una emoción familiar, un vacío en la boca del estómago. Vivos o muertos, con cenizas solidificadas o con nieves perennes, los volcanes le conmovían siempre.

El helicóptero continuó descendiendo gradualmente. Dax pudo ver con progresiva claridad un paisaje de cráteres. Más grandes unos, más erosionados otros... Sus inimaginables explosiones, un millón de años atrás, hicieron emerger, desde las profundidades de la cordillera sahariana, ese pedazo de tierra que llamaban El Hierro.

Buena parte de la dorsal oceánica continuaba sumergida. A un centenar y medio de millas al sur de la isla, sus submarinas cumbres, infestadas de tiburones cañabota, ocultaban bajo las aguas del Atlántico campos de coral, naufragios, quién sabía qué misterios.

La absorta mirada de Dax fue recorriendo la costa solitaria y salvaje. Las olas rompían con furia contra los escudos de roca. Le pareció que el contorno de El Hierro iba derivando al de una mariposa. Pero no resultaba un dibujo amable, sino vagamente amenazador.

—Un lugar inhóspito —comentó. El piloto le dio la razón.

—No olvidemos que, para los antiguos, esto era el fin del mundo.

A Dax se le ocurrió pensar: «¿Y si el fin del mundo no estuviera tan lejos?».

3

A Ricardo Dax no le faltaban motivos para elucubrar de ese modo. Según los datos disponibles en la Estación Vulcanológica, durante los meses de diciembre de 2008 y enero de 2009 se habían registrado temblores en varios puntos del archipiélago. Todos ellos por debajo del segundo grado de la escala de Richter, pero encadenados con una frecuencia inusual.

A propósito de esas inquietantes manifestaciones de la corteza insular, Dax había intercambiado opiniones con sus expertos compañeros. En la línea del director Manglano, ninguno de ellos descartaba por completo que en alguna de las islas llegara a producirse lo que, de manera eufemística, denominaban «una erupción tranquila».

Por decisión de la dirección, Dax debería hacerse cargo de la subestación de El Hierro, en estado de semiabandono desde octubre de 2008.

A mediados de ese mes, Luis Manglano, el director, se había visto obligado a dar de baja al técnico herreño, un meteorólogo llamado Rubén Olmo Seco, cuyos apellidos habían motivado machadianas bromas entre sus compañeros tinerfeños.

Además de la subestación de El Hierro, Olmo Seco se ocupaba de mantener, también en la misma isla, el faro de Orchilla y el observatorio meteorológico de Malpaso. Fue precisamente en ese agreste paraje donde un patinazo de su *jeep* le hizo dar vueltas de campana por un desnivel, fracturándose varias costillas y rompiéndose un peroné. Era dudoso que estuviese recuperado antes del verano, por lo que muy bien Dax, si se adaptaba a las condiciones del trabajo, podría permanecer en El Hierro hasta bien entrado el otoño; celebrar allí, incluso, la llegada de 2010.

Uno de sus cometidos consistiría en poner al día el material de la subestación. Con ayuda de un buzo, instalaría sensores submarinos para mejorar los niveles de previsión sísmica en la plataforma litoral. Dichos indicadores, diseñados por la propia Estación tinerfeña, se hallaban en período de pruebas. No se descartaban fallos. Por eso, siguiendo las órdenes de su director, Dax debía observar una estricta reserva con los colaboradores de que iba a disponer en El Hierro: el guía para sus desplazamientos por la isla y el buzo que le escoltaría en las inmersiones, en busca de zonas óptimas para la implantación de sensores. Si las corrientes submarinas lo permitían, Dax se proponía asimismo instalar cámaras que registrasen, además de cualquier anomalía tectónica, la actividad de la fauna marina.

Desde un punto de vista muy diferente, Ricardo Dax iba a El Hierro a olvidar. Su novia, Leticia, había muerto durante esa pasada Navidad, en Barcelona, de un accidente de moto. Por un descuido fatal, se había saltado un semáforo, estrellándose contra un coche en pleno paseo de Gracia. Como consecuencia del impacto, Leticia había fallecido al instante.

Solo tenía veinticinco años, cinco menos que él. Estaban enamorados, planeaban casarse... Dax había acudido al tanatorio con la madre de Leticia. Enfrentarse al

cadáver de la que había sido su chica, a la imagen de su rostro despellejado por los golpes contra el asfalto le había sobrecogido y, con el paso de los días, de las semanas sin ella, hundido en una profunda depresión. Se pasaba horas en la cama, sin pisar su despacho universitario. Para combatir ese estado de postración, un psiquiatra amigo suyo le había recetado una mezcla de psicotrópicos y ansiolíticos cuyos acumulados efectos estaban alterando sus reflejos y hábitos. No era su voluntad, sino esta píldora o aquella cápsula lo que le recordaba cuándo precisaba activarse, concentrarse en sus actividades docentes, investigadoras, o si, por el contrario, era preceptivo relajarse y dormir. Con frecuencia venía registrando síntomas de dispersión, somnolencia, irritación nerviosa; sus ideas parecían flotar en una burbuja gaseosa, destrabándose y alejándose unas de otras como molinillos de viento impulsados por corrientes de aire que soplasen en direcciones opuestas...

En ese preciso momento, sin ir más lejos, sus sienes estaban latiendo con alocada presión contra la ventanilla del helicóptero. La forma de El Hierro se desdibujaba a sus ojos. ¿Se debía a la neblina o al efecto de los medicamentos? Dax no podía saberlo, pero un fuerte mareo y una aprensiva sensación de inseguridad se estaban apoderando de él.

No supo a qué, pero tuvo miedo. Era un pánico enfermizo, del tipo que se puede sentir poco antes de entrar a un quirófano, o del que se experimenta después, cuando uno empieza a despertar de la anestesia y nota un lacerante y desconocido dolor.

Por eso, casi agradeció que el piloto se dispusiera a contarle otro chiste. Desde que habían despegado de La Palma, Gabriel Sendín le había contado unos cuantos, todos escabrosos.

—¿Sabe el de los porrones? —le preguntó el piloto, soltando los mandos para rascarse la nuca.

—¿Le ocurre algo?

—¡Me pica! Es como si se me hubiera metido un bicho. ¡Sal de ahí!

Dax se le quedó mirando, atónito. En su intento de rascarse la espalda, el piloto se había quitado el cinturón de seguridad y se retorció en su asiento. El helicóptero cayó una decena de metros. Paralizado por el temor a estrellarse contra la superficie de aquella accidentada tierra volcánica cuyos agresivos contrastes desfilaban vertiginosamente debajo de él, Dax acertó a exclamar:

—¡Coja los mandos!

El piloto dejó de rascarse y estabilizó el aparato. Dax soltó un suspiro de alivio.

—¿Era una broma, no?

—¿El qué?

—Lo que acaba de hacer. Fingir que nos íbamos a estrellar.

—¿Un piloto bromista? —repitió Sendín, abriendo mucho la boca—. ¡Sí! —reconoció, rompiendo a reír—. Lo que acaba de ver no es nada comparado con las piruetas que me gusta hacer en las prácticas de acrobacia, pero ¿a que ha sido emocionante?

—Me gustaría llegar vivo. No haga más locuras.

—Está bien, no se ponga así. Le aseguro que otros pasajeros lo encuentran divertidísimo. Uno tiene que dar satisfacción a toda clase de clientes, incluidos los neuróticos que...

—¿Lo dice por mí?

—¡Claro que no! Y, para demostrárselo, voy con el siguiente chiste.

—Ya me ha contado demasiados.

—Este le va a encantar. Verá. Es uno que llega al cielo y se encuentra a un amigo que había muerto años atrás. El amigo está estupendamente, de lo más relajado y feliz. Y no es de extrañar, porque en el cielo le rodean un montón de chicas desnudas que sostienen en las manos porrónes de vino, sidra y champán. «¿Esto es el cielo?», pregunta el recién llegado. «¿A que no te lo imaginabas así? —le responde el amigo—. No seas tímido, hombre. Puedes disponer a tu antojo de cuanto ves... ¿Qué te pasa, no me crees? Compruébalo por ti mismo. Anda, ven aquí y coge uno de esos porrónes». El otro se anima a seguir su consejo, agarra un porrón y lo alza para beber un trago. Pero, por más que sacude el porrón, no cae una sola gota. Después de examinarlo, acaba haciendo un descubrimiento: «¡Este porrón no tiene agujero!». «¿Y qué te creías?», le replica su amigo, añadiendo: «¡Y las chicas tampoco!».

A su pesar, Dax esbozó una sonrisa. Como estímulo, fue suficiente para que el comunicativo piloto se lanzara a contarle otro chiste:

—Un tío se acerca a una tía buena en una discoteca y le pregunta: «¿Bailas?». Ella le suelta un despectivo «no» y él añade: «En ese caso, lo de follar es que ni te lo planteo».

Una compulsiva carcajada hizo inclinarse al piloto sobre el panel de navegación. El helicóptero perdió estabilidad. Dax reparó en que el patín de babor sobresalía por encima de su eje visual y zarandeó a Sendín.

—¡Reaccione! ¡Vamos a matarnos!

Sin alterarse lo más mínimo ni dejar de reír, el piloto recuperó el dominio de la aeronave.

—¿No es buenísimo?

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? ¡El chiste!

—Está usted como una cabra —masculló Dax.

—Hay que estarlo para volar en un trasto como este. ¡Eh, nos estamos quedando sin combustible! ¡Mire a ver si hay una gasolinera por aquí cerca!

Otra vez el piloto se estaba partiendo de risa. Dax renunció a celebrar su última broma y decidió dejarlo por imposible. Sabía que ciertos episodios de la historia personal de Gabriel Sendín permanecían en zonas de sombra. No le había conocido hasta esa misma mañana, en el aeropuerto de La Palma, pero sus compañeros de la Estación tinerfeña le habían hablado de él. Y no demasiado bien.

Sendín había llegado a Santa Cruz de Tenerife como médico. Firmó un contrato

con una cadena de hoteles y abrió consulta propia. En tan solo unos cuantos meses adquirió casa y coche. Tenía amigos, éxito con las mujeres. Continuó ganando dinero y disfrutando de la vida hasta que fue denunciado por haber emitido un diagnóstico erróneo, con graves consecuencias para la salud de uno de sus pacientes. En el curso de la investigación posterior, la organización colegial descubriría que, aunque llevaba cinco años despachando como tal, Sendín no era médico. Nunca había terminado la carrera. Un tribunal le condenó a tres años de prisión, de los que cumpliría diecinueve meses. Al salir, se matriculó en las asignaturas que le faltaban, concluyó Medicina y obtuvo el título de piloto, oficio que acabaría ejerciendo.

El helicóptero en el que estaban volando era de su propiedad. Sendín lo utilizaba indistintamente para transporte de pasajeros o tareas de rescate. Algunas de ellas, de alto riesgo, le habían rehabilitado ante las autoridades de salvamento marítimo, redimiendo su golfa leyenda y concediéndole un cierto y —aquí sí— bien merecido prestigio. El dinero lo ganaba, sobre todo, con turistas o particulares, en tours aéreos y vuelos individualizados que incluían aterrizajes en parajes apartados o exóticos de las islas.

—Voy con otro chiste —amenazó Sendín—. ¿En qué se parecen una chica y un helicóptero?

—No tengo ni idea —bostezó Dax.

—Piénselo.

—No lo sé, ya le digo.

—En que el helicóptero tiene una cabina con alas y a las chicas...

—¿Qué es aquello? —le interrumpió Dax, deseando cambiar de tema e interesándose en algo que acababa de divisar en tierra.

Atravesaban un área de turbulencias. Sendín aferró el timón.

—¿A qué se refiere?

Estaban sobrevolando los conos del extremo suroccidental de El Hierro. Dax no acertaba a definir lo que se vislumbraba en la cima de uno de ellos, el más próximo al mar.

—A esa curiosa... instalación. Allí.

El piloto alargó el cuello hacia la ventanilla.

—¿Cerca del faro, en la ladera de aquel cráter de color mostaza?

—Eso es.

—¿Con paneles solares, vegetación y una piscina adaptada a una cubeta de lava?

—¿Quiere decirme que esa especie de lágrima celeste es una piscina?

—De diseño —matizó Sendín—. La casa se abre al interior, adaptada a una cueva. Pero no vaya a imaginarse algo así como la madriguera de un *squatter*. Se trata del capricho de un millonario. Una verdadera mansión, según tengo entendido, al estilo de las construcciones de César Manrique.

Al vulcanólogo le costó creerlo.

—¿Una vivienda de lujo dentro de un cráter? ¿Cómo han permitido las

autoridades urbanísticas construir algo así?

—No tengo ni idea, pero en estas islas el dinero suele abrir muchas puertas. Las costas están plagadas de viviendas que no respetan la legislación, edificadas en enclaves prohibidos. Esta es, simplemente, una irregularidad más.

—¿Ha visitado esa casa?

—No, ni creo que lo haya hecho nadie. Un constructor de Valverde me enseñó unas fotos cuando estaban acondicionando la vivienda. Es insólita, una auténtica virguería. Tiene túneles, un estanque subterráneo...

¿Le interesa? Aguarde, nos acercaremos un poco más. De ese modo la verá mejor.

El helicóptero trazó un amplio círculo sobre el anaranjado cono en el que alguien, lo bastante excéntrico y rico para ello, pensó Dax, había edificado un sueño hundiendo sus cimientos en aquel abrupto entorno de escoria volcánica y antiguos materiales eruptivos. El aparato siguió perdiendo altura hasta que el cuello del volcán, como el de un decapitado búfalo, quedó a medio centenar de metros de ellos. Entre la bruma se apreciaban las fantásticas tonalidades del cráter, rojo caldero, negro carbón, variedades y matices de amarillos y verdes apagados como la retama o el musgo, o brillantes como el caparazón y las alas de algunos insectos... Un jardín tropical, con altas yucas, cactus y palmeras se escalonaba en la ladera interior del cono. Entre las plantas se apreciaban construcciones de madera y lo que parecían reflejos de superficies acristaladas; grandes ventanales, quizá.

—El emplazamiento es idílico —observó Dax—. Pero ¿dónde comprarán el periódico y el pan?

—Esa gente no necesita a nadie.

—¿Viven ahí?

—Que yo sepa, buena parte del año.

—¿Cómo se abastecen?

—Utilizan energías alternativas.

—¿Y el agua?

—Puede que dispongan de algún manantial. Como en tantas casas de El Hierro, almacenarán en aljibes el agua de lluvia. Pero esa edificación es única, ya le digo.

—¿La gente la conoce?

—Una guía la incluyó entre los atractivos de la isla, pero el dueño no paró hasta que consiguió retirar la publicación. ¿No quiere saber a quién pertenece?

—Al final, ha conseguido despertar mi curiosidad.

—A Leo Cosmo.

El helicóptero estaba remontando el vuelo. El rotor de las hélices hacía tal ruido que no dejaba oír.

—¿A quién?

El piloto tuvo que elevar la voz.

—Cosmo, el director de cine. Creo que fue muy famoso en su época, allá por los años setenta y ochenta.

—Lo sé. He visto sus películas. ¿Y usted?

—Mentiría si dijera que sí. Una vez entré en Internet y me enteré de que había adaptado algunos cuentos de Edgar Allan Poe y filmado una versión sui géneris de Jack el Destripador.

Dax asintió. Era muy aficionado al cine. En su memoria, las películas, como los minerales, se clasificaban por antigüedad y género. Había visto una decena de cintas de Cosmo, entre ellas su versión del Destripador. Se titulaba *Vayamos por partes* y era un cóctel entre trágico y gótico, con unas gotas de esperpento y fantasía, sobre los sanguinarios crímenes de Whitechapel.

Leo Cosmo no se llamaba así. Se trataba de un seudónimo, pero Dax nunca había sabido su verdadero nombre.

En cambio, sabía que, aunque el director era español, prefería trabajar con actores extranjeros. Había filmado con los hermanos Fonda y con un jovencísimo Jack Nicholson. Muchas de sus películas se habían rodado en España. Solía utilizar escenarios reales, castillos, monasterios. *Vayamos por partes* no era su mejor trabajo, aunque sí muy representativo de su humor corrosivo y, en ocasiones, por truculento, desagradable. Cosmo había facturado productos de más calidad, pero su estilo siempre había sido... Original, decadente, pensó Dax. Para apelar a su memoria, el vulcanólogo cerró los ojos. En débiles policromías, su mente iluminó imágenes de mórbidas doncellas, resbaladizas escaleras de piedra por las que reptaban seres de ultratumba, criptas en las que los vampiros dormían el ligero sueño de la eternidad... El cine de Cosmo era excesivo, *kitsch*, y, sin embargo, poseía una rara fuerza, una malsana inspiración...

—¿Cuándo se trasladó Leo Cosmo a El Hierro? —le preguntó al piloto.

—Hará unos tres o cuatro años que hizo construir la casa del volcán. Lleva una vida apartada. De vez en cuando abandona la isla, pero siempre vuelve.

—Creí que había muerto.

—Y yo, hasta que un buen día contrató mi aparato. El de volar, quiero decir.

Sendín volvió a estallar en carcajadas. Su pasajero temió que fuese a castigarle con un nuevo chiste. Para evitarlo, preguntó:

—¿Qué impresión le causó?

—¿Quién? ¿Cosmo? Entre una cobra y una pitón, ¿qué reptil elegiría?

—Hablo en serio.

—¿No sabe que los artistas llevan una bolsa para el veneno?

—Cosmo no tenía fama de mala persona.

—A mí me pareció un prepotente.

—Su cine me interesa. Hábleme de él.

—Lo haré mientras seguimos sobrevolando la isla.

—¿Tiene que prolongar el vuelo?

—No necesariamente.

—¿Entonces?

—Será una corta travesía de placer.

—Malgastará combustible. ¡Espere un momento! ¿No lo hará por mí?

Sendín le guiñó un ojo.

—¿Por quién, si no?

—¿Con qué propósito?

—Para que se vaya ambientando. La estancia en El Hierro es dura y yo no estaré ahí abajo para confortarle con mi selección de chistes. De entrada, intentaremos que su llegada a la isla del fin del mundo sea lo más grata posible. Tiempo tendrá de arrepentirse por haber venido.

—Espero no tener que hacerlo.

—Lo lamentará, eso está escrito. De lo único que puede uno estar seguro en El Hierro es de echar de menos al resto del mundo.

—Suenas como una maldición. ¿No hay excepciones?

—Como hay locos para llenar los manicomios.

—Deduzco que no es un admirador de la isla.

—No, no lo soy. El viento es traicionero y este mar... Me produce frío. Ni loco me bañaría en estas costas.

Como dando la razón al piloto, se puso a llover. La meteorología no invitaba a continuar en el aire, pero Dax terminó agradeciendo aquel paseo panorámico. Había estudiado infinidad de gráficos e imágenes de El Hierro, incluido un programa informático en tres dimensiones que permitía recrear su génesis, la colisión entre las placas oceánicas, las convulsiones que habían hecho aflorar hirvientes calderas, ríos de magma, un triángulo de tierra volcánica en medio de la nada; pero así, tan cerca, entre bancos de niebla, con cientos de cráteres a cielo abierto, con los tenebrosos acantilados salteados aquí y allá por misteriosas cavernas y petroglifos, la isla le resultó una perfecta desconocida, inhóspita y altiva, envuelta en un halo de leyenda.

Sendín fue señalándole algunos lugares de interés y las minúsculas poblaciones. Después, como si estuviera obsesionado con Leo Cosmo, y sin que Dax le hubiese vuelto a preguntar sobre él, se refirió de nuevo al director de cine.

—Cosmo necesitaba desplazarse a Lanzarote —recordó el piloto—. Previamente, me hizo volar sobre las islas de Alegranza y La Graciosa. Llevaba una cámara y se puso a filmar desde el aire. Su mujer era de esas que...

—¿La última? —curioseó Dax. Sabía que Cosmo había estado casado en varias ocasiones. Su vida privada era poco conocida.

—Supongo.

—¿Muy joven?

—Unos veinticinco.

—¿Atractiva?

—Provocativa —matizó Sendín—. Le daré más detalles, para que sueñe con ella. Llevaba un top muy ceñido y tres gaviotas tatuadas alrededor del ombligo.

Dax sonrió.

—Veo que le impresionó. El piloto sentenció:

—Hay tías por las que uno perdería la bola. Ésa era una.

Dax frunció los labios.

—No sigamos hablando de mujeres. No en otra isla semidesierta.

Sendín estalló en una carcajada.

—¡Lo he cogido! ¡Es gay!

Semejante salida de tono irritó al vulcanólogo.

—Ese chiste no ha sido tan divertido.

El piloto le propinó un puñetazo amistoso.

—No me lo tenga en cuenta. ¿Estoy disculpado? Gracias. Volviendo a la mujer de Cosmo... ¿Qué haría esa chica con un tipo cuarenta años mayor que ella?

¡Viejo rijoso! Le decía cosas bonitas, pero como se las diría a una mascota, a un animalito de compañía. Simplemente el tono con que se dirigía a ella ya resultaba insultante. La pobre parecía anulada, colgada... Jamás me había tropezado con una pareja tan estrambótica. Los dejé en el aeropuerto de Lanzarote. Un Rolls que habían hecho transportar en barco les estaba esperando. Antes de subir a aquel automóvil de superlujo, Cosmo se volvió, me enfocó con su cámara y nos grabó a mi helicóptero y a mí. Tuve una sensación invasiva. Ese hombre te intimidaba con los gestos, con la voz... Era todo arrogancia, un pedazo de cabrón como he visto pocos.

Dax volvió a señalar a tierra y Sendín asintió. Abajo, cerca de la costa, se distinguía el aeropuerto, con el pequeño edificio de la terminal y una pista que desde el aire aparentaba ser demasiado corta. El fuerte viento desestabilizaba la aeronave.

—La cosa se está poniendo fea —advirtió el piloto—. Vamos a aterrizar.

Justo cuando la libélula de acero apuntaba a la torre de control, un relámpago desgarró el cielo y se puso a llover torrencialmente. Dax tuvo la vertiginosa sensación de que un dinamismo más poderoso que la gravedad se disponía a succionarles hacia el centro de la tierra, pero Sendín apeló a su pericia y el aterrizaje fue rutinario.

Cuando las hélices dejaron de girar, Dax estrechó la mano del piloto, abrió la portezuela y echó a correr bajo el aguacero. Llevaba su mochila a la espalda, en una mano la bolsa con el equipo de buceo y en la otra el maletín con su ordenador portátil.

Antes de refugiarse en la terminal permaneció unos segundos bajo la lluvia, contemplando el mar. Las olas restallaban contra el espigón con tal fuerza que el solo pensamiento de quedar a su merced infundía pavor.

Había llegado a su destino.

En la sala de espera del aeropuerto, el guía local provisionalmente asignado a la subestación de El Hierro le hizo un gesto de bienvenida. Dax comprobó de un vistazo que nadie más le estaba aguardando y se acercó a él.

Como si una enfermedad lo hubiera arrasado, aquel herreño que había ido a recogerle era macilento y flaco. Tenía las mejillas hundidas, el pelo ralo y, colgando de su esquelética caja torácica, una barriga en forma de melón.

Tampoco su indumentaria contribuía a mejorar su apariencia. Llevaba una camisa rozada, un pantalón raído y sandalias de fraile a través de cuyas sobadas tiras de cuero asomaban, como garras, uñas renegridas por el polvo de los senderos isleños. Ni su más optimista valedor le habría calculado menos de sesenta años. Sin embargo, según Dax sabría más adelante, tenía cuarenta y siete.

Se apellidaba Perdigón, pero el vulcanólogo había olvidado su nombre de pila.

—José —le ayudó el guía; su voz sonaba como arena arrastrada por el viento—. Bienvenido a El Hierro, ingeniero.

—Verá, yo no...

Sin mirarle, Perdigón torció la boca. «Será su manera de sonreír», pensó Dax. Como enumerando los cargos de una acusación, el guía se fue pellizcando los dedos:

—¿Geólogo, astrónomo, oceanógrafo?

—Vulcanólogo —le corrigió Dax.

—¿Qué más da? Para mí, todos ustedes son ingenieros.

El rostro de Perdigón se arrugó como la piel de una manzana podrida. «Ha vuelto a sonreír», columbró Dax. El guía sacó un paquete de tabaco canario y le quitó el precinto.

—¿Un pitillico?

—He dejado de fumar.

—Mejor para usted y también para mí. Dígame, ingeniero...

—Lámeme como quiera, me da igual. ¿Cómo prefiere que le llame yo?

—Señor Pepico, me dicen acá.

Una bocanada de su aliento, empapado en aguardiente y ajo, alcanzó a Dax y su pestilencia casi le provocó una arcada. Perdigón no estaba borracho, pero había rondado por los bares y solo debía de haber frenado para ir a buscarle al aeropuerto. Dax empezó a pensar en el señor Pepico como en una molestia añadida a las muchas que con seguridad le aguardaban en El Hierro.

Propuso:

—¿Nos vamos?

—¿Ya quiere dirigirse a su alojamiento?

—Es lo que suele hacerse cuando uno llega de viaje, ¿no?

—¿Está cansado?

—El vuelo ha sido pésimo.

—¿Tomamos algo de camino para celebrarlo?

—¿Qué hay que celebrar?

—Su llegada. Déjeme invitarle a un trago, como muestra de hospitalidad.

Dax consultó el reloj. Eran las once de la mañana.

—Demasiado pronto para tomar una copa.

—Nunca es tarde para un malvasía.

A eso apestaba. Dax interpuso la primera excusa que le vino a la cabeza:

—He hecho algunas fotos desde el helicóptero. Me gustaría procesarlas en mi ordenador y reenviarlas a Tenerife. Tengo que elaborar unas gráficas de mis últimas observaciones en La Palma.

Perdigón le pegó un codazo en las costillas.

—¿Un fanático del trabajo, eh?

El recién llegado no contestó. Salieron al *parking*. La lluvia arreciaba.

—¿No será usted gafe? —exclamó Pepico, corriendo bajo la capa de agua—. ¡Menudo diluvio! ¡Para cuatro días al año que llueve en El Hierro!

Se oyó un zumbido. El helicóptero acababa de despegar y pasaba por encima de ellos. Sin dejar de correr bajo el aguacero, Dax volvió a saludar al piloto. Pero el día se había oscurecido y Sendín no pudo verle. Un viento huracanado inclinaba la lluvia en oblicuas cortinas de agua cuyas gotas pinchaban como alfileres. Curiosamente, hacía calor. Del asfalto ascendía un fuerte olor a caucho. Antes de que los dos hombres alcanzaran el coche, la tormenta tropical les había calado.

Empapados, subieron al *jeep*. Olía a gasolina y a tabaco rancio. Dax observó que de la radio, como si un ratero la hubiera arrancado, solo quedaban cuatro pelados cables. La guantera estaba rota. En su polvoriento compartimento había un plátano, una navaja y un mapa de la isla.

El guía hizo girar la llave de contacto. Su destartalado todoterreno buscó la salida del aeropuerto y comenzó a rodar a considerable velocidad por una carretera costera barrida por el viento y la lluvia.

Como el motor del coche, asimismo la locuacidad de José Perdigón fue aumentando en revoluciones.

—Me preguntaba usted por su alojamiento, ingeniero —estaba diciendo el guía, con su marcado acento canario.

Dax no le había preguntado nada. Se dio cuenta de que Perdigón conducía mirando a un lado y a otro de la carretera, en lugar de a la línea divisoria, y se apresuró a ajustarse el cinturón de seguridad.

—Teníamos varias posibilidades —prosiguió Pepico en un tono neutro, como si, en lugar de a una sola persona, estuviera dirigiéndose a un grupo de desconocidos—. Un apartamento convencional en Valverde, para empezar. Pero luego se me ocurrió que, siendo usted ingeniero, se sentiría más a gusto en plena naturaleza y decidí hospedarle en la Colonia.

—¿Algún centro residencial?

—No exactamente... Ese concepto sería más propio de las otras islas. Se trata de, ¿cómo le diría?, un retiro para científicos.

—¿Dónde queda?

—Más allá de El Golfo, junto a la Montaña del Hombre Muerto. Voy a instalarle en uno de los barracones. Disponen de todas las comodidades posibles —concluyó Perdigón, riendo en sordina.

Sin saber si lo era, Dax le siguió la broma:

—¿Sauna y *jacuzzi* incluidos?

El guía sonrió desdentadamente.

—Tienen una cama, una mesa y cuatro sillas, por si recibe visitas o quiere echar una partida. El problema será con quién jugar.

—¿No hay vecinos por los alrededores?

—Solo volcanes y ratas, y de vez en cuando una patera llena de negros y negras hambrientos. No se preocupe, ya he terminado con ellas. Con las ratas, quiero decir.

Pepico volvió a soltar una especie de entrecortado chillido, el obscuro sonido de ave nocturna que emitía en lugar de la risa, y agregó:

—Probé con ellas, con las ratas, un veneno nuevo, muy efectivo. Le he dejado un bote en la cocina, por si se me escapó alguna.

—¿A qué clase de mazmorra me está llevando?

—No está tan mal, en serio. Los que prueban suelen quedarse. El lugar es de una belleza única... Mire, haremos una cosa. Si no le gusta, le conseguiré un hotel en Valverde.

—Probaré suerte con la cabaña. Esa mezcla de naturaleza y soledad es justamente lo que necesito. En La Palma estuve en un hotel y acabé harto de ruidos.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse entre nosotros?

—Depende.

—¿De quién? ¿Del señor Richter?

Dax le contempló con un gesto de asombro. A su vez, Perdigón le observaba de soslayo, esgrimiendo una sonrisa partida. Uno de sus amarillentos colmillos se hincaba en el labio inferior como el de un viejo vampiro. «Es imposible que sepa nada», pensó Dax. Apenas unos pocos científicos y representantes del Cabildo insular disponían de los últimos datos.

—No se preocupe —quiso tranquilizarle el guía—. No soy de los que se van del pico.

—¿Qué sabe usted? —le presionó Dax.

—Que puede haber fuegos artificiales, con traca incluida.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie, ingeniero. Conozco esta isla. Nací aquí, sin ayuda de médicos ni comadronas, entre cuatro paredes de bosta de vaca cubiertas con una humilde techumbre de colmo. No se imagina lo que era esto en los años sesenta...

Lo último que a Dax podían interesarle eran esas viejas historias, pero la carretera discurría al borde de un precipicio y juzgó preferible no distraer o irritar al conductor. El pie de Perdigón incrementaba la presión sobre el acelerador. Conducía con una mano, mirando a cualquier sitio menos a donde debía mirar. Sus próximas frases iban a transmitir una nostalgia estéril, como si el propósito de recuperar aquel tiempo perdido fuese nocivo incluso para la imaginación.

—En el 68, la tierra tembló. Lo recuerdo como si fuera hoy porque la escuela se vino abajo y estuvimos meses sin ir a clase. El terremoto no duró ni quince segundos, pero ha habido años que se me han hecho más cortos. Nuestra casa, la nueva, que ya era de bloque, aguantó de milagro. El aparato de radio de mi padre, un Phillips, se rompió contra el suelo y se hicieron añicos todos los cristales, la vajilla de loza y las lentes de mi abuela Sebastiana. Hubo otro temblor en el 69, uno más en el 73, y, para terminar, el «constipado volcánico», como lo llaman ustedes, del 79. Ahora estamos bajo una nueva amenaza, ¿no es así, ingeniero?

Dax no tenía por qué responderle. Recordando, además, los consejos de su director, en el sentido de que se abstuviera de causar falsas alarmas, no lo hizo. Seguramente, su silencio ofendería al guía, pues Pepico no volvió a hablarle en un rato.

A Dax no le importó. La lluvia que suavemente caía sobre aquel paisaje lunar, de una desnudez tan primordial que causaba dolor, le estaba invitando a la melancolía.

La estrecha carreterita avanzaba a lo largo de un valle cuya estructura obedecía a la de un antiguo cono de deyección, con profusión de piroclastos y bombas de lava, o antiguos proyectiles volcánicos.

A la derecha de la carretera, un par de millas mar adentro, dos negros y salvajes islotes se elevaban frente a los abetunados farallones. Grandes olas los batían, levantando montañas de espuma. El contraste paisajístico era de una violencia extrema. Ni siquiera la belleza del mar restaba tormento a esa dramática costa. No

había una playa, una cala que invitase al baño. Como si bajo su lecho ardiese el fuego de una venganza, el océano parecía hervir de furia, y en tierra, a la sombra de riscos y volcanes, el malpaís, la llanura de lava, era como otra ola mineral, un seco y desalmado mar de piedra.

Kilómetro a kilómetro, las altas barranqueras ganaban terreno al llano. El valle se iba angostando. Se acercaban al antiguo Meridiano Cero, al faro de Orchilla, el extremo más occidental de la isla de El Hierro y también del territorio español. Un viento racheado amenazaba con sacarles de la carretera. Sus lúgubres silbidos se colaban con estridentes notas en el incómodo interior del *jeep*, pero la mente de Dax se hallaba muy lejos de allí.

No había dejado en la Península nada que le invitara a volver. Y, sin embargo, de vez en cuando, tal como le estaba sucediendo en ese instante, añoraba tiempos mejores, circunstancias y lugares en los que no había sido del todo infeliz.

Estaba deprimido, triste. Apenas había puesto los pies en aquella isla perdida y ya comenzaba a pesarle la soledad. Solo faltaban dos semanas para su cumpleaños. ¿Lo celebraría con alguien? ¿Con quién?

Tras la muerte de Leticia, Dax no esperaba encontrar nada firme en el terreno sentimental. Sus escasos amigos se habían esforzado en consolarle, insistiéndole hasta la saciedad en que el tiempo le haría olvidar, pero su ánimo estaba muy bajo. Se había encerrado en sí mismo. Cuando obtuvo el contrato con la Estación tinerfeña, su nuevo trabajo se había convertido en su refugio. Las claves geológicas, cualquier progreso o descubrimiento científico en una suerte de panteísta código, revelador de su integración en el cosmos. Inevitablemente, su visión del ser humano se había hecho más crítica. Un maremoto a quinientas millas de Malasia le afectaba más que todas las guerras que se libraban en el mundo. Pese a haberla visto de cerca, la muerte no entraba en sus cálculos. ¿Y la trascendencia, y la religión? No había más allá. Dax estaba dispuesto a aceptar el principio de su degradación. Un día regresaría a esa misma corteza terrestre para disolverse en polvo y después en nada.

Un volantazo de Pepico despejó sus ensoñaciones. El *jeep* acababa de abandonar la carretera. Tras recorrer una embarrada pista, acabó frenando junto a tres barracones de piedra volcánica.

La mandíbula del guía apuntó a la cabaña central.

—Esa será su casa, ingeniero. La de la izquierda está ocupada por un loquito. Un artista, o algo así. Y la otra, la de la derecha, por un biólogo, alguien bastante más responsable, con quien hará buenas migas.

—¿Cómo se llama el biólogo?

—Abel Lambergis.

—Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Cuál es su especialidad?

—Se encuentra al frente del programa de recuperación del lagarto gigante de El Hierro. ¿Necesita algo más, ingeniero?

—No. ¿Me da las llaves?

—¿Cuáles?

—La de mi cabaña y la de la subestación, naturalmente.

El guía apagó el contacto y escrutó a su pasajero con un indescifrable propósito.

—Me temo que va a sentirse un poco solo, ingeniero.

—Contaba con ello.

—Puedo sugerirle un remedio a eso. Un poco de compañía. Discreta, ya me entiende.

Dax no comprendió. El otro repitió la propuesta.

—¿Se refiere a una profesional? —se asombró Dax—. No me parece una buena idea.

—No es buena ni mala, ingeniero —filosofó Pepico—. Y tampoco es una idea; pronto se convertirá en una necesidad. Pero para entonces, cuando suplique que alguien le caliente la cama, quizá las pocas chicas disponibles en El Hierro estén ocupadas.

Dax mostró su lado sarcástico:

—Tengo entendido que las mujeres de esa clase no suelen estar atareadas durante demasiado tiempo.

El guía demostró que tenía respuesta para todo:

—Hay gente con yates, ¿sabe? A veces las invitan a una larga travesía por el archipiélago. ¿Quiere pensarlo mejor?

—No tengo nada que pensar.

Perdigón agitó la cabeza, como si lo sintiera por él.

—¡Usted se lo pierde!

Dax salió del *jeep* y estiró una mano a través de la ventanilla abierta.

—Las llaves.

—Guárdese mi tarjeta —siguió insistiendo el guía—. ¡Deje que le apunte mi móvil!

—Gracias —se despidió el vulcanólogo. Había cogido el llavero—. Ya le llamaré si me hace falta.

Avinagrado, Pepico puso en marcha el motor. Para demostrar su enfado hizo derrapar el *jeep*. Las salpicaduras de barro que levantaron los neumáticos mancharon las botas de Dax. El vulcanólogo estuvo a punto de llamar a Tenerife para informar sobre el comportamiento de aquel sujeto, pero se limitó a quedarse mirando el coche hasta que desapareció por la bacheada pista, abierta a pico entre toneladas de escoria volcánica.

Durante el resto de la mañana siguió lloviendo a intervalos. Dax apenas pudo salir del barracón. Tomó sus medicinas y se dedicó a instalarse y a trabajar un poco.

El barracón tenía una sola planta, un espacio diáfano en forma rectangular de unos setenta metros cuadrados. La cocina quedaba en un ángulo. El baño, con una precaria ducha, al exterior.

Respecto a las comodidades, Pepico tenía razón: no había ninguna. En el colchón y en las campesinas sillas de anea el cuerpo se hundía en insanas posturas. Resignándose a tan monásticas condiciones, Dax se sentó a una mesa de tablas y a la luz de una lámpara picada por la humedad estuvo corrigiendo sus notas de La Palma.

A eso de las tres de la tarde le entró un hambre voraz. Perdigón no le había indicado de qué manera resolver la intendencia. El restaurante más cercano debía de quedar a unos cuantos kilómetros, los que separaban la Colonia del último pueblo, y Dax no tenía medio de transporte ni ganas de caminar. Por suerte, encontró algunas latas en el armario de la cocina, junto al polvo exterminador de roedores cuyo veneno químico tan buen resultado parecía haber dado al guía.

El vulcanólogo comió cualquier cosa y, siempre con el repiqueteo de la lluvia golpeando los cristales, continuó trabajando hasta las cinco. La pantalla del ordenador acabó por fatigarle y decidió descansar y tumbarse un rato.

Había terminado sus novelas de bolsillo y no tenía nada para leer. En la cabaña no había un solo libro, ni siquiera estanterías para poder ordenarlos, pero debajo del somier, en el suelo, encontró una pila de periódicos atrasados. El más reciente era un ejemplar de El Día, editado en Santa Cruz de Tenerife. Fechado el 7 de febrero, tenía tres semanas de antigüedad, pese a lo cual Dax lo leyó de cabo a rabo. Al llegar a la sección de sucesos, una llamativa noticia, ilustrada con la fotografía de una mujer cuyo rostro le resultó familiar, captó su interés. Había oído hablar de aquel caso en la televisión o en la radio, pero no conocía los detalles. Leyó el texto con atención:

VIOLENTA MUERTE DE UNA ACTRIZ

Agencia EFE. En la tarde de ayer, al término de un ensayo en el Teatro Español de Madrid, situado en la céntrica plaza de Santa Ana, Teresa Sanagustín, una de las actrices de la compañía en cartel, fue encontrada sin vida en su camerino. En un principio, la causa del fallecimiento se atribuyó a un fallo cardíaco, pero pronto se advirtió que el cadáver mostraba indicios de haber sufrido agresiones. El forense, según fuentes de toda solvencia consultadas por nuestra redacción, atribuyó la causa de la muerte a una asfixia provocada. A partir de esa constatación, la hipótesis de un asesinato fue ganando fuerza. El juez responsable del caso ha dado inicio a las investigaciones y decretado el secreto sumarial.

La fallecida actriz, de veinticinco años de edad, era soltera. Sus recientes intervenciones en la serie televisiva *Ayer y hoy* la catapultaron a la popularidad. En el Teatro Español se disponía a estrenar una versión de *Otelo* de William Shakespeare, encarnando en dicha obra el papel de Desdémona.

La policía interrogó a cuantas personas asistieron al ensayo, incluyendo al director de cine Leo Cosmo, que deseaba contar con Teresa Sanagustín para su próxima película. Curiosamente, en el camerino de la actriz apareció una flor exótica, una orquídea negra, obsequio, acaso, de un secreto admirador...

¡Shakespeare! ¿Cuánto tiempo llevaba sin leer sus obras? Dax experimentó una necesidad casi física de hacerlo. Muy en particular, de releer el drama de *Otelo*, quizá el más próximo a su sensibilidad.

También él, como el moro de Venecia, había experimentado en carne propia el tormento de los celos. Eran dolores fósiles, enquistados en desengaños juveniles. Con cada nueva decepción —y en su vida sentimental se habían sucedido unas cuantas—, volvían a aflorar.

Dax nunca había sido especialmente afortunado en amores. Varias chicas, en la universidad, habían jugado con sus sentimientos. Ni siquiera Leticia le había sido fiel. Al poco tiempo de convivir con él en su piso de Barcelona, le había plantado. Se marchó con todas sus cosas. Unos días después, Dax pudo añadir: con otro. Con un tipo alto, de perfil aguileño, que la mantuvo aferrada por el hombro durante los quince segundos en que él, sin saber cómo reaccionar, se les paró delante, en mitad de La Rambla, para saludar a Leticia con la sangre ardiendo en la misma hoguera que en Venecia debió abrasar el orgullo de *Otelo*. Más tarde las cosas se arreglarían entre Leticia y él, pero...

Dax se pasó las manos por la cara. Tenía que alejar de sí los malos recuerdos. Terminó de leer el periódico atrasado, preparó un café de sobre cuyo sabor medicinal le recordó que debía volver a tomar sus pastillas y permaneció tumbado viendo llover a través de los cristales.

A eso de las siete de la tarde, se quedó dormido. Soñó con una isla abandonada en medio del mar, a la que una sucesión de tsunamis cuarteaba y sepultaba en abismos submarinos.

Acababan de dar las seis de la tarde cuando despertó de golpe, sin saber dónde se hallaba. Pero si soltó un grito no fue por esa razón, sino porque, a escasos metros de él, en el umbral de la cabaña, se dibujaba la silueta de un hombre.

Su rostro quedaba en penumbra. De una de sus manos colgaba un hacha.

—¿Quién es usted? —gritó Dax, deseando con toda su alma que solo fuese un sueño—. ¿Qué quiere?

Los pasos del desconocido crujieron sobre la tarima de madera. Había entrado en el barracón. «Es real», pensó Dax un segundo antes de saltar de la cama dispuesto a

hacerle frente.

Lejos de atacarle, el intruso hizo algo impredecible: arrojó el hacha y levantó las manos en una estafalaria mímica de claudicación.

—¡No quería asustarte! —exclamó—. Soy tu vecino... ¡Lo siento!

Dax supo que decía la verdad y le invitó a pasar. Sonriendo un tanto bobamente, el desconocido cerró la puerta. La lluvia debía de haberle sorprendido porque estaba empapado. De las puntas de su largo y liso pelo caían gotas de agua. Un *piercing* le atravesaba el párpado izquierdo.

Se agachó para recoger lo que había tirado al suelo y lo apoyó contra la pared. Lo que Dax había tomado por un hacha no era sino un bastón de puño tallado con una cabeza de halcón.

—Entonces, ¿ocupas otro de los barracones? —le preguntó Dax.

—Eso es.

—¿Eres el... artista?

—Escultor —confirmó él, alargándole la diestra—. Fagen.

El vulcanólogo estrechó su mano, que era áspera y recia. Por contraste, la cara de luna llena de Fagen se redondeaba con una pálida y femenina suavidad.

—Ricardo Dax.

Fagen repitió su apellido en voz baja.

—Dax. ¿De origen francés?

—Nunca me he preocupado en averiguarlo.

—Soy un loco de las genealogías. Si te interesa, puedo rastrear tu tronco familiar.

Dax se encogió de hombros. Fagen volvió a disculparse:

—Te he dado un susto de muerte. Lo siento. Había luz y quise asegurarme de que ningún intruso...

—Olvidalo, en serio. Me gustaría ofrecerte algo, pero no hay nada para beber.

Fagen tuvo una iniciativa:

—Puedo traer una botella de vodka, si te va.

Dax no sentía el menor deseo de beber ni de hacerlo con aquel desconocido, pero aceptó:

—Buena idea.

Los gruesos labios del artista se distendieron en una sonrisa globosa:

—Genial. Me voy y vuelvo. Tardo un minuto.

Se demoró media hora, pero a Dax no le importó. Continuó frente a la pantalla hasta olvidarse de su vecino.

Estaba hablando por el móvil con su jefe, Luis Manglano, que le había llamado desde Tenerife para interesarse por su llegada a El Hierro, cuando sonaron unos golpes en la puerta. La conversación telefónica estaba concluyendo, de modo que Dax pudo despedirse de su director sin parecer descortés.

Abrió. La lluvia seguía refrescando la mortecina tarde. Fagen se había cambiado de ropa y recogido su melena en una cola de caballo. Traía un tubo de cartón como los que se emplean para enrollar y transportar láminas y la prometida botella de vodka Absolut.

Dax le invitó a sentarse. En la despensilla encontró unos vasos limpios y sirvió las copas. Durante algunos minutos, mientras saboreaban los primeros tragos de vodka, hablaron de cosas sin relieve, la lluvia, la pésima ubicación de sus barracones, tan apartados de todo. Cuando una cierta confianza se hubo establecido entre ellos, Fagen le preguntó por los motivos de su llegada a la isla. Sin entrar en detalles, un prudente Dax le explicó con vaguedad que se proponía revisar la cartografía militar y los mapas geológicos elaborados en los años setenta, así como desarrollar una tesis verificadora de la supuesta erupción volcánica acaecida a finales del siglo XVIII.

—¿Realmente ocurrió? ¿Puede probarse?

—Espero que sí —aventuró Dax—. El trabajo de campo me sacará de dudas. Testigos de aquella época aseguraron haber asistido a una erupción en la punta occidental de El Hierro, por esta zona, pero dichos testimonios nunca fueron demostrados de manera científica. —El vulcanólogo hizo una pausa para beber otro trago—. ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?

—Promuevo y ejecuto proyectos artísticos.

—¿Tienes alguno en marcha?

—El Ayuntamiento de Valverde me ha encargado un monumento en homenaje a los bimbaches, los primitivos habitantes de El Hierro. Además, intento convencerles...

—¿A los bimbaches?

Fagen celebró con una risa la ocurrencia de Dax. Sin dejar de sonreír, le pidió permiso para encender un cigarrillo.

—Muchos políticos no acostumbran a mostrarse menos primitivos —consideró expulsando un anillo de humo—. Por eso mismo procuro, en el buen sentido, explotarles. Trato de persuadirles para llevar a cabo otra intervención estética en la plataforma de lava extendida al pie de la Montaña del Hombre Muerto.

—¿Una *performance*?

—Yo me inclinaría por el concepto de instalación —matizó el artista,

relamiéndose los labios cortados por la brisa—. Resulta menos pomposo y más adecuado al pensamiento de encarnar un ser de paso sobre el planeta. Somos prescindibles, ¿no crees? Una anécdota en la inmensidad del cosmos.

Dax aborrecía ese tipo de debates de instituto, pero, en justa correspondencia al talante de su vecino, estaba determinado a mostrarse amable.

—¿Te refieres al hombre como especie?

—Al árbol. En singular. A cada uno de ellos. Sonaba original. Dax fingió estar interesado:

—¿Cada árbol es un ser de paso sobre la tierra? No sin displicencia, Fagen replicó:

—¿Has leído los ensayos de Chesterton?

—Debí quedarme en el padre Brown.

—Mal hecho. Chesterton acuñó observaciones sobre los árboles que... Pero no voy a fatigarte... Te pasaré el libro, si te interesa.

El escultor volvió a relamerse los labios con innecesaria fruición, como si el sabor de su propia saliva le agradara. Confesó:

—Hace tiempo que trabajo con los árboles.

—¿Con su estética?

—Con sus ideas.

Dax estiró una sonrisa incrédula.

—¿Los árboles tienen ideas?

—Sin duda —fue la dogmática respuesta.

—¿A partir de...?

—La percepción y la visión —pontificó el artista.

El vulcanólogo ahogó un sarcástico comentario, limitándose a cuestionar:

—¿Pueden vernos?

—¿Quiénes? —se sobresaltó Fagen, escrutando las ventanas de la cabaña, todas iguales, cubiertas con estores de tela de saco.

—Seguía refiriéndome a los árboles —sonrió Dax, un tanto asombrado por la teatral reacción del otro—. Por estos parajes no abundan, de manera que nuestra intimidad está a salvo.

—Nuestra intimidad —repitió Fagen, mirando penetrantemente a su anfitrión, como si quisiera desnudar su última frase—. Es cierto que no abundan los árboles, pero todavía resisten unas pocas sabinas retorcidas por el viento. Se diría que escuchan las voces del alisio y que tienen miedo al huracán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque permanezco muchas horas junto a ellas. Perciben, sienten, razonan. La lógica de los árboles no tiene nada en común con la nuestra —se apresuró a añadir el escultor, como previniendo una inminente pregunta de Dax—. Del razonamiento humano me interesan muy pocas categorías. Cada día que pasa me considero más empírico. Causa-efecto, acción-reacción. En ningún caso pretendo que mi bosque de

árboles hechizados trascienda sin una base, sin un impacto estético.

—¿Árboles hechizados?

—Será el título de mi instalación. Una escultura coral, compuesta por estructonaturas de hierro.

—¿Estructonaturas? —preguntó Dax, prometiéndose no volver a repetir conceptos del otro.

—Cada uno de mis árboles tendrá vida propia e interacción con la naturaleza. Atiende. Esto te dará una idea.

El artista desenrolló el cilindro que había traído y lo extendió sobre la mesa. Era un boceto. Fagen se había inspirado en las fotografías de plataformas de lavas sedimentadas que iban a morir al mar para urdir su proyecto de intervención artística: un ejército de cilindros metálicos —las estructonaturas, supuso Dax— clavados en un mar de piedra, exhibiendo en altura sus retorcidas chapas, pintadas de colores chillones como tótems.

—¿Qué te parece? —quiso saber Fagen, mordiéndose los labios con un brote de ansiedad.

A Dax le espeluznó. Como siempre que iba a mentir, tosió.

—Muy sugerente. —Carraspeó otra vez—. ¿Cuánto tiempo te llevará esta... instalación?

—Dependerá de mis negociaciones con el Ayuntamiento de Valverde. Si sale adelante, la producción del bosque hechizado, la más ambiciosa de toda mi carrera, será larga y costosa.

—Háblame de ella.

Fagen le miró con gratitud.

—En una primera fase, me propongo analizar el terreno y delimitar la posición de las piezas. Estoy estudiando las mareas, los cambios estacionales de luz y las fases de la luna, porque la instalación podrá admirarse tanto de día como de noche. Es un trabajo plagado de dificultades, pero apasionante.

—Estoy seguro de ello —comentó Dax con educación. Sin embargo, su interés hacia el proceso creativo de su vecino estaba decayendo.

—Una vez resueltas las condiciones medioambientales —continuó el escultor, permitiendo que su mirada se animase con una ilusión íntima—, acometeré el diseño de mis árboles, para finalmente abordar el proceso de fundición.

—¿Como los viejos herreros?

—No hay tregua para el viejo Vulcano —poetizó Fagen, apurando su segundo vasito de vodka—. Pero no es el fuego, sino el viento, el mejor y más sensible escultor. Algo premioso, es cierto, pero incansable en su labor y en su búsqueda de la desnudez.

—¿Artística?

—No exactamente. Hay más verdad en cualquiera de las piedras erosionadas en esta isla, pero no más arte que en lo que yo hago. El concepto de belleza es

indiferente a la naturaleza. Esta solo reacciona a los instintos de supervivencia y de reproducción... Yo no aspiro a imitarla, como pretendían los clásicos, sino a provocar su cólera en explosiones de...

—¿Fervor? —apuntó Dax.

—¡Atrás! Soy agnóstico.

—El arte puede llegar a convertirse en una religión. Fagen se opuso apasionadamente.

—El arte es convulsión, y el volcán su metáfora exacta. Fuego, cenizas, piedra. Tormento, éxtasis, revelación. Para que algo nazca, algo tiene que morir. Despedazarse, desgarrarse... ¿Otro trago?

Era el tercero en media hora. Dax vaciló. El artista parecía estar ya un poco bebido. Su tono se hizo nasal y sus palabras se arrastraron:

—¿Qué te sucede? ¿No estás cómodo? Dax no asimiló lo que pretendía decirle.

—¿En esta barraca? —preguntó a su vez. El escultor se mordió los labios.

—He querido decir: conmigo.

Dax se quedó helado. Enseguida notó una oleada de calor. Una sonrisa inmóvil congelaba la boca del artista. Su mirada se había dulcificado a la espera de una respuesta. Pero Dax, intuyendo que pisaban un terreno pantanoso, se resguardó en un silencio forzado. Dándose cuenta de que se sentía incómodo, Fagen cambió de tema:

—Apuesto a que nuestro vecino vive mucho mejor que nosotros.

—¿El del tercer barracón? —se apresuró a preguntar Dax, aliviado por haber superado un episodio ambiguo—. ¿El biólogo?

Fagen señaló al techo.

—Me refería al demonio que vive allá arriba, en la casa del volcán. Al director de cine.

—¿Cosmo? —preguntó Dax, desorientado.

Acababa de caer en que el paraje en que se encontraba la Colonia era el mismo que había sobrevolado esa mañana, no hacía unas pocas horas, con el helicóptero. La mansión del cineasta debía de hallarse sobre alguno de los cercanos cráteres, no muy lejos de allí.

—Leo Cosmo —ratificó Fagen.

—¿Le conoces?

—Personalmente no, pero le he visto varias veces. Suele conducir un Rolls Royce. Es un tipo inconfundible. Mide un metro noventa y debe de pesar más de cien kilos. Le gusta pasear por Playa Blanca, con su sombrero, su bastón y sus gafas Ray-Ban de aviador, o sentarse con un libro en la mano para beber solo en la taberna de Las Sirenas Dormidas, en Las Calcosas. No se relaciona con nadie. Su mujer, en cambio, es muy simpática.

—¿Amiga tuya? —se le escapó a Dax.

—Yo no diría tanto, aunque la veo mucho más a menudo que a él. Casi todas las mañanas, realmente. Suele bañarse en las calas volcánicas. A veces se desvía para

charlar un rato conmigo, mientras dibujo mis estructuras al aire libre. No estoy interesado en las tías —agregó Fagen con una expresión meliflua—, pero debo admitir que ella es muy *sexy*... Ayer mismo se paseó entre las rocas con un bikini que... Si yo no fuera gay, y teniendo en cuenta que estoy divorciado, iría a por ella.

Aparentando una naturalidad que estaba lejos de albergar, Dax preguntó:

—¿Has estado casado con otro hombre? La frente de Fagen se arrugó.

—Te equivocas. Con una mujer. Durante años luché contra mi verdadera naturaleza, hasta que dejé de hacerlo. Sucedió como con tus volcanes. Cuando están listos para estallar, no hay límite ni resistencia capaz de contenerlos.

Dio la impresión de que Dax iba a formular algún comentario, pero se mantuvo en silencio. Fagen se relamió los labios y explicó:

—Mi esposa era mayor que yo. Le atraían los jóvenes. Y yo estaba allí, dispuesto a cobijarme entre sus brazos. Para ambos fue un fracaso. Ella sigue en Madrid, con otro chico... Ojalá haya dejado de sufrir.

La mirada del escultor se había enturbiado. Introdujo la mano en un bolsillo y sacó una bolsita prensada y un librito de papel de arroz.

—Estamos en tu casa. ¿Puedo?

—Adelante —le autorizó Dax, con cautela.

—Ayuda a sobrellevar la perra vida. ¿Tú le pegas?

—Lo probé en la universidad, pero me sentaba fatal. Fagen insistió:

—Es material de primera clase. Grifa. Ten.

Dax lo encendió. Dejó que el aceitoso cigarrillo humease hasta prender de manera uniforme y le aplicó una calada. Mantuvo el humo en la boca y lo expulsó entre un ataque de tos.

—Estoy medicándome, no debería mezclar alcohol con... Sigue sin ser lo mío. Toma, todo tuyo.

Fagen procedió a dar una rápida sucesión de caladas al porro.

—No hay que desanimarse. Como todos los ritos, este requiere constancia. Hay que relajar la respiración, el espíritu.

El escultor alzó su copa.

—Brindemos por lo que no has probado, Dax.

El vulcanólogo bebió en silencio. Su invitado apuró el vaso y dijo pastosamente:

—Dos hombres solos... ¿Tiene sentido darse la espalda, barracón con barracón...?

Dax vaciló:

—Yo no...

—¿No eres gay?

—No es eso...

—¿Lo eres?

—No, pero...

—Pero sabes mostrarte solidario y comprensivo con los gays. —El tono de Fagen

era sarcástico—. Tienes amigos homos. Estás por la defensa de nuestros derechos, el matrimonio, la adopción... Te diré algo, Dax. Nadie es gay ni deja de serlo. La ciencia ha demostrado que hay una parte femenina en nosotros, la más sensible y tierna, la que ansía preñarse, reproducirse, alumbrar vidas, poblar el mundo. Respóndeme: ¿la tierra es hembra o varón, masculina o femenina? ¿Hombre o mujer? ¿Hombre-mujer?

—Los géneros solo...

—Lo sé, Dax, lo sé. Vienen determinados por los órganos sexuales y el aparato reproductor. También el planeta dispone de esos atributos. El lago es la mujer y el volcán es el hombre. La nube es la mujer y el granito es el hombre. La planta es la mujer y el metal es el hombre. La luna es la mujer y el sol es el hombre. La lluvia es la mujer y la sed es el hombre... ¿Te gustan las mujeres, Dax? ¡Ningún problema! Brindemos por la chica de la playa y por su bikini rojo. ¡Salud!

El contenido del vaso desapareció en su garganta. Esta vez, Fagen acusó el trago. Un acuoso velo cubrió sus ojos y su voz se quebró.

—Quisiera decirte que...

Se puso en pie, tambaleándose, y se balanceó hacia atrás. Dax se precipitó en su ayuda, pero no llegó a tiempo para sostenerle y el artista se desplomó, golpeándose la cabeza contra el suelo. El impacto sonó como si se hubiese partido el cráneo. Dax le trasladó como pudo hasta el camastro y, con la misma sábana, se aplicó a restañarle la herida, por la que sangraba bastante.

El escultor no se incorporó hasta que no dejó de sangrar.

—Hemos bebido demasiado y demasiado aprisa —dijo respirando con dificultad.

—Descansa un poco. Prepararé café.

Mientras calentaba agua, Dax le oyó pasar las páginas del periódico.

—¿Has leído esto? —preguntó Fagen desde la cama.

—¿El qué?

—La noticia del asesinato de esa actriz.

—Sí. Me llamó la atención. Un crimen muy extraño.

—Ya lo creo —asintió el artista. Su voz tomada arrastraba un deje etílico, pero se estaba recuperando de la conmoción—. Presenta elementos teatrales, como esa flor, esa orquídea negra, obsequio de un admirador anónimo... Una observación: las orquídeas negras no existen. Son un mito, un producto de invernadero... Supongo que la policía estará investigando el crimen, si es que lo fue.

Dax enjuagó un par de tazas en el fregadero y sirvió el café.

—No será en esta isla donde nos enteremos. Desde que he llegado, me está provocando claustrofobia. Hacía mucho tiempo que no sufría tal sensación de aislamiento... ¿Cómo aguantas tú?

Fagen probó a levantarse. Se palpó la cabeza. No tenía nada roto.

—Voy a Valverde una noche de cada dos. He descubierto un bar donde sirven un licor de plátano que te deja prácticamente ciego. Con un peta de grifa el vuelo nocturno está garantizado. De madrugada resulta una aventura regresar en moto.

—¿No tienes coche?

—Con estas carreteras, la moto es más práctica. En cuanto me tome ese café que estás preparando me sentiré en condiciones de cogerla, sentarte atrás y mostrarte mis garitos predilectos: el bar de *Ferry* y el Barlovento. Trasegaremos a gusto y volveremos haciendo eses por las carreteras de la isla. No hay nada más divertido.

Dax decidió plantarse.

—Ve tú.

—¿No me acompañas?

El vulcanólogo se dirigió a la mesa y encendió su ordenador portátil.

—Tengo trabajo.

Fagen consiguió levantarse. Se dirigió a la encimera donde descansaba la taza de café y se la bebió sin respirar. Debió abrasarse, pero no lo aparentó. Dejó la taza en el fregadero y se dirigió hacia la puerta con paso inseguro.

—Adiós, Dax. Siento que no me acompañes.

—No deberías coger esa moto.

Fagen destinó a su vecino una paródica reverencia, cerró la puerta y se dirigió a su barracón. Afuera había dejado de llover, pero la atmósfera seguía siendo blanda y pesada.

Durante un rato, Dax oyó canturrear a su vecino. Después, el motor de una motocicleta se puso en marcha y su petardeo se fue alejando en la distancia.

Una vez se hubo quedado solo, Dax entró en la Red y buscó información sobre el curioso personaje con quien acababa de iniciar una relación poco convencional.

Uno de los archivos informáticos incluía una breve nota biográfica con su verdadero nombre: Fadrique Genil. Fagen. Acróstico igual a seudónimo.

Dax revisó el resto de los archivos, que no pasaban de una docena, pero apenas encontró datos personales. No figuraba la edad ni el lugar de nacimiento de Fadrique Genil. Tampoco su currículum ni la academia o escuela en la que había estudiado, si es que lo había hecho. Fagen había concedido algunas entrevistas a diarios digitales y revistas especializadas. En la más reciente, publicada, precisamente, en el tinerfeño rotativo *El Día*, se refería a sus proyectos para *El Hierro*: la escultura dedicada a los antepasados bimbaches y su bosque de árboles hechizados en interacción con el paisaje de lava.

Aprovechando que había dejado de llover, el vulcanólogo salió a estirar las piernas.

El viento rugía haciendo volar las nubes por un cielo cárdeno. Desde la altura de los riscos, cascadas de agua sucia se precipitaban hacia el valle. Turbios riachuelos resbalaban por la Montaña del Hombre Muerto. Olía a una mezcla de lluvia y azufre. «Como en la antesala del infierno», pensó Dax.

Una declinación crepuscular —hierro y bronce— bañaba la llanura de lava. En el horizonte, el sol se ponía con reflejos añiles. La luna estaba alta, pero a su lacónica palidez le faltaba una aguada nocturna para platear los acantilados. Se oía un fragor sordo: la marea haciendo rodar piedras y rocas por el lecho marino.

La naturaleza exhibía su poder. Dax percibió que un sentimiento de pérdida y compasión afloraba en él como un magma. ¿Qué lo inspiraría? Agradecimiento, tal vez, por un lado, al disfrutar de ese espectáculo natural, pero también desesperanza frente a la certeza de no poder sobrevivirlo. ¿Qué suponía el cómputo de una vida comparado con las eras geológicas? Ya podía, en aquel desolado rincón del archipiélago, saturarse su espíritu con ansias de eternidad; no por ello el destino iba a alterar su punto final.

Sorteando las esculturas naturales de lava caprichosamente labradas por la erosión, Dax se alejó de la Colonia. Se sentía como el último hombre en la tierra.

Al cabo del rato, se detuvo al filo de un acantilado para contemplar la puesta de sol. El abrupto farallón se suavizaba al pie en una playa de arena carmesí. No parecía fácil acceder a ella. El vulcanólogo supuso que tal vez pudiera alcanzarse desde la otra punta del cabo. O en barco, arriesgándose a sortear los arrecifes, como en 1915 había hecho Alfonso XIII.

Dax conocía esa anécdota por Luis Manglano, quien la había contado en el curso de una cena con sus compañeros de la Estación Vulcanológica.

Don Alfonso iba a ser el primer monarca español que pusiera el pie en *El Hierro*.

Tras hacerse oficial el anuncio de la regia visita, la expectación se disparó entre los habitantes de la isla. Buena parte se dio cita en la capital, Valverde. El rey arribó a bordo de una fragata capitaneada por el conde de Romanones. A la vista de las malas condiciones del mar, el conde desaconsejó atracar. Sin embargo, el monarca no quiso defraudar a los herreños. Embarcó en una chalupa y logró tocar tierra en una punta rocosa, desde la que saludó a la multitud agolpada en la precaria dársena. Hasta su augusta persona se desplazaron el alcalde de Valverde y otras autoridades. Se había previsto que la comitiva real ascendiera por los caminos del monte, a lomo de caballerías, hasta la villa principal de la isla, situada a varios centenares de metros sobre el refugio portuario. Pero Romanones, tras comprobar lo empinado e inseguro de dicho sendero, impuso en esa ocasión su criterio, impidiendo que el rey visitara Valverde. Alfonso XIII regresó a la fragata, que puso proa a La Gomera.

Dax sonrió imaginando la escena. Concentró la mirada en el mismo y bravío mar que había recibido a aquel coronado galán de cine mudo y se entretuvo observando los trazos dibujados por las gaviotas en el cielo. Frente a la convulsa belleza de la costa creyó oír las voces del viento, advirtiéndole: «Aléjate».

¿Por qué no escuchó ese consejo?

Con las últimas luces, Dax hizo una serie de fotografías, recogió muestras geológicas y regresó al barracón. Hasta pasada la medianoche estuvo trabajando en el ordenador. No tenía hambre, pero se obligó a comer un plato de espaguetis.

Tampoco tenía sueño. Para convocarlo, apuró la botella de vodka que había traído Fagen e ingirió un somnífero. A eso de la una de la madrugada, debió de quedarse dormido.

Suñó con una tormenta tropical cuyas rachas de viento huracanado le obligaron a asegurar con clavos las contraventanas. En el horizonte, desde la tenebrosa distancia del mar, se aproximaba una nube de pájaros. Tuvo la certeza de que iban a atacarle y despertó dominado por una sensación de terror.

Amanecía. El viento seguía silbando, lúgubre y fresco. Dax se puso unas bermudas y una camiseta y salió de la cabaña.

La moto de Fagen estaba tirada junto a la puerta de su barracón. Dax se asomó a la ventana de su vecino.

El artista yacía en el suelo. Estaba desnudo, con las piernas encogidas en postura fetal y la cabeza debajo de las patas de una mesa. De su boca colgaba un hilillo de baba. Había colillas en el suelo y, volcada, una botella.

La puerta de la cabaña estaba abierta. Dax entró y comprobó que Fadrique Genil seguía respirando. Supuso que no era la primera vez que se emborrachaba de esa manera y decidió dejarle dormir.

Caminó hasta los acantilados. El escenario había cambiado. No había rastro de la tormenta del día anterior. Los cielos irradiaban serenidad. Águilas pescadoras planeaban acechando el brillo de los peces. El sol incendiaba la crin de las olas, iluminando sus penachos con una blancura eléctrica que dañaba la vista. Dax pensó que ni siquiera al principio de los tiempos la luz habría gozado de mayor transparencia y que, si la naturaleza supiese escribir, habría descrito aquel paisaje con una sola palabra: soledad.

Sus ojos se desviaron hacia la playa. Una mujer caminaba pensativa junto a la orilla del mar. Sus movimientos eran especialmente armónicos. Su elasticidad y gracia destacaban contra el telón de fondo de los acantilados.

«Tiene que ser la chica de Leo Cosmo», supuso Dax, deseando, sin saber qué le llevaba a pensar así, que realmente fuese ella.

La mujer seguía vadeando la orilla como un hermoso animal que hubiese olfateado tierra firme. La luz se concentraba en su cabello y en sus morenos hombros.

Ella no podía verle. Dax la estuvo observando hasta que, impulsado por una confusa ansiedad, se dirigió hacia la playa.

Bordeando los acantilados, descubrió un abrupto sendero que descendía a la cala. La bajada no era fácil. Concentrado en evitar una caída, perdió de vista a la chica. Volvió a verla desde un repecho, a unos veinte metros de altura. Se había tendido sobre una roca. El sol hacía llamear su piel.

Dax dio un mal paso. Un canto se desprendió acantilado abajo, pero ella no se alarmó y siguió tomando tranquilamente el sol. El ruido de las olas removiendo los cantos del fondo marino le habría impedido oír un cañonazo.

Dax descendió con precaución hasta alcanzar la playa. La chica continuaba tumbada con indolencia sobre una losa basáltica. Cuando él estuvo a unos pasos, reparó al fin en su presencia y se incorporó con la mirada llena de luz. Era muy joven y tan alta como él. Un escotado bañador de color pistacho resaltaba su atlético tipo.

—¿Tomando el sol? —comenzó a decir Dax, pero no supo cómo seguir. La belleza de aquella mujer tenía algo de dolorosa. Los ojos eran verdosos y el cabello parecía castaño, pero estaba mojado y podía ser más claro. Incluso rubio, pensó Dax.

—¿Has perdido algo? —replicó ella—. ¿O te has perdido tú?

El tono era áspero, no tanto porque su dueña le estuviese rechazando como por lo raspado de la voz.

—No pretendía molestar. Ella sonrió sin precaución.

—Y no lo has hecho.

Dax se presentó y agregó:

—Estoy en la Colonia científica.

—¿Te refieres a una de esas inmundas cabañas con ratas?

—Me aseguraron haber acabado con ellas.

—¿Quién?

—Uno de nuestros guías. La chica se echó a reír.

—¿Y te lo has tragado? Eres muy crédulo.

—Si quiero dormir tranquilo, me conviene creerlo.

—En tu lugar, yo no estaría tan convencido. He sorprendido a esas repulsivas alimañas en los lugares más insospechados, entre las rocas, devorando la porquería arrojada por la marea.

Dax la escuchaba sin apartar los ojos de ella. La joven dejó caer los brazos. En la invisible columna de aire que les separaba, la temperatura aumentó. La mirada de Dax descendió hacia sus pechos, que temblaban al ritmo de su respiración. Volvió a elevarla de inmediato, avergonzado. Lo que a continuación dijo no pareció salir de él:

—He oído hablar de ti.

—¿A quién? —se sorprendió ella.

—A un piloto de helicóptero. Un tal Gabriel Sendín. La mujer rompió a reír. Al igual que su voz, su risa adolecía de una leve ronquera.

—Recuerdo a aquel tipo, sí... Un descarado, uno de esos caraduras... ¿Qué más te contó?

Dax tuvo la borrosa impresión de que esa escena ya había sucedido en otro momento de su vida, o que la había soñado. Durante un segundo, esa fantasía se superpuso a la imagen real de la mujer con la que estaba hablando y un deseo urgente y primario se filtró a través del velo de la imaginación. Sentía euforia, como si llevara unas copas encima y hubiese duende en el aire. Sonrió con desenvoltura, intentando asentarse en aquella escena que se obstinaba en reivindicarse irreal. Asombrándose de su propia audacia, añadió:

—El piloto me dio una noticia buena y una mala.

—¿Cuál es la mala?

—Que estás casada.

—¿Y la buena?

—Que vives cerca de aquí.

La expresión de la chica se ensombreció. Dax temió haber ido demasiado lejos.

—Soy un patoso, discúlpame.

Ella permaneció en silencio. Dax se maldijo por su estupidez.

—No tengo mi día. Seguiré con mi paseo. Hasta pronto.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia el otro extremo de la playa. El sonido de la marea le impidió oír pasos detrás de él. Saltando descalza por las rocas, la chica le dio alcance.

—He debido parecerte muy aburrida.

—¿Por qué lo dices?

—Porque enseguida te has cansado de mí.

—No suelo dárme las de conquistador. Tampoco tenía que haberte molestado. Estabas tan tranquila, disfrutando del sol, y he venido a invadir tu...

—¿Intimidad?

Estaban muy cerca, se rozaban, casi. Dax tragó saliva. Algo punzante y retorcido como un alambre calentado al rojo le quemaba por dentro.

La voz de la chica sonó más dulce:

—Me llamo María Puerto, pero ellos me llaman Puerto.

—¿Quiénes son «ellos»?

—La isla es pequeña. Antes o después, acabarás por conocerles. Aunque no sean demasiado presentables... En fin, ya se verá... ¿Nos damos un baño?

Dax recordó que debajo de sus bermudas vaqueras, cortadas con flecos, no llevaba nada.

—No he traído bañador.

—¿Y eso qué importa?

Antes de que él hubiera podido reaccionar, Puerto corría hacia la orilla. Se lanzó al agua, muy decidida, y nadó hacia la rocosa punta.

El mar tenía peligro. Su espejo de aguas turquesas se reducía a una líquida franja. A las pocas brazadas, la ladera submarina caía en una sima.

Adentrarse en aguas profundas no atemorizó a Puerto. Dax la fue siguiendo por la pedregosa playa, dispuesto a ayudarla si llegaba a ser necesario. Parecía una buena nadadora. Su cabeza cortaba el agua como una flecha y sus estilizados brazos se enfrentaban al impulso de las olas, sorteándolas y avanzando con el flujo de la resaca.

Al acercarse a los arrecifes, ella le dirigió una señal, invitándole a seguirla. Indeciso, Dax se limitó a mirarla, sin entender hacia dónde o por qué pretendía atraerle. Como él no reaccionaba, Puerto dio unas cuantas brazadas más y desapareció detrás de las rocas.

¿Qué habría más allá de la punta? ¿Calas, arrecifes, otra dentada línea de acantilados? Desde la playa, Dax no podía saberlo.

Para salir de dudas, se arrojó al mar. La resaca lo arrastró y pronto dejó de hacer pie. Una ola le estalló encima, haciéndole rodar hasta el rocoso lecho. En cuanto logró salir a la superficie, volvió a sumergirse para evitar las rompientes. Buceando, abrió los ojos. El agua era opaca, de un verde botella refractario a la luz.

La playa se alejaba de él. Cuando ya temía derivar a mar abierto, una corriente transversal le impulsó hacia la punta tras la que había desaparecido la chica. Para evitar los arrecifes, bastaba con dejarse flotar hasta el otro lado del promontorio, donde se perfilaba una minúscula cala en forma de concha, media luna de arena negra. Con un último esfuerzo, Dax braceó hasta la orilla y salió del agua.

Las huellas de Puerto no se habían borrado de la superficie de las rocas. Se dirigían al farallón. Dax las fue siguiendo hasta la abrupta pared del acantilado, de la que pendía una escala.

Bamboleándose, empezó a descender sus inseguros peldaños. Con el sol a la espalda, ascendió diez metros prácticamente en vertical. De golpe, la árida Montaña del Hombre Muerto alzó ante él su azufrosa mole. Su imponente aspecto no la hacía inexpugnable. Una senda iba serpenteando hasta su cima.

No se veía a Puerto. Era como si aquella árida pendiente se la hubiese tragado.

Dax atacó el ascenso. Al poco rato perdió el camino y tuvo que volver atrás por un terreno muy inclinado y suelto, resbaladizo y sin consolidar. La subida se le hacía más dura porque había dejado sus zapatos náuticos en la playa y afiladas piedrecillas se clavaban en las plantas de sus pies. Desde su llegada a la isla no había bebido más agua que la imprescindible para ingerir sus cápsulas y tenía tanta sed que un charco le habría invitado a calmarla. Pero, con todo lo que había llovido el día anterior, ni una pátina de humedad a floraba en la reseca falda del volcán.

Más de media hora le llevó alcanzar la cumbre. En lo alto, tomó aire y contempló el panorama.

Abajo, muy abajo, los barracones de la Colonia no parecían más grandes que cajas de cerillas. Dax distinguió la moto de Fagen, todavía tirada, y, en la puerta del tercer barracón, a cuyo inquilino aún no conocía, los coloridos gajos de una sombrilla.

Cuando hubo recobrado el aliento, comenzó a crestear el cráter. Como por arte de magia, la casa de Leo Cosmo («y de Puerto», pensó), surgió de la nada en medio de un paisaje puramente volcánico, duro y lacónico como el de un abandonado planeta. La fachada evidenciaba serlo por un zócalo de toba bajo el alabeado muro en el que, a la altura de unos dos metros y medio, se abrían dos óculos de piedra translúcida, emplomada con motivos geométricos, y un catedralicio portón tachonado con clavos de hierro en forma de estrellas de mar. Dos esfinges aladas cuya blanda aleación, de

cobre o níquel, las hacía refulgir, vigilaban la entrada como esotéricos símbolos.
—¿No sabe que invadir una propiedad privada es delito? ¡Alto ahí!

Aquel grito había sonado justo detrás de él. Sobresaltado, Dax perdió el equilibrio y resbaló por un terraplén. Cuando pudo incorporarse, lo hizo para enfrentarse a un viejo escuálido, con descarnados brazos y grandes ojos de profeta. El viento impulsaba atrás su cabellera blanca, abolsando su camisa tejana de manga corta y haciendo volar su pantalón de chándal.

—¿Qué está haciendo aquí? —volvió a gritarle aquel hombre.

No era más que un anciano con pinta de loco. Dax estuvo seguro de que no podía hacerle el menor daño.

El viejo señaló algo ladera abajo.

—¿Cuánto tiempo va a seguir haciéndose el tonto?

¿No sabe leer?

El vulcanólogo miró en esa dirección. Un tosco letrero clavado en el talud indicaba: PROHIBIDO EL PASO.

—No había visto el cartel. Lo siento.

—¿A qué ha venido? ¡Responda!

—Una mujer se lanzó al mar y pensé que...

—Ah, pero ¿sabe pensar? ¡Si acaba de aprender a leer!

—Puedo explicarle...

—¡Hágalo!

Dax ya había decidido que aquel individuo no estaba en sus cabales. Irónicamente, repuso:

—Deberíamos esforzarnos en ser amigos. No creo que por estos parajes haya muchas oportunidades para mejorar en ese campo.

—¿Le ha hecho algo a la señora Puerto? ¿La ha seguido?

—Pensé que...

—¿Ya ha aprendido a pensar?

—Si fuera tan amable de escucharme...

—¿La ha molestado? ¡Porque si es así, se las va a ver conmigo!

—Temí que pudiera correr algún peligro —se justificó Dax, cada vez más irritado.

—¿Qué clase de peligro?

—Ahogarse. Despeñarse.

—¿Quién? ¿Puerto? ¡Jamás había oído una estupidez semejante! ¡Ella no necesita su ayuda, entérese! Para protegerla, ya nos tiene a su marido y a mí.

—¿Y quién es usted?

—Soy Ledesma, el secretario del señor Cosmo. ¿Era eso todo lo que le traía por aquí?

De repente, la cara de aquel viejo resultó conocida a Dax, pero no consiguió ponerle nombre. Volvía a pensar en la chica. Sin reflexionarlo, llevado por el mismo

impulso que le había animado a bajar a la playa para hacerse el encontradizo con ella, dio salida a un plan que acababa de urdirse en su cabeza.

—Quisiera presentar mis respetos al señor Cosmo.

—¿Por qué motivo?

—Soy un admirador suyo.

El viejo negó vigorosamente con la cabeza.

—El maestro está retirado. No recibe a nadie.

—Se lo ruego. Solo será un momento. Le pediré un autógrafo y me marcharé.

Haga eso por mí. ¡He visto todas sus películas y ahora que estoy tan cerca de él...!

Los ojos del secretario se nublaron de desconfianza.

—El señor Cosmo es muy celoso de su vida privada.

¿Para quién trabaja usted, para la televisión? ¡No se le ocurra engañarme!

—¡No le estoy engañando!

—Entonces, ¿a quién anuncio?

Dax empleó tres eternos minutos en hablar de sí mismo. Poco a poco, la expresión del viejo se fue ablandando. Finalmente, transigió.

—Puede que al señor Cosmo le sienta bien la visita de un admirador. Trataré de que le reciba. Un cuarto de hora como máximo, no más. Tendrá que comprometerse a respetar algunas reglas.

—¿Cuáles?

—No hable de política, no la soporta. Tampoco de su mujer, es muy posesivo. Llévela la corriente y todo irá bien. ¿Está conforme?

Dax asintió. Ledesma se alejó hacia la puerta de la casa. Esgrimió un manojito de llaves y las altas hojas de madera y forja se abrieron mostrando un negro triángulo de luz.

El portón se cerró tras el secretario. Dax se quedó solo. El viento soplaba ahora con más fuerza. Las nubes volaban tan cerca que casi podían tocarse.

Cinco minutos después, la puerta se abrió de nuevo y María Puerto avanzó hacia él. Llevaba una camiseta blanca de tirantes y un minúsculo *short* que resaltaba la esbeltez de sus piernas.

Como Dax, iba descalza. Su cabello se había secado. No era castaño, sino, tal como él había sospechado, rubio oscuro, oro viejo. Las anchas cejas no apesadumbraban la delicada arquitectura de su rostro, pero su mirada esmeralda tenía un matiz de tristeza. Cuando estuvo junto a él, y como para evitar que la oyera el secretario de su marido, susurró a Dax con esa voz rota como la tierra torturada por el fuego:

—No esperaba verte a ver, pero me alegro.

Todo lo demás, el volcán, los destellos color zafiro de un mar que desde allá arriba se extendía sin fin, desapareció para él.

—Tuve miedo por ti, las olas eran...

Dax se interrumpió. Sin el menor disimulo, el secretario de Cosmo les estaba escuchando.

—Avíseme si la molesta, señora.

—Me temo que voy a traerte problemas —dijo Dax en voz baja—. Quizá debería marcharme.

Puerto rozó su antebrazo. No fue una caricia, sino un gesto de camaradería, pero Dax sintió que algo se deshacía en su garganta.

—No te irás sin darme tu opinión —coqueteó ella.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de mi perfume.

Olía a un aroma almizclado, intenso, directo.

—Me gusta —murmuró Dax.

—¿Solo el perfume?

Él se arriesgó. La sangre le ardía.

—Me gusta todo, pero voy a marcharme.

—No puedes irte. Leo te recibirá. Dax ironizó:

—No sé si estoy preparado para conocer al gran hombre.

—No es fácil conocer a Leo.

Él se decidió:

—Ese... sujeto, el secretario, me dijo que no debo preguntarle por los políticos ni...

—Ni por mí —se anticipó Puerto.

—¿Ni siquiera puedo mencionarte?

—No.

—¿Por qué?

—Leo es muy celoso.

—Yo también lo sería, en su lugar.

Puerto volvió a sonreír. Sus labios eran rojos y sus dientes tan blancos como la nieve de los volcanes que Dax amaba.

—¿Es un cumplido?

—Estarás acostumbrada a oírlos.

—Los isleños son parcos en palabras.

—Espero beneficiarme de la falta de competencia —intentó bromear Dax.

Ella sonrió. Animado, él insinuó:

—Voy a permanecer algún tiempo en El Hierro. Tal vez tengamos oportunidad de conocernos mejor.

—Tal vez —murmuró ella.

—¿Van a entrar, señora? —preguntó Ledesma, impaciente.

El secretario les abrió el portón. La chica entró en la casa y Dax lo hizo detrás. Esta vez, el viejo se quedó fuera y cerró.

Dentro de la casa, Dax se frotó los ojos. La misma oscuridad que si hubieran bajado a una mina les envolvía. Los grandes óculos de la fachada no dejaban filtrar la luz. Dax preguntó por qué.

—Son meros discos de alabastro incrustados en el muro —explicó Puerto—. No hay ventanas. Leo las odia. Todas las habitaciones son herméticas. Dame la mano.

Dax la enlazó. La chica le fue conduciendo hacia una tímida luminosidad que parecía proceder del final del túnel. En cuanto el vulcanólogo se hubo acostumbrado a la penumbra, pudo darse cuenta de que atravesaban una caverna de estalactitas con puntas afiladas como lanzas. El suelo era de arena blanca, probablemente traída de otra isla. A ambos lados del pasadizo arrancaban escaleras talladas en la piedra. Dax imaginó que comunicarían con las alcobas, pero no logró hacerse una idea de cómo serían esas estancias.

Un agudo estruendo les hirió los oídos. Pocos segundos después, aquel sonido metálico se repitió, multiplicándose por los recovecos del túnel.

—¿Y esos golpes? —preguntó Dax—. Es como si alguien estuviera golpeando una fragua.

—Se trata de un gong —dijo Puerto—. Leo lo utilizó en una de sus películas de terror. Huang, el cocinero, lo toca para avisarnos de que es hora de comer.

—¡Si son las doce!

—Leo suele comer a estas horas. Se levanta muy temprano para trabajar.

El túnel se ensanchó y fue ganando altura hasta formar una caverna iluminada por pálidos haces de luz natural. En su centro se abría un estanque de agua mansa y negra. El vulcanólogo metió una mano; el agua era tibia y sabía a sulfuro.

Salieron fuera. A la luz del día, el cráter del volcán se mostró ante Dax en todo su esplendor. Un jardín tropical se escalonaba en su ladera. El espejo de una burbuja de lava brillaba bajo el fuerte sol. Era la misma piscina que Dax había visto desde el helicóptero.

Palmeras y yucas sombreaban el sendero, pero en torno a la piscina no crecía un árbol. El sol caía a plomo sobre la calcinada ladera del cráter. Cardones o candelabros vegetales, plantas de amor seco, sanjoras y tabaibas parecían nacer de la roca viva. La pendiente estaba sembrada de cactus de distintas especies, desde altos ejemplares con pinchos como puñales hasta globosas plantitas armadas de espinas como rojos erizos.

Un hombre corpulento, con sombrero y bastón, estaba sentado de espaldas a ellos, cerca de un invernadero de orquídeas, contemplando el cráter.

«Es él —adivinó Dax—. Leo Cosmo».

El gong volvió a repicar. Su agudo sonido ascendió hasta el límpido cielo, para desvanecerse en quebrados ecos por las amarillentas crestas de la Montaña del Hombre Muerto.

Con respecto a la última imagen que Dax conservaba de él, Leo Cosmo había engordado terriblemente. Ni siquiera su amplia guayabera lograba disimular su desparramado vientre. Llevaba un absurdo pantalón de esmoquin, cuyas brillantes perneras a duras penas contenían sus gordezuelos muslos. En lugar de los zapatos negros que ese protocolario pantalón exigiría, el estrambótico director calzaba sandalias menorquinas de cuero rosa.

Delante de Cosmo, una mesa baja de bambú sostenía un libro, una purera, un cuaderno de notas y una botella de licor. A su derecha, una jaula en forma de pagoda custodiaba un repulsivo pájaro de plumaje negro que, excitado ante la perspectiva de disfrutar de nuevas compañías, agitaba las alas histéricamente.

Dax nunca había tenido la oportunidad de saludar a alguien tan célebre. Se dirigió hacia el cineasta con la mano tendida, pero Cosmo, dedicándole apenas una mirada indiferente, dejó las suyas cruzadas sobre su abultado estómago, los dedos de la mano izquierda sosteniendo un habano cuyo blanquecino humo se elevaba en retorcidas volutas.

María Puerto se había transformado en otra mujer. Sin decir palabra, había cogido una silla y se había sentado junto a su marido. Nadie parecía dispuesto a romper el hielo, de modo que fue Dax quien nuevamente tuvo que presentarse a sí mismo, agregando cortésmente:

—Le agradezco mucho que me haya recibido, señor Cosmo. Es un honor conocerle.

La boca del director se dilató en un bostezo:

—Ojalá pudiera decir lo mismo. Replícale tú, Edgar. El negro pajarraco no necesitó abrir el pico para graznar:

—¡Nunca más!

—¿Es un loro? —preguntó Dax con una sonrisa ingenua.

—O una cotorra —contestó el director, como si esa cuestión no le interesara lo más mínimo—. También puede que sea una cacatúa. Me lo regalaron durante un rodaje en México, hace años. Debe tener casi tantos como yo.

—¿Su plumaje es negro?

—Solo su corazón. Se trata de un tinte. Quiero pensar que al otro Edgar, al divino Allan Poe, le habría divertido el truco.

Cosmo hizo una pausa para animar el tiro del cigarro. Sin dejar de contemplar la brasa, preguntó:

—¿En quién cree usted en mayor medida, señor Dax, en Dios o en Edgar Allan Poe?

Un tanto asombrado, Dax empezó a responder:

—Leí a Poe hace tantos años que...

—De jovencito, claro —dio por hecho el cineasta, interrumpiéndole sin

miramientos—. ¿Qué edad tiene usted? ¿Treinta años? —Dax asintió—. La generación de los niños computadora. Ni han practicado un sano ateísmo ni han aprendido de los verdaderos maestros. En consecuencia, no tienen el menor derecho a idealizar la adolescencia.

Dax no logró discernir si aquella frase contenía algún tipo de recriminación o alusión personal, por lo que preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Ni yo mismo estoy seguro —fue la respuesta—, pero tengo la sensación de haber dicho algo... ¡definitivo!

Cosmo rompió a reír, como celebrando sus propias muestras de ingenio. Dax miró a Puerto, que se mantenía seria, como si nada de aquello fuese con ella y tan solo estuviese presente por educación o disciplina.

El director apuntó a Dax con la punta del cigarro.

—¿Qué, no dice nada? ¿De joven era perfecto? ¿No mutilaba lagartijas? ¿No se burlaba de sus profesores?

¿Nunca quiso asesinar a su hermano?

—Eso último lo tenía difícil. Soy hijo único.

—Tengo la impresión, señor Dax, de que no solo es usted único en ese sentido —ironizó el cineasta; y se giró hacia la cotorra—: ¿Ya te has aprendido su nombre, Edgar?

—¡Dax! —pio el horrible pájaro—. ¡Señor Dax!

—Muy bien, Edgar —aplaudió Cosmo.

Lo hizo literalmente, con una serie de secas palmadas que el eco del cráter multiplicó. El loro se esponjó de placer.

—Imaginemos que alguien quisiera matarme —fantaseó el anfitrión—. ¿A quién denunciaría Edgar cuando los sabuesos de la policía husmeasen por aquí en busca de pruebas?

—¡Al señor Dax! —anticipó el loro. Cosmo guiñó un ojo al aludido.

—Gracias, Edgar. No serás el primer ni el último peluche parlante que resuelva un misterio criminal. Este inteligente pájaro se ha convertido, ¡definitivamente!, en uno de mis mejores amigos, señor Dax. A medida que nos vaya conociendo, irá comprobando cómo Edgar es mucho más sociable que yo. Por mi parte, procuro corresponder a su lealtad y afecto, pues me precio de ser hombre generoso. Tampoco a mi mujer sé negarle nada. Desde el momento en que se enteró de que estaba usted ahí fuera, Puerto no dejó de insistirme en que le recibiera. Si para usted era importante conocerme, encuentre la manera de agradecerse, pues le debe ese favor. ¡Puertito, ven aquí! —la llamó, propinándose unos golpecitos en su rodilla. Como ella continuaba sentada, la acució—: ¡No te hagas la remolona!

Puerto se levantó y, con deliberada lentitud, cambió su silla por uno de los robustos muslos de su marido. Las manos de Cosmo la asieron por la cintura y fueron ciñéndola hasta la base de sus pechos. Ella contuvo la respiración. Dax se enervó.

Puerto le miraba con una mezcla de sumisión, rechazo y temor. Su marido la obligó a reclinarse hacia atrás, tomó su suave mandíbula y estampó en sus labios un beso que crujió como la madera cuando se dilata con el cambio de estación. Pero acto seguido, evidenciando que su ánimo era capaz de variar radicalmente sin motivo aparente, la apartó con aspereza, casi con brutalidad, espetándole:

—¿Cuándo aprenderás a atender a nuestros invitados? ¡La pereza es el peor de los vicios! ¡Ve a por un vaso, corre!

Humillada, Puerto se dirigió a uno de los cobertizos, una especie de cocina-bar para atender la piscina. Cosmo y Dax quedaron frente a frente. Dentro del cráter no corría un soplo de aire. El sol apretaba de firme. Cosmo se enjugó el sudor de la cara con un pañuelo.

—¿A qué ha dicho que se dedica, señor Dax?

—No lo he dicho —fue la seca respuesta; la forma en que Cosmo trataba a su mujer estaba inspirando al joven científico una profunda animadversión—. Soy vulcanólogo.

El director chupeteó su habano. No se tragaba el humo, limitándose a embucharlo en los carrillos y a expulsarlo poco a poco, con la avaricia de quien daría media vida por aspirarlo hasta el fondo de los pulmones.

—Suenan interesantes.

—Lo es.

Los ojillos de Cosmo, como dos balas de plomo incrustadas en su cara, brillaron con una pícara expresión.

—Quizá no lo crea, señor Dax, pero la vulcanología fue una de mis vocaciones frustradas, junto con la de bombero. Profesión esta última que reúne elementos en común con la suya.

Dax picó el anzuelo.

—¿Cuáles?

—Ambas tienen más o menos las mismas posibilidades de llegar a convertir a sus protagonistas en hamburguesas a la brasa.

Una impertinente risa agitó la papada del director. Era pronto para que Dax decidiera si esa clase de bromas obedecían al humor habitual de su anfitrión o si, por el contrario, Leo Cosmo se había propuesto hacerle pasar un mal rato. En cualquiera de los casos, y obedeciendo a un oscuro propósito que poco a poco iba tomando forma en su mente, decidió dominar su irritación y seguir adulándole:

—Yo creo que su verdadera vocación se ha cumplido, señor Cosmo.

—¿Cuál? ¿La de bombero?

Esta vez, las sonoras carcajadas del cineasta convulsionaron su enorme torso, agitiéndolo como un grasiento flan. Era una risa dionisiaca, salvaje. Su torrencial estallido le congestionó de tal modo que tuvo que quitarse el sombrero para darse aire. Dax estuvo a punto de levantarse y marcharse, pero una secreta voz le conminó a aguantar el tipo, a resistir. Si algún interés tenía en Puerto, su única estrategia

consistía en tragarse el orgullo y permanecer cerca de ella, soportando al monstruo con quien estaba casada.

Porque Cosmo era un dictador, evidentemente, y parecía capaz de llegar muy lejos humillando a los demás. Es probable que fuera en ese momento, obedeciendo a la turbia pasión que estaba naciendo dentro de él, cuando Dax habría cedido a la tentación de intentar jugársela, hacerle morder el polvo, decorar la sudorosa frente de Leo Cosmo con un par de relucientes cuernos. Sin embargo, en un alarde de hipocresía, siguió alabándole:

—Me refería a la obra de uno de los mejores directores del cine español. O europeo. A la suya.

Lejos de agradecerle tales alabanzas, el director sacudió los hombros con un nuevo brote de hilaridad. Sus carcajadas fueron remitiendo, pero todavía siguió agitándose en una risa sorda hasta que, a base de paladear su cigarro, consiguió calmarse.

—Ay, qué bueno... Es usted muy generoso, señor Dax, lástima que se equivoque de medio a medio. Mis verdaderas vocaciones, muy por encima de las de geólogo o bombero, han sido dos: torero y escritor de novelas policíacas. En ambas me fue regular. No destaqué en ninguna. Como novillero, y con el sobrenombre de *El Flaqui*, pues no siempre he pesado estos ciento veinte kilos que le han escandalizado o repugnado a usted, llegué a hacer el paseíllo en plazas de vitola, La Maestranza, Las Ventas, pero una seria cornada me impidió tomar la alternativa. Y aunque eso ocurrió hace mucho tiempo, en la primavera de 1959, cada verónica, cada mugido del toro y, desde luego, el frío navajazo del cuerno desgarrando mi carne, permanecen grabados en mi memoria y en mi piel. No solo de las cicatrices del alma puede uno presumir. El valor es siempre una virtud... ¡definitiva!

Como atraída por algún lejano recuerdo, la mirada metálica de Cosmo se perdió hacia las crestas del volcán. Enseguida prosiguió:

—Toreé como *El Flaqui* y escribí relatos policíacos bajo el seudónimo de Michael Traveler. La mayoría de esos cuentos jamás llegaron a publicarse. Justamente, debo admitir hoy, asistido por la experiencia y tal vez por la sabiduría.

El índice de Cosmo señaló el libro que descansaba sobre la mesa de bambú. Su cubierta representaba la imagen de un decimonónico detective pertrechado con una lupa.

—¿Sería tan amable de acercarme ese volumen, señor Dax? Me he despertado con una fuerte lumbalgia y apenas puedo moverme.

—¿Tiene problemas de espalda?

—Espero que no. La pasada noche Puertito y yo celebramos nuestro aniversario de boda. Ya no tiene una edad para ir practicando el Kamasutra.

Dax se levantó, lívido, y le alcanzó el libro. Cosmo empezó a hojearlo.

—Gracias, señor Dax. ¿Me permite formularle una pregunta personal?

—Adelante.

—¿Se le pone dura con facilidad?

El vulcanólogo se quedó sin habla. La cotorra respondió por él:

—¡Nunca más!

—Hágaselo mirar —le aconsejó Cosmo.

El grueso cuello del director se hinchó como el de un sapo y de su garganta brotó una ciclópea risotada. Dax se obligó a pensar en Puerto, en su necesidad de ayuda. De no ser por su situación, por el purgatorio que a todas luces debía de estar soportando, quizá él habría tolerado aquel esperpento, la patética y narcisista exhibición de un artista tan moral y físicamente arruinado como Leo Cosmo. Dax sintió lástima por Puerto. La naturaleza de su matrimonio se le estaba desvelando como puramente monstruosa. Ansiaba quedarse a solas con ella para preguntarle por qué y a cambio de qué había aceptado convivir con aquel perturbado.

Sin alzar la vista de las páginas del libro, Cosmo preguntó, más relajadamente:

—¿Hace cuánto tiempo que no relee las aventuras de Sherlock Holmes, señor Dax? ¿Tanto como los cuentos de Edgar Allan?

—¡Nunca más! —volvió a gruñir el loro.

—¡Silencio, pajarraco del infierno! —bramó el cineasta, amenazando al loro con el bastón.

—Desde chico, supongo —repuso Dax.

En ese momento, Puerto regresó con un vaso helado y una expresión asimismo fría en el rostro. Dejó la bebida en la mesa y, en silencio, volvió a sentarse.

—¿Me acompaña? —propuso Cosmo a su invitado. Dax dudó:

—¿Qué está tomando?

—Licor de plátano.

—Demasiado dulce para mí. No sé qué tal me sentará.

—Divinamente. ¿Le apetece también un habano? Fidel Castro me los sigue enviando desde Cuba. ¿Sabía que soy comunista?

—No, no lo sabía.

—Pues ya conoce la razón por la que nunca llegué a triunfar en Hollywood. ¡Perros yanquis!

Cosmo apagó el habano con rabia, aplastándolo con la contera del bastón. Con la misma furia, mientras procedía ceremoniosamente a encender otro puro con un mechero de plata, se fue extendiendo sobre las ruindades del Tío Sam y sus secuaces en las grandes compañías cinematográficas. Cuando el nuevo cigarro humeaba entre sus dedos, fijó la mirada en el globo de calima que una hiriente luz blanca hacía flotar sobre el cráter del Hombre Muerto y anunció:

—En su calidad de amante de la literatura, voy a revelarles un pequeño secreto, señor Dax. Se trata de la solución, ¡de la definitiva solución!, a un enigma maquinado por Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes. —El director reparó en que su invitado se hallaba más atento a su mujer que a él y le llamó la atención—: Le ruego que se concentre, señor Dax.

—Estaba escuchándole.

—No deje de hacerlo. Según le adelantaba, Conan Doyle logró engañar al resto del mundo, pero ni por un segundo lo ha conseguido conmigo. Yo sé muy bien en quién se inspiró para crear a Sherlock Holmes. ¡Lo sé, créame, definitivamente!

—Dudo mucho que a nuestro invitado le interesen tus teorías sobre los orígenes de la novela policíaca, Leo —le interrumpió Puerto.

—Te equivocas, querida. ¿No es así, señor Dax?

—No vale la pena que discutan por mi culpa.

—Y no lo haremos —aseguró el director, conciliador—. Sin duda recordará usted, y también tú, Puertito, que Conan Doyle atribuyó el modelo de su inmortal detective a uno de sus catedráticos de Medicina de la facultad de Londres, un tal Joseph Bell. Dicho profesor solía acuñar observaciones sobre la procedencia geográfica del barro pegado a los zapatos de sus alumnos, acerca de las características craneanas y fisonómicas del individuo o a propósito de las calidades de las distintas cenizas de tabaco. Esas agudezas del doctor Bell, emitidas en sus clases, delante de sus asombrados discípulos, inspiraron a Conan Doyle una ingeniosa trampa, lo que los guionistas suelen llamar una cortina de humo. Hizo creer a los críticos que Joseph Bell, su ilustrado y victoriano maestro, era el padre espiritual de Sherlock Holmes, cuando su auténtico modelo no fue otro que Edgar...

—¡Nunca más! —graznó el loro-cuervo. Cosmo estalló.

—¡Silencio, asqueroso montón de plumas, si no quieres que te extirpe tu contaminada molleja y me la haga guisar para la cena!

—No me gusta que grites, Leo —le amonestó Puerto.

—Tienes razón, Puertito. Disculpe, señor Dax. —El director repiqueteó con su anillo en el filo de la mesa, como para crear suspense—. El modelo de Sherlock no fue el doctor Bell, sino... ¡el propio Edgar Allan Poe!

—¡Nunca más! —graznó la cotorra.

—¡Atrévete a interrumpirme una sola vez más, avechucho, y juro que te retorceré el pescuezo!

Las manos de Cosmo se anudaron como si, en efecto, estuviera ahorcando a su mascota, pero, de inmediato, en otro de sus ciclotímicos turnos de humor, esas mismas palmas se abrieron hacia Dax, esponjándose en un apostólico gesto de dádiva: la de haber desvelado ante él una clave oculta en la historia de la literatura.

Dax había acogido con bastante indiferencia sus revelaciones sobre Holmes. Se limitó a preguntar:

—¿Está seguro?

—¡Por favor, mi querido amigo! ¡Naturalmente que lo estoy! ¿Desea una prueba definitiva? Cierre los ojos y represéntese a Sherlock. Rostro huesudo, frente despejada, ojos nacidos para penetrar en lo oculto. Haga lo propio con Edgar Allan: su pálida piel, la mirada tenebrosa, esa mezcla de lucidez y ansiedad... Para dotar de credibilidad a sus historias, Poe se consagraba a los más diversos estudios:

mineralogía, numismática, anatomía patológica, criminología... ¿Y qué hacía Sherlock? ¿Acaso no permanecía ensimismado en su habitación, concentrado en las mismas o muy parecidas materias? El método deductivo era paralelo en ambos. Lo aplicaban a un misterio en apariencia arcano, cuya solución sería desvelada por héroes de inteligencia superior, desdichados genios cuyos dones no iban a servirles para alcanzar la felicidad. Tanto Poe como Holmes fracasarían en las disciplinas de la amistad y del amor, recurriendo al láudano, a la morfina o al alcohol cuando el peso de la soledad se les hacía insoportable...

En ese momento, Puerto profirió un grito. Cosmo y Dax se giraron hacia la piscina. Una enorme rata se paseaba tranquilamente por la cubeta de la ducha.

—¡Ledesma! —vociferó el director.

La cabeza del secretario apareció en la terraza superior. Cosmo hizo una seña y su empleado descendió a la carrera.

—¡Acabe con esa bestezuela! —le ordenó Cosmo, arrojándole el bastón.

Justo cuando Ledesma lo agarraba, una chispa prendió en el cerebro de Dax y reconoció al secretario. Era, en realidad, Pedro... No. ¡Pablo Ledesma! Había sido productor cinematográfico, uno de los más destacados del país. En los últimos años había sufrido un grave trastorno de salud, un ictus, quizá, que le había retirado de la actividad profesional. Pero ¿qué haría allí, en aquella inhóspita montaña de El Hierro, reducido a algo así como a un sirviente? ¿Habría perdido el juicio? ¿Estaban todos locos en la casa del volcán?

Con la espalda inclinada, haciendo aspavientos y demostrando a las claras que sus piernas habían perdido agilidad, Ledesma persiguió inútilmente al roedor. Tras esquivarle con facilidad, la rata desapareció ladera abajo.

—¡La plaga ha llegado hasta aquí! —se lamentó Cosmo, con evidente preocupación—. ¡Y tú! —acusó a su mujer—. ¡En lugar de hacerles frente, te pones a chillar como una histérica!

—Me dan un asco tremendo.

—¡Acabaremos con ellas, señora! —se comprometió Ledesma.

—Mi secretario es un inepto —susurró Cosmo a Dax, inclinando su corpachón hacia él—. Sería incapaz de acabar con un piojo cojo en su propia y hueca cabeza. No quisiera asustarte, niña mía —agregó, dirigiéndose de nuevo a Puerto—, pero esta mañana, después de mi purificador baño en nuestro estanque, he liquidado a una de esas ratas en nuestro mismísimo dormitorio.

La expresión de Puerto fue de puro horror.

—¿Dónde estaba?

—Debajo de nuestro placentero tálamo.

—¡Jamás podré volver a dormir ahí!

—Tendrás que hacerlo. Haré vigilar el pasillo, si es necesario. ¡Ponga veneno, Ledesma! ¡Trampas! ¡Dispare sin ahorrar munición contra esas ratas portadoras de pandemias!

—Así lo haré, Leo —asintió el secretario.

—No nos resultará sencillo erradicarlas mientras almacenemos alimentos — reflexionó Cosmo, en el tono que utilizaría un general analizando un problema de abastecimientos—. Si conoce un poco la historia de esta isla, señor Dax, sabrá que las ratas, a diferencia de los lagartos y de las cabras, no son endémicas de El Hierro. Fueron, ¡definitivamente!, introducidas por los conquistadores. Como otros vicios de la civilización, llegaron a bordo de las primitivas carabelas. Su presencia puede causar terror, pero no es menos cierto que el miedo nos hace sentirnos vivos. No hay nada más improductivo que el placer, señor Dax. Y no lo digo porque yo rehúse el estímulo erótico. No se imagina las cosas que la pequeña Puertito puede llegar a hacerme para que me sienta más cerca del paraíso, pero...

—¡Leo! —protestó su mujer.

—¡Déjame que presuma un poco!

—¡No me trates como si fuera una ramera!

—Vamos, Puertito, no seas tan susceptible. Sabes que eres para mí un tesoro y una...

—¡No soy propiedad tuya!

Cosmo la miró con orgullo, como la contemplaría un padre.

—Te equivocas.

—¡No soy tuya!

El director la apuntó con el puro.

—¡Definitivamente!

—¡No!

—¡Lo eres!

Derribando la silla, Puerto se levantó de golpe e intentó abofetear a su marido. Pero fue él quien consiguió rozarle con el revés del puño. Deshecha en lágrimas, Puerto subió corriendo el sendero del jardín. Desde arriba gritó:

—¡Te odio! ¡Dios, cómo te odio!

Dax estaba ahogándose en indignación, pero no supo cómo reaccionar.

Cosmo llenó su vaso.

—Pruébelo, señor Dax, y dígame si le va.

El vulcanólogo bebió con avidez, buscando ahogar su ira. La espesa textura del licor de plátano le empalagó como un caramelo. Tragándose la cólera, alabó el sabor:

—Exquisito.

—Coincidimos —aplaudió Cosmo, sirviéndose a su vez—. ¡Definitivamente, tiene buen gusto! Y, no sé por qué, me da que no solo para los licores.

—¿Para qué más?

—Para las mujeres. ¿O no está usted hecho todo un Casanova?

—Se ha portado muy mal con su esposa.

—Son riñas de familia, nunca llega la sangre al río.

—No debería beber tanto.

—¿Por qué no? Estos alcoholes de banano son bebidas de la tierra, naturales y sanas. Y eso que no los destilan aquí, sino en La Gomera. Pero Ledesma sabe cómo obtenerlos.

—¿No acaba de decirme que es un inútil?

—Para los recados, sirve.

El cineasta apuró el vaso. Inesperadamente, se enjuagó la boca y, como si fuera colutorio, escupió parte del líquido.

—¿En serio es de su gusto, señor Dax?

—¿No acaba de decirme que le agradaba?

—Esta porquería no puede agradar a nadie, señor Dax, no se deje llevar por mis hipérbatos. El licor de plátano es, simplemente una herramienta de trabajo para mí. La mayoría de los días —añadió Cosmo, con un toque de melancolía— me embriago temprano; antes, incluso, de la comida. Es uno de mis privilegios. Después de una noche de sexo, emborracharse al sol produce unos efectos religiosos, casi místicos. Suelo desayunar un cohíba, no sé usted. Fumo, voy tomando mi café y continúo con este infame destilado, confiando en que su dulce veneno intoxique mi cerebro y mi guión como si fuera vino bendecido por la mismísima mano del Señor...

—¿Está trabajando en alguna nueva película?

—Es lo que hago siempre, señor Dax.

—¿Cuándo empezará a rodarla?

—En cuanto haya alcanzado la regresión cósmica. Para ello, debo sumergirme en la piscina amniótica.

—¿Un retorno al seno materno?

—¡Bravo, señor Dax! En realidad, nos encontramos dentro de él. Este volcán es como una matriz. En el interior de su descarnado útero... Pero ¡bonitas preguntas hace usted! ¿Seguro que no es un periodista cultural? ¿O uno de esos *paparazzi* en

busca de carnaza?

—Ya le dije a su secretario...

—Al último reportero que se atrevió a aparecer por aquí lo arrojé al fondo del cráter y ahí seguirán sus huesos, blanqueándose al sol. ¡Periodistas! ¡Críticos! Jamás me ayudaron. Me acusaban de practicar subgéneros. ¡Ah, si pudiera acabar con ellos! Querían mi piel, y a fe que consiguieron arrancarme un buen pedazo. Pero aún queda en pie mucho Cosmo, no lograrán derribarme tan fácilmente.

—Le juro que yo no...

El director agitó el puro.

—Sea o no uno de ellos, señor Dax, voy a hablarle de mi nueva película. Será una versión del *Otelo* de Shakespeare. Existen numerosas adaptaciones, como sabe, pero estoy trabajando bajo una potente inspiración. *Otelo* no encarna una meditación sobre los celos, según se ha venido repitiendo, sino sobre el instinto criminal. El famoso moro de Venecia, ese torvo y oscuro secuaz, es tan solo un asesino nato a la espera de un móvil. ¡Definitivamente, ya estamos hablando de la muerte! Cuando me refiero a mi mejor amiga me gusta hacerlo con propiedad, en presencia de quien, como nadie, la ha representado... ¡Parca, ven aquí! ¡Date prisa!

En respuesta a la llamada de Cosmo hizo acto de presencia una encorvada mujer con el rostro consumido por una larga cadena de sufrimientos. Llevaba un vestido estampado sin mangas, de tonos descoloridos, y unos absurdos botines con los cordones sin abrochar.

—¿Deseaba algo, señor?

—Para mí nada, Francisca, pero la salud de nuestro invitado está empezando a inquietarme seriamente. Corriendo detrás de Puerto se nos ha presentado así, en bermudas. Haga el favor de comprobar si en mi armario ropero todavía conservo alguno de los jerséis de pico de cuando disfrutaba de un cuerpo como el de este joven Romeo.

Dax acababa de esbozar un gesto de protesta, pero Cosmo volvió a abortar su réplica.

—No vaya a malinterpretarme, señor Dax. No le considero un buscavidas. No es usted, sino, ¡definitivamente!, Puertito, la responsable de esta situación. La pobre está tan sola... Al principio viajamos por medio mundo, pero luego, cuando nos enterramos aquí, en nuestra casa del volcán... Puerto no se relaciona con otras jóvenes de su edad. Carece de amigos en la isla. Como un perrillo abandonado, se lanza a los brazos del primero que le arroja un hueso. Es una mujer de lo más atractiva, ¿no cree? Con unos ojos capaces de derretir a un fraile y unos pechos como impuros cálices...

La mente de Dax se había puesto a girar incontroladamente. No le hizo falta darle demasiadas vueltas para comprender que Leo Cosmo le estaba provocando.

—Si de verdad cree que he venido siguiendo a su mujer...

—No es que lo crea, querido amigo, es que estoy absolutamente seguro de ello. Y

usted también lo está. No tiene más que asomarse al oscuro abismo de su conciencia, tan profundo como este cráter, y escuchar el eco de su respuesta. ¡Que alguien me conteste, por todos los dioses! ¿Tengo o no razón, secretario?

Dax se giró, sorprendido. Ledesma estaba detrás de él, a solo unos pasos. Sin duda, lo había oído todo.

—Vino siguiéndola.

—¡Eso no es cierto! —protestó Dax.

—Se lo agradezco, Ledesma —dijo Cosmo; su tono era el de un profesor defraudado con su mejor alumno—. Eso me reafirma en mis sospechas.

—¿Qué está insinuando? —saltó el vulcanólogo.

—No me gusta que me mientan, señor Dax. ¿Existe mayor manifestación de hombría que la sinceridad? Decir siempre la verdad... ¿No es, acaso, lo que nos enseñaban de niños? ¿Lo que nuestros padres y profesores nos encarecían sobre todas las cosas? Usted es un científico, un hombre culto y, supongo, bien remunerado, pero nosotros, pobres artistas nacidos en la ignorancia y en la miseria... ¿Puede siquiera imaginar lo que fueron los años cuarenta? El hambre es una experiencia que no le deseo a nadie, señor Dax. Acostarse con las tripas en carne viva, escuchando al otro lado del tabique las voces de Radio Nacional, aquellos concursos, las radionovelas, los gruñidos de los padres cediendo a la lujuria y montándose en la oscuridad de la noche... Mi padre era un hijo de puta, señor Dax, un borracho maltratador que se acostaba con los calcetines puestos y el cinto a mano por si le apetecía levantarse a calentarme el lomo...

¿Sabe qué fue lo único que heredé de él? Sus calcetines de lana. Y el apetito. Y la sed. Siempre estoy sediento, señor Dax. Y usted también, por lo que veo.

¿Una cervecita?

—Estoy bien, gracias.

—Déjeme que sea yo quien le diga cómo se siente, querido amigo. Defraudado. Dolido. Violento. Imaginaba encontrar, oculto a todas las miradas, a un gran personaje, a una leyenda del cine, y se ha tropezado con mis ciento veinte kilos de grasa y un cerebro en pleno deterioro. Solo mi vanidad permanece incólume. Para prolongarla, únicamente admito el elogio. ¿Decía usted que ha visto todas mis películas?

—No lo había dicho, pero es cierto.

—No puede serlo. Nadie ha visto todas mis películas, ni siquiera yo. ¿*El último juego*?

Dax negó con la cabeza.

—¿Ve? —exclamó triunfalmente Cosmo—. La rodé en Toledo, en 1948, durante una semana, con actores aficionados. ¿La noche del crimen?

Dax volvió a negar.

—¿Tampoco? —sonrió el director—. No voy a decirle que me importe. Era una pura basura, insoportablemente tórrida, el producto de un erotismo enfermo, de la

represión... La rodé en el verano del 51, en Ceuta. Por fortuna, tuvo problemas con la censura y fue retirada.

—No sea tan duro consigo mismo, Leo —intervino Ledesma—. Eran obras de aprendizaje. Óperas primas.

El rostro de Cosmo se arreboló de indignación.

—¡Silencio, truhán! La mayoría de mis cincuenta y siete películas lo son. ¿Todavía sigue sosteniendo que las ha visto todas, señor Dax?

—No sabía que hubiese filmado tantas. Supongo que habré visto las principales.

Cosmo hizo un gesto de furia.

—¿Por qué me contradice? ¿Quién se ha creído que es? ¿Alguien superior, para juzgarme desde el desconocimiento?

Dax estalló.

—¿Y por qué me ha recibido, si solo pretendía burlarse de mí?

El secretario se interpuso entre ambos.

—¡Caballeros, por favor!

—No pasa nada —le rechazó Cosmo—. Nada en absoluto, Ledesma. El licor ha debido trastornarnos.

¡Y qué tendrá de extraño, siendo indigesto para el estómago y nocivo para la mente! ¡Que alguien nos traiga unas cervezas! ¡Francisca! ¡Parca! A nuestra Paca le hemos intercalado una erre por lo reñidora y recabrona que es —explicó el cineasta, despertando una sonrisa fúnebre en Ledesma, el hombre que una vez produjo sus películas—. ¿No se acuerda de nuestra Paca, señor Dax, usted, tan amante del cine español? ¿No le suena de nada? ¡Pobre Francisca Embid, conviviendo conmigo y con el más desagradecido de los olvidos!

—No sé quién es, lo siento.

—Otro punto en su contra, señor Dax. Francisca Embid no habrá actuado en menos de veinte o treinta películas, muchas de ellas bajo mi dirección. ¡Mírela bien!

Mentalmente agotado, Dax se giró hacia la piscina. El sol le dio en la cara. A su trasluz, se quedó observando a la arruinada mujer que traía una bandeja con unas botellas de Heineken y... sí, reconoció a Francisca Embid. La veterana actriz debía tener más de setenta años. Su maltrecho cuerpo serviría para poco más que para mantenerla en contacto con la tierra, pero su mirada aún conservaba el rescoldo de antiguos fuegos. Hacía tres décadas había gozado de cierta popularidad gracias a sus papeles de criada, tonta del bote, envenenadora o bruja. Después, poco a poco, había ido desapareciendo de la pantalla y de la memoria de los espectadores.

—Discúlpeme por no haberla reconocido, señora Embid —se corrigió Dax, sintiéndose estúpido y fuera de lugar; pero una morbosa inclinación le invitaba a proseguir en aquel escenario—. Siempre pensé que era usted una magnífica intérprete. Nunca pude imaginar que iría a conocerla en un lugar como este.

—El infierno —susurró Paca; e, inclinándose hacia él, añadió a su oído—: Pues es al diablo a quien sirvo.

—¡Deja de cuchichear, vieja bruja, y pon la mesa! —tronó Cosmo.

Francisca desapareció por la puerta de la cocina-bar. De su interior acababa de surgir otra muchacha, muy joven, africana, ataviada de doncella, con las muñecas cuajadas de abalorios y un uniforme blanco que contrastaba con su negra piel.

—¡Tres mujeres en la casa y que todo tenga que estar manga por hombro! —refunfuñó el director, removiéndose en su butaca. Colmó trabajosamente su catavinos con una nueva medida de licor de plátano y lo apuró de un trago—. ¡Venga, a la mesa!

Pero no se movió. La muchacha se apresuró a colocar delante de él dos caballetes de pintor, y sobre ellos, un tablero de cristal. Francisca la ayudó con el mantel. Juntas fueron transportando desde la cocina-bar una variada suerte de viandas.

A juzgar por los suculentos aromas, un experto cocinero tenía que estar detrás de su elaboración. Había comida en abundancia. ¿Cuánta gente viviría allí?, se preguntó Dax, cediendo a la impresión de que todo lo que estaba sucediendo desde que había puesto los pies en la Montaña del Hombre Muerto parecía obedecer, más que a la realidad, a una sucesión de fantásticas secuencias cinematográficas. Nada le hubiera extrañado que un director de escena hubiera aparecido de pronto para excusarse por haberle utilizado en un rodaje sin previa información ni consentimiento por su parte.

En lugar de eso, Leo Cosmo indicó:

—Definitivamente, se quedará usted a comer con nosotros, señor Dax. Así tendré ocasión de seguir disfrutando de su compañía y de presentarle al resto de mi pequeña y mal avenida familia.

El anuncio no se hizo esperar. Con el redoble del gong, hicieron aparición dos nuevos personajes.

El primero de ellos era un hombre todavía joven, moreno y con buen aspecto, vestido con un traje azul marino y corbata del mismo color. Cosmo le presentó con un circunspecto «Santoro, el gerente». El segundo era un tipo desgarrado y corpulento, con pinta de sufrir algún tipo de retraso mental.

—¿Reconoce a este gigantón, señor Dax? —preguntó Cosmo.

—No, y estoy empezando a cansarme de sus juegos —le advirtió el vulcanólogo.

—No se enfade, señor Dax. Para un cabal aficionado al cine español, como usted, la pregunta es muy sencilla.

—Las nuevas generaciones carecen de conocimientos básicos —se lamentó Ledesma, que se había sentado a la derecha de Cosmo—. Y, algunos de sus jóvenes representantes, de educación.

—Hablando de la juventud —terció el director—. ¿Alguien sabe dónde está mi mujer?

Como si le hubiera oído, Puerto se unió al grupo. Se había maquillado y cambiado de ropa. Llevaba una blusa de seda negra y una falda del mismo color y se había recogido el pelo en una cola de caballo. Saludó sin entusiasmo al resto de los comensales y eligió sentarse al lado de Dax. Su agresivo perfume saturó el aire cristalino del volcán.

—Permítame que le presente formalmente a Eulogio Morán, señor Dax —continuó Cosmo, después de haber dedicado a su mujer una larga y hermética mirada—. Buena parte de su carrera la desarrolló conmigo. Sería más exacto decir: gracias a mí.

—No sé quién es, ya le digo —comentó Dax—. Lo siento —añadió, dirigiéndose al gigantón.

—No tiene importancia —le disculpó Cosmo—. Su gloria es añeja. Entre otros papeles de género, Eulogio hizo de Frankenstein y del conde Drácula.

—Llegué a componer una rica galería de monstruos clásicos —expuso con timidez el gigante; su apacible y cantarina voz resultaba opuesta a su feroz aspecto—. Pero fue a Frankenstein a quien le debo todo.

—¡Serás ingrato! —se dolió Cosmo.

—Lleva razón, don Leo, le ruego me perdone —se compungió Eulogio, como si acabara de faltarle al respeto—. Sin su ayuda, no habría llegado a ser quien soy.

—¿Y quién eres, Eulogio?

—Me refería a aquel que fui, señor. Porque hoy no soy nada.

—Eso ya se va ajustando un poco más a la realidad —aprobó Cosmo, tomando una loncha de salmón con los dedos y engulléndola de un solo bocado—. Teniendo en cuenta que tuve que sacarte de aquel manicomio donde tu familia, con buen

criterio, te había encerrado, alimentarte, vestirme y enseñarte un oficio, no creo que tu deuda con Mary Shelley sea mayor que la que contrajiste conmigo.

El director se metió en la boca media rodaja de un pescado de color rosado asimismo aderezado con salsa rosa. El mantel era del mismo color, y las sirvientas habían colocado dos búcaros de orquídeas. Cosmo apenas masticaba los alimentos, limitándose a engullir cada bocado con generosos tragos de un vino tinto que la muchacha africana, llamada Jenny, le iba sirviendo en una jarra de cristal. Entre otros manjares que el cocinero chino, Huang, estaba ayudando a servir, había marisco y caviar.

—¿Le complace mi mesa, señor Dax?

—¿Cómo se abastecen?

—Esa cuestión me es prosaica.

—¿Traen los víveres desde la Península?

—Es posible, no lo sé —divagó Cosmo, un tanto fastidiado por lo doméstico del tema—. Puedo asegurarle que no miro ni mido el gasto. Esta comida estará costándome quinientos o seiscientos euros, ¿qué importa? Todos los presentes se alimentan bien y lo hacen cada día, básica necesidad que no siempre antes cubrían. Algunos, ¡definitivamente!, tendrían que besar el suelo que piso, pero ya ve usted... Del mismo modo que la proximidad desdora al artista, la convivencia invita a presuponer la gratitud... Volviendo a su pregunta, y si quiere que le diga la verdad, no sé de dónde salen las viandas. Supongo que Huang se ocupa de ir al mercado y nuestro gerente de que nuestros recursos no mengüen. ¡Brindo por usted, Santoro!

El cineasta alzó su copa hacia el hombre de cara aceitunada que, hasta ese momento, guardaba reserva. Tan solo, muy de vez en cuando, se había permitido enarcar las cejas en una expresión que lo mismo podía significar apoyo incondicional a su patrón como una velada disidencia frente a los modos y comportamientos de Cosmo. A la espera de que se manifestara en algún sentido, Dax le había considerado, anticipadamente, como la única persona normal de aquella reunión, pero Cosmo iba a destruir esa imaginaria reputación.

—Antes de conocernos, Manuel Santoro trabajaba en Lisboa —empezó a relatar el director, entre bocado y bocado—, en una sucursal del Banco Espíritu Santo. Para todo lo que no sean los números, es de carácter débil. Una mujer le sorbió los sesos. ¡No me corrija, Santoro, pues pienso circunscribirme a la verdad! A fin de pagar sus caprichos y conservar sus favores, Santoro se arriesgó a cometer un desfalco en la oficina central de su corporación bancaria. Fue descubierto, juzgado y condenado a prisión. Y aquí entré en escena yo. Un amigo me habló de sus contactos en el mundo inmobiliario y en paraísos fiscales. En cuanto Santoro salió de la cárcel, le hice una oferta que no pudo rechazar.

—En realidad, no tenía otra —matizó alegremente el aludido, en un vano intento de divertir al resto de la mesa.

—No me interrumpa, Santoro, hágame el favor —le obligó a callar Cosmo—. Al

principio, trabajó en mi productora, especializándose en localización de exteriores. Después, siguiendo mis orientaciones, se puso a estudiar a fondo el negocio del cine. Gracias a su sentido de la especulación y de la oportunidad, y a sus contactos con ciertos grupos de presión que operan, digamos, en la sombra, me hice con la principal distribuidora española. El dinero ha entrado y sigue entrando a espuestas. Si soy rico es, en parte, gracias a él. Por eso le pago espléndidamente. ¿No es así, Santoro?

El gerente asintió. Todavía no había empezado a comer. Cosmo le ordenó que lo hiciera.

—Y usted también, señor Dax, haga el favor de alimentarse debidamente. De ese modo, viéndoles compartir mi mesa, mi fuero interno se preguntará: ¿quién disfrutará en el futuro de mis bienes? ¿Usted por quién apostaría, señor Dax?

—¿No tiene hijos?

El director negó apesadumbradamente.

—Pude adoptar, pero ahora es tarde. Mi semilla es infértil, o lo fueron mis sucesivas esposas. —Apenas había pronunciado esta frase, Cosmo dedicó a la última de ellas, a María Puerto, una ceñuda mirada, cargada de reproches—. Me consuelo pensando que la naturaleza no ha querido repetir mi modelo, al ser, seguramente, único en su género. Pero la edad... Tengo el presentimiento de que no viviré mucho tiempo más. En ese sentido, Santoro, quisiera pedirle algo... ¡definitivo!

—Usted dispondrá, señor Cosmo.

—Encargue a nuestro arquitecto un monumento funerario en las laderas del volcán.

—Olvide esas negras ideas, señor —le rogó el gerente—. Todavía tiene que vivir largos años.

—¿Cómo, si uno de vosotros me ha de traicionar? —El director acababa de beberse de un largo trago otra copa de vino. Dax se dio cuenta de que estaba borracho—. ¡Sé que hay una conjura contra mí, pero yo no soy un títere con quien se pueda jugar!

Cosmo agarró una botella de Pedro Ximénez, se sirvió una generosa cantidad en el vaso de agua y la bebió con avidez. Sus ojos se enturbiaron y parte del vino dulce se le derramó por la pechera, manchándole la guayabera con cobrizos cuajarones.

—Uno de vosotros me traicionará —anunció con voz pastosa—. ¡Y tú...! —exclamó, señalando a su mujer—. ¡Tú tienes la culpa de todo, maldita zorra!

Puerto se levantó, desencajada. Dio la impresión de que iba a arrojarse contra él, pero no tuvo oportunidad. Su marido puso los ojos en blanco, abrió los brazos en cruz y se desplomó sobre la mesa.

Lejos de mostrarse desconcertados, los comensales se dispusieron a actuar como improvisados camilleros. Esa resignada pero natural actitud invitó a Dax a pensar que las formidables borracheras de Cosmo se repetían con asiduidad. Entre los tres hombres cargaron con el corpachón del director y, como pudieron, lo fueron trasladando al interior de la casa.

—Deberíamos avisar a un médico —opinó Francisca.

—¿Qué opina, señora? —consultó Santoro. Puerto solo acertó a decir:

—Se pondrá bien. Márchese, por favor. Necesito descansar.

—Me quedaré contigo —se ofreció Dax.

—Esto debo soportarlo yo sola.

—Déjame ayudarte. —El vulcanólogo arrancó una hoja del cuaderno de Cosmo y anotó su número de teléfono y una dirección de correo—. Llámame si pasa algo.

Se habían quedado solos. Dax la abrazó y le acarició las mejillas. Al borde de las lágrimas, ella volvió a rogarle que se marchara.

—Lo haré, pero con una condición —dijo él. Ella le contestó en un susurro:

—Si lo que quieres es volverme a ver...

—Eso es, exactamente, lo que quiero. ¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Pronto? —la acució él.

—Lo intentaré.

—¿Esta noche?

Ella asintió. El corazón de Dax latió con fuerza.

El vulcanólogo no bajó de la Montaña del Hombre Muerto por el accidentado sendero por el que había ascendido la ladera sureste del volcán, sino por una estrecha carretera de tierra que, dibujando cerradas curvas, descendía algo más suavemente por la falda contraria.

Como para congraciarse con Dax o paliar el mal efecto causado por su patrón, Ledesma le había acompañado hasta la puerta. Antes de despedirle, le propuso mostrarle el Rolls Royce que usaban para desplazarse por la isla.

El mayestático automóvil estaba aparcado al aire libre, aprovechando una oquedad de la montaña adecuada como improvisado garaje, con cuatro traviesas de ferrocarril y un tejadillo de hojas de palma. La chapa del coche estaba tan limpia como si acabaran de pasarla por un tren de lavado. Su tapicería era de piel teñida de color púrpura y sus cromados brillaban como si fuesen de plata.

—Es el coche de Cosmo, supongo —comentó Dax.

—Ahora esta maravilla pertenece a Leo —asintió Ledesma, pasando una amorosa mano por la figurita del chasis—. Pero fui yo quien lo adquirió para una de las películas que rodamos juntos.

—¿Cuál?

—*Hambre de justicia*.

—La recuerdo —asintió Dax—. ¿Con Gina Lollobrigida?

—Gina tenía un pequeño papel, en efecto. Tres o cuatro escenas, pero que me costaron más que el resto de la cinta.

El exproductor señaló la lujosa tapicería con la misma reverencia que si fuese la Sábana Santa.

—En una de ellas, la Lollo se sentaba ahí, en el asiento del copiloto, con un vestido tan escotado que cortaba la respiración. Rodamos sus escenas en la Costa Brava. Cada tarde, al concluir las tomas, ella repetía, aludiendo al título de la película: «Tengo hambre de justicia y de langosta». De modo que, para terminar de hundir mi cuenta corriente, cenábamos con vino blanco y champán en restaurantes desde los que se veían barcas de pescadores y puestas de sol como las que Dalí pintaba en Cadaqués. Una tarde, por cierto, estuvimos saludando al pintor. Y también hice amistad con Kirk Douglas, cuando vino a rodar a España. Leo y yo colaborábamos con producciones internacionales. ¡Qué tiempos! Éramos los reyes del mundo. Pero luego me pasé con las drogas y...

—No tiene por qué contarme su vida privada.

—Gracias por mostrarse comprensivo.

—Tampoco me adjudique esa virtud. Es muy poco lo que he entendido esta tarde.

—¿Y qué cree que deduje yo cuando me diagnosticaron un cáncer? Yo estaba sin blanca, fue Leo quien se ocupó de los tratamientos. Me quemaron por dentro, señor Dax. Este viento del desierto penetra en mí sin filtro alguno, abrasándome como si

me hubieran puesto a cocer a fuego lento. Gracias a que Leo... Puede creerme si le digo que ni siquiera un hermano se habría portado así.

—¿Desde cuándo vive con él?

—Desde que enfermé y me arruiné me acogió en su casa. Primero en Madrid y luego aquí, en El Hierro.

—¿Siguen trabajando juntos?

—No, pero a veces Leo me consulta determinados temas. Ahora, según él mismo le ha adelantado, está trabajando en el guión de una nueva película, para la que me ha pedido un presupuesto de actores.

—¿Quién encarnará a *Otelo*?

—Al señor Cosmo le gustaría que fuese el señor Nicholson.

—¿Jack Nicholson?

—El mismo.

—¿No está un poco mayor para ese papel?

—Leo no opina así. Se lo ha propuesto en firme, ya veremos si acepta.

—¿Y qué actriz hará de Desdémona?

—Leo está buscando a la idónea. Creyó haberla encontrado en Teresa Sanagustín. Desgraciadamente, fue asesinada en los camerinos del Teatro Español. Leo no lo dirá, pero esa tragedia le ha llevado a pensar que la película está gafada.

—¿Quién pudo asesinar a esa actriz?

—La policía sigue investigando. Leo estaba en el Teatro Español la noche del crimen. En su infinita estupidez, los policías llegaron a interrogarle, sospechando de él. Naturalmente, no pudieron implicarle.

—El señor Cosmo dispone de otra Desdémona —apuntó Dax—. Y muy cerca.

—¿A quién se refiere?

—A María Puerto.

—Leo no desea que su mujer vuelva a actuar. Ella insiste, lo sé, y realmente se moriría por hacer el papel de Desdémona, pero no le va a convencer. Para Leo, una película es mucho más importante que un matrimonio.

—Eso se llama egoísmo.

—Peor es ella, que se casó con él por su dinero. Contra lo que usted pueda pensar tras haberle visto comportarse como lo ha hecho hoy, Leo es un hombre muy cariñoso. Te entrega su corazón sin pedir nada a cambio. ¿No le ha regalado a usted su amistad?

—Y un jersey —sumó Dax, señalando el que aún llevaba puesto.

—¿Lo ve? Quédeselo.

—Solo en concepto de préstamo. ¿Cómo podré devolvérselo?

—Ya tendrá oportunidad. ¿Se va a marchar descalzo?

—Sufriré un poco más. A todo se acostumbra uno.

—Le traeré un par de zapatos. Vuelvo en un instante, no se vaya.

—¿Y adónde iba a ir?

Ambos contemplaron el duro y fascinante paisaje que se extendía a sus pies. En la desolada costa volcánica no se veía una casa, un barco. Al margen del volcán y el mar no había nada más.

Ledesma regresó con unas zapatillas de suela de esparto. El vulcanólogo se las probó. Le venían bien.

Pensando todo el rato en Puerto, en su absurda existencia bajo el dominio de Leo Cosmo, Dax fue descendiendo a buen paso las amarillentas lomadas de la Montaña del Hombre Muerto.

Al cabo de un rato, el vulcanólogo desembocó en la carretera de El Golfo. Junto a los riscos, la estrecha carretera costera discurría a tramos entre una vegetación arbustiva, para confundirse hacia la punta suroriental con puras llanuras de lava.

El viento se había tomado un respiro. Dax se pegó a la cuneta, avanzando en medio de una bochornosa calima.

Suponía que algunas actrices se acostaban con los directores para conseguir papeles en sus películas, pero ¿qué necesidad tenía una chica tan joven como Puerto de casarse con alguien como el director de *Vayamos por partes*? ¿Y por qué se comportaba ante Leo Cosmo como si, efectivamente, le debiera algo que solo podía pagar con su... entrega, con su consentida esclavitud?

Una agrupación de casas rústicas que no llegaba a formar una población le recibió con hosco silencio. Eran modestas viviendas de bloque, apenas una decena, todas de una sola planta, con un jardín reseco y un corral trasero para algún perro y quizá unas pocas cabras. Como tantas otras construcciones en la isla, parecían sin concluir.

Dax saludó al pasar a un par de isleños ocupados en reparar un muro de piedra. Ambos le ignoraron.

El vulcanólogo siguió andando bajo un declinante sol. Pasó frente al Lagartario, una instalación moderna, con centro de visitantes y un *parking*. Dax recordó que José Perdigón, el guía, le había indicado que la subestación quedaba por allí cerca. La encontró doscientos metros más adelante, cerca del desvío a Las Calcosas.

Se trataba de un cobertizo de erosionada piedra sillar, de toba volcánica, una desvencijada puerta asegurada con un cerrojo y una sola ventana con rejas; a través de la cual, puesto que no llevaba las llaves encima, echó un vistazo.

Por allí no debía aparecer nadie desde hacía meses. Los ordenadores y el resto de aparatos e instrumentos estaban cubiertos con una polvorienta lona de plástico. Dax se prometió regresar al día siguiente y ponerse a trabajar.

Reanudó su camino hacia la Colonia científica. Como surgido de la nada, un hombre se había puesto a caminar detrás de él, en la misma dirección.

La carretera estaba desierta. No se veía a nadie. En dirección al mar no había una sola edificación. Las pocas casas que se distinguían en los riscos parecían abandonadas.

El silencio era de cristal. Dax podía oír los crujidos de las suelas del otro caminante al aplastar la gravilla del arcén y, de vez en cuando, un estornudo seco.

De esa forma, separados por treinta o cuarenta pasos, debieron recorrer alrededor de medio kilómetro. En un par de ocasiones, Dax se giró para comprobar si aumentaba la distancia entre ellos. Pero, aunque él apretaba el paso, el otro no se alejaba.

En dirección al faro de Orchilla, la carretera se estrechó todavía más. Dax continuó caminando por el arcén. Cuando llegó a la pista de tierra que conducía a la

Colonia decidió detenerse y esperar al hombre que caminaba tras él. Era un tipo alto, con aspecto inofensivo. Se limitó a desviarse de la carretera y a pasar delante de él, saludándole con un escueto «buenas tardes».

Dax le abordó:

—¿Se dirige a la Colonia?

—Así es —asintió el desconocido, sin detenerse. Dax tuvo que recuperar el paso y ponerse a su altura.

—Me alojo en una de las cabañas, por eso me he permitido...

—Abel Lambergis —le cortó el otro, sin dejar de caminar a buen paso, manteniendo la vista al frente.

—¿El biólogo?

—Herpetólogo, si no le importa.

—Claro que no. Me han comentado que está usted al frente de un programa de recuperación de especies protegidas.

—¡La gente no tiene otra cosa que hacer que darle a la lengua! ¿También le han dicho que soy del Madrid?

Lambergis sonreía pícaramente. Dax se echó a reír.

—No lo sabía. En mi condición de barcelonista, me alegro de todo corazón. Así, más que hablar de fútbol, podremos discutir a placer.

El brillo de una fanática afición encendió la mirada del otro.

—Esta temporada no va a terminar como ustedes creen, entonando el alirón. Todavía queda bastante Liga como para que muerdan el polvo.

—Ya lo veremos.

—Puede apostar. Aparte del ser del Barça, ¿qué más defectos tiene?

—Soy vulcanólogo. Trabajo para la Estación de Tenerife.

—Eso está muy bien. Me encanta la geología.

—En cambio, yo no sé una palabra sobre lagartos. Lambergis le reclamó precisión.

—Utilice el singular. Solo me ocupo de la especie gigante de El Hierro, bastante trabajo me da. Pero hablemos de usted. ¿Qué le trae por aquí?

Aprovechando que atravesaban una zona de material eruptivo joven, Dax desarrolló con brevedad la teoría de una supuesta erupción en aquella zona de la isla a finales del siglo XVIII; tesis que se proponía desarrollar, añadió, mediante un exhaustivo trabajo de campo.

Lambergis le escuchaba en silencio, con el cuello erguido, mirando siempre hacia adelante. Entre deformes bloques de lava, la pista discurría sinuosa en dirección al mar.

El herpetólogo parecía un hombre amable y abierto. Mientras conversaban, Dax pudo observarle disimuladamente. Su tercer vecino de barracón era bastante más alto que él, pero mal proporcionado. Estrecho de hombros y con una redondeada cintura, su tipo resultaba un tanto feminoide. Se le notaba la edad; su espalda había

comenzado a encorvarse. En su sonrosado cráneo unas matas grises, pobres testigos de una perdida y seguramente antaño rizada cabellera, sobresalían encima de las pobladas patillas. A cada repecho, las dilatadas aletas de su nariz griega aspiraban oxígeno con fruición. Rostro y cuello estaban quemados por el sol, cuya exposición le había dejado manchas en la piel. Vestía con sencillez y comodidad: una camisa de lino, un pantalón de campaña y zapatillas de tenis.

—¿Lleva mucho tiempo en la isla? —le preguntó Dax.

—Va para tres años.

—¿Siempre al cuidado de sus lagartos gigantes?

—Y multiplicándome. Tenemos que vigilar y alimentar varias colonias.

—¿Dónde se encuentran, si no se trata de un dato reservado?

—La única información confidencial que me resistiría a proporcionarle, querido colega, sería la alineación del Real Madrid.

Ambos sonrieron. Lambergis indicó los arriscados barrancos de El Golfo.

—Una de las colonias de lagarto gigante se encuentra en tierra, en la Fuga de Gorreta, y otra en medio del mar, en el Roque Chico de Salmor. Aquél.

El profesor hizo detenerse a Dax y le invitó a mirar atrás. En la otra punta de la inmensa bahía, dos peñones sobresalían del mar como peñascos arrojados por un cíclope.

—Supongo que el Roque Chico será el más pequeño.

—El de mar adentro —ratificó el herpetólogo.

Dax observó el cónico y salvaje perfil de aquel islote. La distancia lo empequeñecía, pero hasta su redondeada cumbre los lisos paredones de basalto muy bien podían elevarse a medio centenar de metros. Las olas los batían con furia.

—¿Cómo se arriba a ese roque? Por mar parece imposible.

—Lo es. Solo se puede llegar por aire. Un helicóptero me descuelga una vez al mes.

—¿A usted?

—Puede que ya no sea joven, pero de ahí a considerarme un inválido...

—No pretendía ofenderle, profesor —se apresuró a retractarse Dax—. Aunque se le ve en muy buena forma, para descender por una sirga desde un helicóptero hace falta...

—Es mi obligación. La cumplo mensualmente, ya le digo. Mañana mismo tengo que regresar al Roque Chico. He quedado con el piloto a las once, en el aeropuerto.

—¿No será un tal Sendín?

—Creo que se apellida así, en efecto. ¿Le conoce?

—Me trajo desde La Palma.

—Un chico muy simpático, con un repertorio de chistes la mar de graciosos.

—¿Con usted también se dedica a hacer acrobacias?

—Claro que no. Pilotando es muy serio.

—Debió de elegirme como conejillo de Indias. ¿Cuánto tiempo suele permanecer

en el Roque Chico de Salmor, profesor?

—Con buen tiempo, varias jornadas. Tres o cuatro días. A veces, dependiendo del trabajo, si es época de reproducción, o si hemos padecido la aparición de alguna especie invasiva, puedo quedarme hasta una semana.

—Tiene que ser duro.

—Para otros, tal vez, pero no para mí. En el roque estoy muy entretenido, apenas descanso un minuto. No habrá ahora mismo allí menos de trescientos lagartos. A muchos de esos ejemplares, previamente, en el Lagartario, les hemos insertado un microchip y, en casos de especímenes muy determinados, un radiotransmisor que nos permite mantenerlos bajo control y llevar a cabo un minucioso y actualizado seguimiento de sus medidas y pesos... Pero quizá le estoy aburriendo.

—En absoluto. Sucede que apenas conozco la especie.

Las rocas de lava se despejaron y pudieron ver sus barracones, con el mar al fondo. Sin una sola nube alrededor, el sol, igual que en un dibujo infantil, pendía sobre las olas como una inmensa bola rojiza.

—El Gallotia Simonyi es robusto —se molestó en ilustrarle Lambergis, en tono doctoral—, de color pardo negruzco, con dos series laterales de ocelos de color amarillo. En su edad adulta puede llegar a pesar alrededor de cuatrocientos gramos y a medir en torno a sesenta centímetros.

—¿Es agresivo?

—No. Y sí, y muy a menudo, me temo, víctima de la civilización, del progreso. Eso nos obliga a luchar enconadamente contra la amenaza de su extinción. Hay que controlar su proceso de adaptación y supervivencia, así como sus procesos reproductivos...

—Está consiguiendo emocionarme, profesor. Lambergis sonrió, halagado.

—Exceptuando mi confeso madridismo, no soy ningún sentimental, pero cuando los lagartos se me quedan mirando con esos ojos fijos como carbones encendidos es como si quisieran decirme algo...

—Quizá le estén dando las gracias.

—Nada me gustaría más. Me siento muy orgulloso de la labor que venimos realizando. Se ha normalizado el nacimiento de lagartos gigantes en cautividad y avanzamos a buen ritmo en el segundo ciclo del programa, consistente en recuperar sus hábitats primarios, incluidas las Laderas del Julan, vertiginosas pendientes con grave y constante riesgo de desprendimientos de coladas traquíticas. No hay quien suba allá arriba, créame, solo los guías locales y cuatro locos que nos jugamos la vida. Si la perdiera, la daría por bien aprovechada. Nuestra misión ya es un éxito. El proyecto ha sido asumido por los herreños como símbolo de la protección y el respeto medioambiental que demandan para su isla.

La comunidad científica en pleno avalaba su trabajo, continuó explicando Lambergis, poniéndolo, en muchos casos, como ejemplo de rigor en el contexto de la herpetología moderna. Numerosas autoridades, incluidos destacados miembros de la

Casa Real, se habían desplazado hasta El Hierro para conocer el Lagartario.

—Hay ayudas oficiales, por suerte, pero nadie nos ha regalado nada —prosiguió el profesor, atacando el último tramo del camino—. Para llegar hasta aquí, hemos tenido que salvar toda clase de obstáculos. La proliferación de gatos cimarrones, la lucha contra los furtivos o la competencia nutritiva de las cabras, que se alimentan de las mismas plantas que nuestros lagartos.

—No sabía que fueran vegetarianos.

—Su nutrición principal procede de plantas autóctonas, el tajinaste, la vinagrera, la hierba de roca, ¡pero! —advirtió el profesor, alzando un preventivo índice— no hemos descartado una moderada tendencia omnívora. Nuestros lagartos gigantes no le hacen ascos a un suculento escarabajo, al saltamontes o a la mosca común.

—¿Y las hormigas? —preguntó Dax, al sorprender una hilera de ellas desfilando en fila por una superficie de polvo de cuarzo.

—Les gustan mucho, así como las larvas de los insectos. A los ejemplares en cautividad, que suman alrededor de doscientos, los suplementamos con complejos vitamínicos y tabletas de calcio.

Habían llegado a los barracones. Lambergis le invitó a compartir su cena.

—Solo puedo ofrecerle unos humildes huevos fritos con patatas, pero guardo como oro en paño una botella de Ribera del Duero. Me sentiré muy honrado descorchándola en su honor.

Dax aceptó, encantado, y se dirigió a su cabaña para cambiarse de ropa.

Entró, se quitó las sandalias y dejó colgado el jersey de Leo Cosmo en el respaldo de una silla. El olor del director, a grasa agria, y el suyo propio se habían entremezclado en el apelmazado algodón.

Dax se duchó fuera, en la precaria cabina de baño, bajo un chorro de agua fría que le despejó la cabeza. Se envolvió en una toalla, entró de nuevo a la cabaña, se puso unos vaqueros y una camisa limpia, encendió el ordenador y consultó su correo electrónico.

Tenía un largo mensaje de Luis Manglano. El director de la Estación Vulcanológica le adjuntaba una serie de apéndices técnicos relativos a las últimas mediciones del Teide, con un ligero aumento de las emisiones de dióxido de carbono a la atmósfera, y al proyecto de un laboratorio submarino en el que estaba trabajando el Instituto de Sismología, con idea de instalarlo en las proximidades del cabo San Vicente. Como colofón, Manglano se hacía irónico eco de los comentarios que el guía local, José Perdigón, había vertido sobre él. «Te califica de persona poco sociable», le revelaba Manglano. Dax casi pudo oír la risa franca de su director.

¡Poco sociable! No era, ni mucho menos, lo peor que le habían dicho en los últimos tiempos. Y tampoco era del todo incierto, por lo que decidió tomárselo con sentido del humor.

Se disponía a apagar la pantalla cuando reparó en otros dos mensajes.

El primero respondía el anuncio de un club nocturno de Valverde llamado Síbaris. Mostraba la imagen de una chica muy ligera de ropa. Como pie de foto, un teléfono de contacto y la promesa de ofrecer una serie de «servicios especializados» al potencial cliente del Síbaris. ¿Quién le habría enviado esa publicidad erótica? ¿Tal vez el señor Pepico, el guía, despechado por su negativa a aceptar que le llevase chicas al *bungalow*? Pero ¿cómo habría accedido a su correo? Por si podía hacer alguna averiguación, Dax conservó ese mensaje y pinchó el último.

En un primer momento, no se dio cuenta de que era de María Puerto. El curso de su sangre se alborotó.

No me gusta que me sigan ni que me acosen. Déjenos en paz, a mí y a mi familia.

P.

Muy nervioso, Dax revolvió el neceser de las medicinas hasta encontrar un par de tranquilizantes. Se los tragó a palo seco y releyó varias veces el mensaje tratando de sacar conclusiones. ¿Por qué le habría escrito Puerto en ese tono? Él no la había acosado... ¿o sí? Tenía una fuerte sensación de irrealidad y, al mismo tiempo, la excitante sospecha de encontrarse bajo un alud, dependiendo solo de un grito o de

una ráfaga de viento para que una masa incontrolada de tierra y nieve lo enterrase en una tumba sin nombre junto a la mujer a la que había empezado a ¿compadecer...? ¿A desear?

¿Sentía algo por ella? Dax no podía saberlo aún. El recuerdo de Leticia estaba vivo, pero necesitaba descubrir una respuesta a la ansiedad que le desasosegaba por dentro. Pasara lo que pasara, iba a dejarse arrastrar por aquella fuerza que le estaba trastornando, atrayéndole hacia la mujer de Cosmo.

Terminó de vestirse y se afeitó en un lavabo adosado junto a la cama, de cuyo herrumbroso grifo salía apenas un chorrito de agua. Estuvo tumbado un buen rato, con las manos detrás de la nuca, mirando el techo y pensando en lo sucedido en la casa del volcán, hasta que consideró que había llegado la hora de la cena y se acercó al barracón de Abel Lambergis.

La puerta estaba abierta. A través de ella escapaba un penetrante aroma. Una cierta sensación de hogar reinaba en el limpio y ordenado interior. Había alfombras, sillones, una estantería, dos mesas de trabajo atestadas de libros y cuadernos y diversos puntos de luz repartidos por la habitación.

El profesor estaba trajinando en la cocina. De la sartén salía una humareda. Olía a tocino frito. Al oír las «buenas noches» de Dax, Lambergis se dio la vuelta con un espetón en la mano. Llevaba un divertido mandil decorado con un sonriente lagarto que, puesto en pie, saludaba entre las siete islas canarias anunciando una receta de mojo picón. También el biólogo, como si le llenase de satisfacción el hecho de haber encontrado nueva compañía en la solitaria Colonia, sonreía de oreja a oreja.

—Adelante, Ricardo, pase usted.

—No sabe cómo le agradezco su generosa hospitalidad, profesor. Su choza resulta mucho más confortable que la mía.

—Ventajas de ser un hombre mayor. Pero no crea que es mérito mío. Cuanto de práctico pueda encontrar aquí dentro es aportación de dos de mis colaboradoras del Lagartario, un par de tímidas y encantadoras señoritas isleñas empeñadas en que no viva como un robinsón.

—Seguramente no se merece usted menos. ¿Puedo ayudar en algo?

—La comida está casi lista. ¿Cree que podremos cenar al aire libre?

—Desde luego.

—En ese caso, voy a encargarle que despeje una de esas mesas y la instale lo más cerca posible del acantilado, con un mantel y una candela debidamente protegida contra el viento, que ahora mismo le voy a proporcionar. Mientras yo termino de ocuparme de las patatas, vaya abriendo el vino y sírvase un vasito sin necesidad de esperarme. Le aconsejo que lo saboree con lentitud, contemplando la belleza del mar y abandonándose a sus pensamientos. Es lo que yo suelo hacer para relajarme en el que es mi segundo mejor momento del día.

—¿Cuál es el primero?

—Está relacionado con mis niños.

—¿Tiene usted hijos?

—A cientos, como Noé.

—Ya entiendo —sonrió Dax—. Sus lagartos.

—Los ratos que paso con ellos son... La sensación de integración en la naturaleza es tan intensa que...

El profesor se había emocionado. Tuvo que enjugarse los ojos con la punta del delantal.

—Lo siento mucho, querido colega. Lamento haberme conmovido de una manera tan banal.

—Le entiendo perfectamente, profesor. Yo mismo he experimentado sensaciones parecidas.

—Abra esa botella y déjese llevar por una nueva y maravillosa sensación.

Dax sacó a la intemperie un par de sillas y tomó asiento frente a un plateado mar, al que iban abandonando las luces del crepúsculo.

Probó el Ribera del Duero. Con el primer sorbo, experimentó una oleada de bienestar.

Puerto no se apartaba de su mente. Cerró los ojos frente a la puesta de sol y volvió a verla en la playa volcánica, nimbada de luz. Se estaba obsesionando con ella y eso le provocaba un claro desequilibrio, una mezcla de ternura y angustia sexual, ansias de libertad, de correr y nadar, de sentir el viento y el agua, de hacer el amor... ¿Pero cómo, si estaba encadenada?

¿Y de qué modo liberarla de su yugo? ¿Era él quien debería arrebatarla al hombre que la tiranizaba y la hacía sufrir? ¿Era él quien debía salvarla?

Abrió los ojos y desvió la mirada hacia los riscos. La penumbra del anochecer desdibujaba el anillo de volcanes.

Anaranjados resplandores incendiaban la Montaña del Hombre Muerto. Allá arriba, en el cráter, en su grotesca mansión de cuento de terror, seguiría durmiendo su indigna borrachera el no menos infame Leo Cosmo... Dax había comenzado a odiarle. Se avergonzaba de haber admirado sus películas, que ahora le parecían ridículas, incapaces de superar el filtro del tiempo. ¿Qué diablos se habría creído aquel tipo, jugando a ser Dios? No era más que un viejo enloquecido y cruel dispuesto a hacer todo el daño posible antes de emprender el camino hacia la nada. «Un despojo humano», le condenó Dax, recordando de qué manera había tratado a Puerto, y avergonzándose de su indecisión para impedirlo y enfrentarse a él. En el fondo, le paralizaba la misma incógnita que le había asaltado desde un principio: ¿a cambio de qué se habría casado aquella hermosa y joven mujer con Cosmo? ¿De protección, chantaje, dinero...?

—¿Qué le sucede, Ricardo? ¿Está pensando en cómo lo hizo? —preguntó Lambergis, apareciendo de improviso con una bandeja de patatas y huevos fritos.

Dax se giró, aturdido.

—¿Disculpe?

—Compruebo que ambos nos abstraemos con facilidad —comentó el científico—. Me refería a eso.

—Lambergis acababa de depositar la bandeja en la mesa y estaba señalando hacia las entenebrecidas playas.

—¿Al mar?

—Al mundo. A cómo lo hizo.

—¿Quién?

—El señor Energía. Dax sonrió.

—Estoy convencido de que el universo se hizo a sí mismo.

Un alérgico estornudo sacudió a Lambergis.

—¿Partiendo de un estallido como este?

—¿De un estornudo cósmico? —rio Dax—. ¿Por qué no?

—¿Es usted panteísta?

—Mi panteísmo sería evolutivo, en todo caso.

—Puedo estar de acuerdo con eso —asintió Lambergis—. La necesidad del cambio constante es uno de los elementos básicos de la raza humana; otro sería la permanente lucha por separar la parte del todo y volverlos a aunar... Pero fíjese en mis lagartos. Pongamos que lleven aquí, en El Hierro, un millón trescientos mil años, más o menos la edad de la isla. Antes de eso, como especie, tenían que haberse desarrollado en algún lugar. ¿Dónde?

—¿No hay fuentes?

—Muy inseguras. Las más antiguas, de Tolomeo a Plinio el Viejo, hablan de ellos. Los lagartos gigantes estaban aquí mucho antes de que los bimbaches aprendiesen a momificar a sus muertos, depositándolos en sus cuevas sagradas, sobre lajas de piedra, a la espera de que los dioses acudiesen a despertarles del sueño de su primitiva razón.

—Tiempos felices para ellos.

—¿Para mis lagartos?

—Para sus niños. Vivirían en paz.

—Así lo creo. Realmente, no sufrieron un especial acoso hasta el desembarco en El Hierro de los grandes naturalistas decimonónicos. Es cierto que, gracias a ellos, Europa tuvo acceso al conocimiento de una prehistórica especie de reptil adaptado a la hostil naturaleza de su más remota isla. A cambio del interés científico, nuestros lagartos, mis niños, comenzaron a cotizar en los mercados clandestinos a precios similares a las manos de orangután o a los colmillos de marfil. Eran raros, únicos. Sus grandes ojos de hierro colado habían visto tanto... Explosiones volcánicas, terremotos, tsunamis... No hay nada que le guste más al ser humano que sentirse rodeado por aquellos testigos de su evolución que, desde un principio, se mostraron incapaces de disputarles la tierra como su reino de barro. Supongo que estará de acuerdo conmigo, Ricardo, en que el género humano considera el planeta como su habitación en el cosmos, una finca de su exclusiva propiedad. Nuestra soberbia nos

impide conceder a los dinosaurios, a las ballenas y, también, a estos entrañables lagartos gigantes de El Hierro, el reconocimiento debido a los primeros viajeros del tiempo. Y tal vez, ¿por qué no?, antepasados nuestros.

Dax se mostró conforme con esa teoría.

—¿Quién nos asegura que no lo son?

—Bien dicho —remató el profesor—. ¿Acaso no tienen dedos y uñas, aparato respiratorio, sistema reproductor?

—Nuestro otro vecino, un tal Fagen —dijo Dax; al oír el nombre del escultor, Lambergis meneó la cabeza, como dando a entender que le juzgaba una calamidad—, está convencido de que los árboles piensan. Con mayor motivo, los lagartos. —A Dax se le ocurrió la siguiente broma—: El que figura en su mandil de cocinero me ha recordado al lagarto Juancho de los dibujos animados. Imagínese que cualquier día de estos uno de sus niños le trae el desayuno y el periódico a la cama.

El científico rompió a reír. Dax tomó otro sorbo de vino y sonrió también, pensando si, debido a su permanente trato con aquellos bichos, Lambergis no habría incorporado a su fisonomía determinados rasgos de los reptiles o de los saurios: esas aletas de la nariz que parecían ventear el alisio, los ojos negros y demasiado juntos, el pelusón que le crecía sobre las orejas, dándole aspecto de sabio despistado... No creía en ellas ni siquiera desde un punto de vista arqueológico, pero a Dax le seguían fascinando aquellas vetustas, intelectualmente polvorientas y más que superadas teorías fisonómicas que atribuían al pescador la mirada atónita y desmemoriada de los peces, protuberantes palas dentales al criador de conejos o una jabonosa nariz al amaestrador de delfines.

La conversación derivó a temas más serios. Eran las once cuando Ricardo Dax se despidió de Abel Lambergis.

—Lo he pasado muy bien, profesor. Esos huevos fritos me han recordado a los que hacía mi madre.

—Tendremos ocasión de repetirlos.

—Muchas gracias. Buenas noches.

Lambergis apagó el candil. En medio de la oscuridad, Dax recorrió los veinte pasos que le separaban de su barracón.

Nada más empujar la puerta se dio cuenta de que alguien había entrado en su ausencia. Se dirigió a la mesa de trabajo y encendió la luz.

María Puerto estaba en su cama, fumando un cigarrillo. Había miedo en sus ojos, y en su cara señales de haber sido golpeada.

—Apaga la luz —ordenó ella.

Él obedeció. Un resplandor de luna entraba por las ventanas, plateando la piel de Puerto.

Dax se acercó a la cama. El corazón le dolía como si lo tuviera en carne viva.

No le habló. Se limitó a quitarle el pitillo, a arrojarlo al suelo y a caer sobre ella como un acantilado de roca sobre un manto de nieve fresca.

Al hundirse bajo su peso, Puerto abrió los labios, que sabían a fresas amargas. Presa de una insoportable tensión erótica, Dax besó y mordisqueó la tierna columna de su cuello mientras sus manos amasaban sus pechos. Los pezones se endurecieron y entonces fue ella la que pareció descontrolarse. Le tomó la cara con las manos, exploró su boca con su lengua y empujó su cabeza hasta que él entendió lo que esperaba y se dejó resbalar por su cálido estómago para besarla allí donde su ansiedad se diluía en el húmedo y viscoso lenguaje del amor. Puerto le dejó seguir hasta bordear el orgasmo. Entonces le obligó a tenderse de espaldas y lo cabalgó como una dominante amazona, la nuca atrás, los brazos en alto, la melena balanceándose a un lado y a otro, su pelvis moviéndose en frenéticos círculos hasta que la respiración se le aceleró con un placer tan escandaloso que Dax tuvo que sofocar sus gritos para impedir que el profesor Lambergis les oyera desde su cabaña.

Durante un buen rato, ella permaneció recostada en su hombro, con la cabeza apoyada en su pecho, como buscando protección. Dax se dio cuenta de que estaba llorando. Encendió una luz, pero ella la apagó de inmediato. El gesto de Dax se ensombreció.

—Incluso en la penumbra se te ven las marcas. ¿Me vas a decir que te has caído en la ducha?

Puerto sonrió, pero estaba temblando.

—Esta vez he tenido suerte. Dax le alzó la barbilla.

—¿Otras veces ha sido peor?

—Sí.

Ahora fue Dax el que se puso a temblar.

—¿Te pega a menudo?

—Cuando está celoso.

—¿Lo está?

—Sí. De ti.

De la seca garganta de Dax brotó una risa sarcástica.

—No podía saber lo que iba a pasar.

—Lo sabía.

—¿Cómo?

—Leyó mis pensamientos.

—No digas tonterías.

—Yo te deseaba, Dax, desde el momento en que te acercaste en la playa quería hacerte esto...

—¿Qué?

Puerto no tuvo necesidad de explicarlo. Sus manos habían vuelto a acariciar con suavidad su pene y en cuanto estuvo erguido lo tomó en su boca. Durante unos minutos, la lujuria se adueñó de Dax. Al terminar, ella se levantó al lavabo, se enjuagó y se lavó la cara. Su mirada translúcida relucía como la de un animal nocturno.

—Tengo miedo, Dax.

—¿De tu marido?

—Hay algo que me asusta más.

—¿Qué?

—Nosotros. Dax vaciló.

—Si es así, déjame preguntarte algo. ¿Por qué me escribiste ese mensaje?

—Estaba aturdida. Cuando empiezo a sentir algo, tiendo a escapar, a huir. Lo siento, Dax... ¡Bésame! Quiero sentirte.

Hicieron el amor más despacio, aprendiendo a conocer sus cuerpos, la textura de sus músculos, de su carne y de su piel. Amoldándose a él, Puerto permitió que la poseyera a su antojo. Ahora se comportaba como una amante dócil, casi pasiva. Dax se empleó a fondo, hasta que ella abrazó su espalda y la oyó gemir. La cama crujía, sus flojos muelles rozaban el suelo. En sus tobillos se enredaban las sábanas y Dax las apartó de una patada, como habría apartado lejos de él, de Puerto y de él, cualquier obstáculo contra su naciente amor.

El sudor los había empapado. Dax rodó por el suelo, llenó un vaso de agua en la cocina y jadeó al beber como después de una carrera. Hacía años que no fumaba, pero buscó un paquete en el vaquero de Puerto y encendió dos cigarrillos. Fumaron en silencio, tumbados uno junto a otro. Luego Dax preguntó:

—¿Qué le debes a Cosmo?

Puerto dejó pasar un par de caladas.

—Me casé con él, eso es todo.

—Si le debes algo, quiero saber qué es. Ella volvió a tomarse unos segundos.

—Sería largo de explicar.

—Tenemos tiempo.

—No lo creas.

—¿No vas a quedarte?

—Debo regresar a lo largo de la noche. Leo se daría cuenta de que no he dormido en casa.

—¿Cómo puedes referirte a eso como a un hogar?

¡Es una jaula, una prisión! Y tu marido... ¡hablamos de un loco!

—No lo está, ni mucho menos.

—Pero sí alcoholizado, enfermo. Y te maltrata. ¡Miserable!

—¡Calma, Dax! Leo no siempre fue así. Antes, cuando le conocí, era un ser maravilloso. Y yo, de casada, no he sido todo lo legal que...

—Has tenido otras aventuras, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí.

—Y acabas de comenzar la última conmigo.

—Esta no lo es, Dax.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Lo sabes. Y yo también. Ambos sabemos que esto es distinto, más fuerte que nosotros. Pero no te fíes de mí, Dax. Hice sufrir a Leo... ¿Por qué siempre tenemos que hacernos daño unos a otros?

—Yo nunca te lo haré.

—Júramelo.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Dime por qué te tatuaste tres gaviotas alrededor del ombligo.

Ella sonrió y le besó.

—Es mi secreto.

—Tienes demasiados.

—No soy una mujer corriente.

—Me he dado cuenta.

—Si te revelo todos mis misterios ya no verás ninguno en mí.

—Un hombre normal admitiría que pudieras tener parte de razón, pero yo...

—Tampoco tú eres un tipo del montón, Dax. Te explicaré el tatuaje. El tres es mi número de la suerte. Ojalá seas tú el tercer hombre del que me enamore. Y adoro las gaviotas. De pequeña, siempre quise volar. Soñaba que me convertía en pájaro y volaba lejos, mucho más allá de donde nadie pudiera encontrarme.

En ese momento, a él le pareció ver algo raro, una sombra, tal vez, atravesando una de las ventanas, y se levantó de golpe. Aunque estaba desnudo, abrió la puerta y se asomó. Hacía fresco, casi frío. El viento empujaba desde el mar una ligera neblina.

—¿Sucede algo? —quiso saber ella, alarmada.

—Puede que hubiera alguien fuera.

Los otros dos barracones, el de Fagen y el del profesor Lambergis, estaban a oscuras. Lambergis dormiría, supuso Dax, y seguramente Fagen no habría regresado todavía.

—¿Quién? —preguntó Puerto.

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Un hombre?

—Estoy prácticamente seguro.

—¿No sería...?

Puerto dejó la frase en el aire, como si temiera pronunciar el sujeto.

—¿Oteló? —la ayudó Dax, cerrando la puerta y regresando a la cama.

- Leo ha bebido demasiado esta noche, es imposible que...
- Nadie vendrá a molestarnos. Quédate hasta que amanezca.
- No puedo.
- Por favor, Desdémona.

Puerto se echó a reír. Dax pensó que no había nada más importante para él que seguir oyendo esa risa.

Sobre las tres de la madrugada, él se quedó profundamente dormido. No despertaría hasta las seis y media, sobresaltado y con el cuerpo entumecido de frío.

Puerto no estaba. El hueco de la almohada había retenido su calor. Dax pudo percibir su perfume y, pegado a la suya, el olor de su piel.

Se puso un pantalón y una camiseta y salió a la intemperie.

La rosada luz del amanecer, tenue y sobrenatural como la de una nube, escapaba por las rendijas del cielo, iluminando el mar de lava y los acantilados.

Era como si el mundo acabase de nacer. Al recordar lo que había vivido y gozado esa noche, y al tratar de imaginar cómo sería su segundo encuentro con Puerto, una sensación de eufórica complicidad invadió a Dax.

Antes de quedarse dormida, o de abandonar la cabaña en cuanto él lo hubo hecho, Puerto le había confiado que su marido iba a ausentarse de El Hierro y que ella debería acompañarle. Viajarían al día siguiente a Madrid. El agente de Cosmo había convocado un nuevo casting para, ¡definitivamente!, según enfatizaría él, adjudicar a la actriz más idónea el papel de Desdémona.

—¿No es una manera de humillarte? —había preguntado Dax.

—Mi carrera cinematográfica ha terminado —fue la respuesta de Puerto—. Carezco de talento, mi marido lleva razón.

—Eso no tiene por qué ser cierto.

—Lo he asumido, Dax. Quiero que mi vida discurra por otros derroteros. Quiero viajar, tal vez pintar. Un día de estos te enseñaré mis acuarelas.

—Seguro que me encantan —la había animado Dax—. ¿Cuántos días estarás en Madrid?

—Dos o tres.

El secretario, Ledesma, y Santoro, el gerente, les acompañarían. Los cuatro habían reservado billetes para el vuelo de la tarde, pero solo de ida. Dax y ella tendrían que esperar para encontrarse de nuevo.

Dax la deseaba obsesivamente, como no había deseado a otra mujer. El sexo con ella inundaba su mente.

Procuró no ofuscarse. Necesitaba conocerla mejor, saber, realmente, quién era, y tener mayor seguridad en sus sentimientos. Se consideraba cualquier cosa menos un seductor, pero esa noche, con Puerto a su lado, se había sentido un conquistador, un hombre nuevo, más confiado y fuerte. Un hombre-dios, un hombre sol, pues todo había orbitado a su alrededor. Y, al mismo tiempo, todo había sido tan irreal... «Y tan hermoso», apostilló Dax.

Se acurrucó entre unas rocas para protegerse del viento. El sol asomaba su ceja dorada bajo un mar en calma. Los cirros tomaban el color de la granada. Invisibles pájaros dejaban oír su sinfonía de agudas notas.

El remordimiento tensó una cuerda en su secreta sonata de exaltación amorosa.

Una olvidada imagen de Leticia, su novia muerta, sonriéndole desde otro lugar y tiempo, desde otra playa o cielo, contaminó su memoria. Dax quiso pensar que no se le aparecía cargada de reproches, sino como una comprensiva amiga, dispuesta a animarle a seguir viviendo, compartiendo, amando.

«Puede salir bien», se dijo Dax, no sin reparar en el descomunal obstáculo que le separaba para alcanzar la felicidad con Puerto. Calculando la resistencia de ese muro, se preguntó: «¿Cuánto le quedará a Cosmo, en el mejor de los casos? ¿Cinco años, en el mismo o parecido estado en que se encuentra ahora, más otros cinco en una silla de ruedas en cuanto se le revienten las venas o el hígado?».

Arrojó una piedra lo más lejos que pudo. Su próximo pensamiento pareció descender en parábola del cielo: «¿Qué gana un viejo acabado como Leo Cosmo con seguir viviendo?».

Cuando la brisa del amanecer le hubo despejado, Dax regresó a la cabaña, preparó un café y encendió el ordenador.

Entró en el buscador y tecleó el nombre del odiado director de *Vayamos por partes*.

Las referencias a Leo Cosmo eran prácticamente innumerables. Para limitarlas al único aspecto que ahora le interesaba de él, Dax añadió el nombre de María Puerto.

Transcurridos un par de minutos, uno de los buscadores localizó un archivo con el título de una película que Dax no había visto, *El tren de las doce y cuarto*. La cinta, la última de Cosmo, con María Puerto en uno de los papeles secundarios había sido dirigida en 2006, pasando por completo desapercibida. Se distribuyó en escasas salas y no aguantó ni un par de semanas en cartel.

Dax fatigó los recursos de búsqueda hasta entrar en otro archivo que contenía una corta secuencia de dicha película.

El material cinematográfico de Cosmo disponible en la Red procedía de copias pirateadas. Las imágenes de *El tren de las doce y cuarto* eran de irregular calidad. El fragmento de la película apenas sumaba tres minutos de metraje.

En algunas de sus escenas aparecía María Puerto. Dada su acusada caracterización, al propio Dax le costó reconocerla.

Llevaba un vestido de noche gris perla ajustado a su cuerpo como un rayo de luz lunar. De tan maquillada, su palidez resultaba enfermiza. Le habían pintado los labios de un rojo rabioso. Sugestivos mechones de un falso color platino le caían en tirabuzones desde un complicado moño.

Su personaje respondía al nombre de Ágata. La primera secuencia la representaba avanzando sensualmente a lo largo del pasillo de un vagón de tren, cuyo decadente lujo recordaba al Orient Express. El espectador no sabía hacia dónde viajaba dicho convoy; solo que lo hacía de noche.

Ágata continuaba desplazándose, flotando por el corredor del vagón hasta encontrar el compartimento que estaba buscando. Una mano abría la puerta y ella entraba. Otro plano nos mostraba a su único ocupante. Un hombre mayor, de unos sesenta o sesenta y cinco años, bien vestido, pero muy gordo y con unas peludas manos que, en cuanto Ágata se hubo sentado a su lado, en el rígido sillón de cretona convertible en cama, procedieron a desabotonarle el vestido, a descolgar el único tirante que lo sujetaba a uno de los hombros y a acariciarle con desorden los pechos.

En ese momento, una sombra atravesó la acristalada puerta del compartimento y el hombre, nervioso, casi asustado, se apresuró a correr las cortinas. Acto seguido se arrojó sobre Ágata, amenazando con aplastarla bajo su peso. Ella se zafó de ese torpe abrazo, pero no para liberarse de él, sino para tumbarle a su vez sobre el sillón, acabar de desnudarse y cabalgarle como hacía unas pocas horas lo había hecho con el propio Dax, los brazos en alto, la cabeza inclinada hacia atrás, la pelvis trazando frenéticos

círculos...

Un malsano aire de violencia y corrupción se mezclaba con la escena y el humo que al exterior de la noche expulsaba aquel tren de las doce y cuarto. Puerto bien podía encarnar una asesina porque, apenas concluida su visita al hombre del vagón, justo cuando ella se alejaba de espaldas por el pasillo del tren, una espeluznante imagen mostraba a su orondo amante degollado en su compartimento. El mango de un cuchillo le sobresalía de la garganta. ¿Era Ágata quien le había apuñalado?

Dax iba a quedarse sin saberlo. La secuencia, sin dejar resuelto el enigma, transcurría a un fundido en negro. Al vulcanólogo no le costó demasiado imaginar que, a lo largo de lo que faltaba de película, bien podría repetirse esa misma escena, la de la hermosa y frívola Ágata prostituyéndose con un adulto que, como consecuencia de ese contacto erótico, y de la pasión de Leo Cosmo por los efectos truculentos y las turbulencias argumentales, se convertía en su víctima. Dax estuvo seguro de que Puerto, o Ágata, se desnudaba otras veces en esa misma cinta y se sorprendió atormentándose con la absurda idea de que otros actores se hubieran sucedido en su cama de ficción, hubiesen besado su boca y sus pezones morenos como había hecho él, hasta obtener un sabor como a leche y miel. Pero ¿qué culpas debían pagar quienes gozaban del cuerpo de Ágata? ¿Por qué eran asesinados? ¿Por quién?

¿Los eliminaba ella misma, la prostituta del tren, o era un invisible cómplice quien se manchaba las manos?

¿Y quién sería ese cómplice? ¿El dueño, quizá, de aquella sombra que, como la de la noche anterior en la ventana de su cabaña, se había cruzado como una oscura amenaza frente a los amantes del vagón?

Una sombra en la noche... Dax no dejaba de relacionar la que había visto en la cabaña con aquel recurso dramático de Cosmo en su primera y última película con María Puerto.

¿A quién pertenecería la sombra del barracón? Finalmente, Dax había llegado a pensar que podría tratarse de Fagen, pero ahora se daba cuenta de que eso no tenía sentido. ¿Sería alguien sin escrúpulos, uno de los esbirros de Leo Cosmo, dispuesto a informarle de la infidelidad de su mujer?

¿Podría haber sido el propio Cosmo?

No eran aquellos los pensamientos más positivos para emprender el día.

Dax procuró relajarse y concentrarse en las tareas que tenía por delante. Se había propuesto recorrer la isla en su perímetro y aventurarse por los senderos de montaña hasta el observatorio meteorológico de Malpaso, a fin de admirar los amurallados riscos que caían sobre la plataforma de El Golfo. Después, bajando de nuevo hacia la costa, conocería las piscinas naturales, erosionadas por la marea frente a los Roques de Salmor. Le apetecía pasear por los bosques de laurisilva, empapándose de su lluvia horizontal, y acercarse al faro de Orchilla para rendir su personal homenaje al Meridiano Cero.

Para hacer todo eso, necesitaba un medio de transporte. Tenía que desplazarse a Valverde y alquilar un coche. No se le ocurrió mejor manera de hacerlo que pedir prestada su moto a Fagen.

Eran las ocho y media, por lo que se atrevió a despertarle.

La puerta de su bungalow estaba entornada. Dax entró. Fagen seguía tirado en el suelo. Su aspecto era lamentable, más próximo al de un cadáver que al de un hombre joven, pero al vulcanólogo se le habían agotado las reservas de conmiseración y le agitó de un brazo.

—¡Despierta!

—¿Qué pasa? —farfulló el artista—. ¿Quién está ahí?

¡Ah, Dax! ¿No has visto el cartel de «no molesten»?

—Necesito tu moto.

Los ojos de Fagen se pusieron en blanco como huevos duros. Sus párpados pesaban tanto que volvieron a caer.

—Llaves, en mi americana —dijo telegráficamente, dándose la vuelta para seguir durmiendo.

Dax localizó una chaqueta arrugada en un rincón, junto al resto de las ropas. El llavero estaba en un bolsillo.

La moto se puso en marcha a la primera. Dax la manejó con facilidad por la carretera de El Golfo, disfrutando con la sensación del viento contra su cara. A los pocos kilómetros se dio cuenta de que apenas quedaba combustible y tuvo que detenerse en una gasolinera. Mientras repostaba, se informó del estado de las pistas.

Al llegar a Valverde, alquiló un coche. Dejó la moto de Fagen en la agencia, comprometiéndose a recogerla más tarde.

Pasó el resto de la mañana recorriendo la isla con su vehículo de alquiler, un Golf, y disfrutando con sus descubrimientos. El Hierro ofrecía una notable variedad paisajística. Su vulcanología joven, con los pequeños cráteres de las llanuras altas depositados como flanes de arena sobre el manto de especies áridas, jara, tomillo, tajinaste, deparaba constantes sorpresas y, en todo momento, la pletórica impresión de que el laboratorio de la naturaleza estaba vivo y funcionando a toda máquina.

Compró un bocadillo y un par de cervezas y se detuvo a reponer fuerzas en un bosque de pinos negros donde tan solo se oía el sonido del viento entre las ramas y el chasquido de las piñas al caer a la pradera.

Recostado en la hierba, Dax volvió a pensar en Puerto. Comprendió que ya era tarde para retroceder.

Se había enamorado. El impulso optimista, la fuerza que bullía dentro de él no manaba de otra fuente que de la esperanza de arrancarla de allí y llevarla lejos, muy lejos de El Hierro, solos los dos, lejos y a salvo de toda perturbación... y de Leo Cosmo.

Después de su campestre y solitario almuerzo, Dax se dirigió a la subestación para dedicar tres o cuatro horas a poner en funcionamiento los equipos.

El local estaba tan sucio que daba asco. Retiró los plásticos que protegían el instrumental, barrió el suelo y se concentró en ir probando los aparatos. Tuvo que reprogramar el sistema informático porque muchas de las aplicaciones habían dejado de funcionar.

Cuando consiguió abrir el correo electrónico, no menos de treinta mensajes procedentes de la Estación central, rebotados desde Tenerife, denunciaron su condición de no leídos. Ni Olmo Seco, el lesionado técnico de la subestación, ni ninguno de sus ayudantes, si es que tenía alguno, se había tomado la molestia de abrirlos.

Dax consultó el mensaje más reciente, fechado a las diez de esa misma mañana por una de las secciones del Instituto Geográfico Nacional y reenviado a El Hierro desde la Estación central.

Contenía, más que un informe, una instrucción de la directiva del Instituto Geográfico Nacional referente a la necesidad de trasladar a las autoridades del archipiélago la urgencia de proceder a completar los sistemas de vigilancia de los riesgos sísmicos con nuevas redes geodésicas, magnéticas y de gravimetría. Asimismo, se aconsejaba incrementar el número de antenas sísmicas.

«De esta manera —concluían los expertos del Instituto Geográfico—, gracias a una nueva dotación instrumental nos resultará más factible establecer si los sismos indican una expansión horizontal del magma y si este se aproxima a la superficie o si, por el contrario, tales alarmas obedecen a cambios tectónicos...».

Dax eligió y pulsó otro de los mensajes más recientes, un informe del Servidor de Geodesia y Geofísica con el resumen de los últimos movimientos sísmicos registrados en el área.

El primero de esos sismos, de 0,4 grados en la escala de Richter, se había registrado hacía tres escasos días, precisamente en El Hierro, cerca del municipio de La Restinga; dada su baja intensidad, no había sido percibido por la población. El segundo, algo más fuerte, se había producido en una zona marítima al sur de La Gomera. Y el tercero, igualmente de baja intensidad y en dominio oceánico, un centenar de millas al noroeste de Gran Canaria.

Dax abrió un tercer mensaje, alusivo a la actividad volcánica del Teide, y se concentró en los cuadros de mediciones.

Inquietantes resultaban, desde su punto de vista, la extinción de las fumarolas del Teide y el claro incremento de sus registros sísmicos, así como la emisión difusa de dióxido de carbono, con niveles superiores a las cuatrocientas veinticinco toneladas. Entró simultáneamente en uno de los programas de información meteorológica para comprobar si unas malas condiciones atmosféricas habían tenido algo que ver con la

desaparición de las fumarolas, pero descartó esa causa. Más probable era, meditó, apelando a su experiencia en otros procesos preruptivos, que los fenómenos del Teide se debiesen a obstrucciones en el interior del volcán o a la reducción del agua existente en el foco emisor.

Para Dax, estaba claro que los factores de riesgo de una erupción no hacían sino aumentar.

Por un lado, los datos en la medición de gases proporcionaban balances anómalos. Por otro, hacía al menos tres meses que se estaba produciendo una ininterrumpida serie de terremotos, algunos de ellos, los más fuertes, registrados durante la pasada Navidad en Pico Viejo y Taburiente.

Tales síntomas habían aconsejado al comité científico de seguimiento aplicar la prealerta volcánica. Pero Dax, que había tenido ocasión de conversar con algunos de los miembros de dicho comité, cuando, estando él en La Palma, se desplazaron allí para comprobar, por medio de una estación geodésica de alta precisión, los movimientos de los sismos, intuía que estaban deseando poner fin a la alarma y anunciar cuanto antes la normalización de los parámetros magmáticos.

Ninguno de ellos creía que en el archipiélago de las islas Canarias pudiera producirse una explosión como la de 1971 en el Teneguía, en La Palma; ni, mucho menos, una similar a la que convulsionó el Teide en el no tan remoto, hablando en una dimensión puramente geofísica, año de 1909, hacía, justamente, un siglo.

Tal como ya había sucedido en anteriores ocasiones, no había unidad en la lucha preventiva. Cada corporación o departamento científico tiraba de un cabo. Un Instituto controlaba la geoquímica, otro los sismos, un tercero los análisis de los pozos de agua cuyos parámetros físico-químicos pudieran asociarse con una reactivación del magma... Las herramientas de prevención sufrían una clara división. Para colmo, sus mandos se habían politizado.

Consciente de que, respecto a las autoridades científicas, la situación no solo no mejoraría, sino que, en caso de alarma, podría alcanzar desconocidos grados de confusión, Dax se limitó a transcribir a su cuaderno los principales datos contenidos en los informes técnicos.

Con idea de continuar trabajando a la mañana siguiente, cerró la subestación, cogió el coche y se dirigió a Valverde para comer algo y comprar materiales que necesitaba.

Tenía la sensación de que, sin Puerto, aquella isla se había quedado vacía.

Dos días después, Dax consideró que la subestación estaba a punto para regresar a la normalidad.

El vulcanólogo había revisado también las instalaciones del observatorio meteorológico, situado en una de las cumbres centrales, en medio de un bosque de laurisilva, y los equipos del faro de Orchilla. Partiendo del trabajo realizado en la actualización de datos, estaba ya en condiciones de concentrarse en la renovación tecnológica de las nuevas instalaciones de medición de riesgos, incluidos los sensores submarinos diseñados para la plataforma litoral. Decidió dar prioridad a su puesta a punto y hablar con el buzo profesional.

Manglano le había facilitado un teléfono de contacto con el submarinista, Ángel Alegría. En otras ocasiones ya había trabajado para ellos. Dax le había llamado, sin obtener respuesta. Dejó un mensaje en su contestador, pero no le devolvió la llamada en todo el día. Extrañado, Dax cogió el coche y se dirigió a La Restinga, donde residía el buzo.

Eran cerca de las seis de la tarde cuando llegó a esa población costera, cuyos habitantes estaban lejos de sospechar que, unas pocas noches atrás, la tierra, allá abajo, había temblado.

Dax condujo por las callejuelas hasta desembocar en una playa de arena negra y un pequeño puerto en el que permanecían amarradas barcas de pesca y las zodiacs empleadas por las agencias de buceo.

No hacía demasiado calor, pero el sol poniente brillaba en el mar con serpentinas de plata, confiriéndole un aspecto tan invitador que le entraron ganas de darse un baño. No se lo pensó demasiado. Llevaba sus bermudas en la mochila. Las sacó y se cambió dentro del coche. Bajó por unas escaleras de hierro empotradas en el muro de la dársena y se zambulló cerca del puerto.

El agua no estaba demasiado fría ni tampoco limpia. Plásticos a medio degradar y una película de grasa flotaban alrededor de las embarcaciones. Un denso olor a gasolina saturó el aire cuando una de ellas, una veloz lancha, accionó su potente motor a escasa distancia de él.

Dax comenzó a nadar en pos de su estela. Según se iba aclarando, libre de la suciedad portuaria, el agua, más transparente, le permitió ver los fondos.

Nadó hasta allá donde las olas se remansaban en largas y profundas ondas.

Durante un rato, para recuperar fuerzas, flotó en la posición del muerto. Espalda rígida, piernas estiradas, cabeza semihundida. Al entrar y salir de sus oídos, el agua salada hacía el mismo ruido que al desaguar en una gruta costera. El sol bajo le daba de frente. Dax cerró los ojos. Le invadió una sensación de abandono, como si su cuerpo, ingrátido, flotara sin esfuerzo alguno, como si, en lugar de las suaves olas del Atlántico, unos brazos invisibles estuviesen meciéndole en un lecho de espuma. Se relajó aún más, dejándose invadir por una creciente invitación al descanso, similar a

la que experimentaba cuando tomaba demasiados hipnóticos para poder dormir. Su visión se nublaba. Rojas y negras sombras le envolvían. ¿Eran pájaros, espíritus? Abrió los ojos al sol. Por un instante, deseó que la muerte se pareciese a aquel dulce sopor que anesthesiaba sus emociones e ideas, salvo el deseo de ella.

Recurrir a Puerto, murmurar su nombre y regresar a la conciencia de la vida fue un solo e instantáneo acto. Dax tomó aire y se dejó caer hasta el fondo. Había bastante profundidad. Sus pies tardaron unos eternos segundos en tocar la roca. Como una ráfaga de esperanza, le asaltó la idea de dejar de respirar, pero sus talones le impulsaron de regreso a la superficie y se encontró nadando de retorno al puerto. Sus brazadas eran vigorosas. Volvía a tener ganas de vivir. Y todo el rato pensaba en ella, en Puerto, la mujer de Cosmo.

Salió del agua y se sentó en la playa hasta que su piel se hubo secado. Luego regresó al coche para cambiarse y se puso a buscar al buzo. Tenía su oficina en una de las estrechas calles del casco urbano de La Restinga. Después de dar unas cuantas vueltas, Dax encontró el local.

La oficina estaba cerrada. Un cartel, sin la «u», advertía: VUELVO ENSEGIDA. El vulcanólogo esperó diez minutos delante de la puerta, pero Ángel Alegría no apareció.

Se estaba haciendo de noche. Dax supuso que el buzo no viviría lejos de su lugar de trabajo y decidió preguntar en una tienda de pesca que estaba a punto de cerrar. Al muchacho que ocupaba el mostrador no pareció agradarle la consulta, como si tampoco Ángel Alegría le cayese especialmente bien, pero indicó a Dax que tal vez pudiera encontrarle en Las Caracolas, un bar situado a un par de manzanas, «donde suele comenzar su ronda de cervezas».

Dax localizó Las Caracolas. Era un cafetín con los cristales sucios. Entró y preguntó al camarero. Casualmente, Alegría acababa de marcharse. El camarero apuntó que quizá podría encontrarle en otro bar, también con nombre de criatura marítima: El Aguja.

—Iba con una señorita —añadió, dando a entender que se trataba de una belleza.

No le faltaba razón, porque era Puerto. Dax se sorprendió reconociéndola a través de las cortinas de cintas de colores de El Aguja. Puerto estaba delante de una caña de cerveza y del rostro amazotado de un hombre que, sentado en otro taburete, se inclinaba hacia el suyo para hablarle a la menor distancia a la que ella, recostada hacia atrás, le permitía.

—Hola —dijo Dax—. Qué pequeño es El Hierro. Ella le había visto entrar. Muy nerviosa, se puso en pie junto a su taburete.

—¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Por qué me sigue? Dax palideció.

—¿De qué estás hablando?

—¿Por qué me tutea? ¿No ve que estoy ocupada?

—Me doy cuenta. ¿Interrumpo algo? Puerto se echó a reír.

—Encima no estará pensando que... ¡Le advertí que me dejara tranquila!

El hombre que la acompañaba se encaró con Dax.

—¿Está buscando problemas?

—Al contrario, intento solucionarlos.

—Pues tiene una manera muy curiosa de hacerlo.

—Me temo que aquí hay un mal entendido.

—Es usted en el que no entiende. Por eso le voy a hablar con toda claridad: ¡largo!

—Si me marchó, no sabré a qué he venido. ¿No es usted el buzo? Soy el nuevo técnico de la estación. Le llamé esta mañana, pero...

Alegría se relajó.

—¿Dax? ¿Ricardo Dax?

—Soy yo.

Apaciguado, el submarinista volvió a ocupar su taburete.

—Me advirtieron de Tenerife que se pondría en contacto conmigo. He tenido un día horrible, lo siento. Primero se me averió la zodiac, con una pareja de buceadores a bordo. Tuvieron que venir a remolcarme. Y esta tarde me dolía tan terriblemente la cabeza que he tenido que ir a...

—¿Tomar unas cervezas?

—Bueno, eso también, pero antes pasé por el médico... Y luego se presentó de improviso la señora Cosmo...

—Así es como suele presentarse —la provocó Dax.

—No pienso seguir aguantándole —dijo ella—. ¡Adiós!

Puerto salió del bar. Dax se la quedó mirando, aturdido, pero no se atrevió a seguirla.

—¿Se conocen? —preguntó con precaución el buzo. Dax no pareció haberle oído, porque preguntó a su vez:

—¿Qué quería?

—Tomar unas clases de buceo. Le he estado informando de los horarios y precios.

Durante los minutos siguientes, Dax intentó explicar al submarinista el tema de los sensores y cámaras, y organizar con él unas sesiones de inmersión, pero era como si otro hablase en su lugar o como si él mismo, muy debilitado, lo estuviese haciendo debajo del agua. Solo podía pensar en salir corriendo detrás de Puerto. Al minuto de estar hablando con Alegría, se bloqueó por completo. Para no prolongar la penosa imagen que debía de estar ofreciendo, quedó en llamar al buzo al día siguiente. Murmuró una excusa cualquiera, salió del bar y estuvo buscando a Puerto por las calles cercanas.

No tuvo suerte. Exasperado, regresó al coche y dio varias vueltas al pueblo, sin resultado alguno. Finalmente, se resignó a abandonar La Restinga.

No había recorrido un kilómetro cuando la vio caminando por el arcén de la carretera, sola.

Frenó.

—No sé qué estará pasando dentro de tu cabeza —le dijo—, y seguramente no es asunto mío, pero sube al coche.

Ella obedeció en silencio. Dax no había apagado el motor. Ambos permanecieron inmóviles, mirando hacia la noche que caía como una capucha sobre la tierra.

—¿Podrás perdonarme? —rogó Puerto.

—No tengo por qué. Eres muy dueña de hacer lo que quieras. De ignorarme, de despreciarme.

Ella parecía a punto de llorar.

—No te mereces esto, Dax. Eres demasiado bueno para mí. No sé por qué me comporto así. Solo sé que tengo miedo. ¡Vámonos de aquí!

La mano de él se posó sobre la suya. Dax le habló durante un largo rato. De él, de su trabajo. De Leticia, de su muerte. E intentó explicarle lo que, desde que la había visto en aquella playa de arena cárdena, había sentido hacia ella. Pura atracción, al principio. Pero luego...

—¿Por qué no lo intentamos, Puerto? Te estoy hablando en serio. Es posible que haya una oportunidad para nosotros.

Ella no contestó. Había oscurecido. Una luna llena iluminaba la carretera.

—Apaga los faros —propuso Puerto.

Dax lo hizo. Descubrió que se podía conducir en la penumbra lunar.

—¿Lo habías hecho alguna vez? —preguntó ella.

—¿Conducir a oscuras? ¡No!

—¿Te gusta?

—Puedo ir más deprisa, si quieres.

Las ruedas derraparon y el automóvil emprendió una temeraria subida por el desnivel que les separaba de las tierras altas. Aunque el riesgo a un accidente era real, la cara de Puerto se mantenía impávida.

Dax notaba cómo el sudor empezaba a brotarle en el pecho. Aferró el volante con manos rígidas. No sabía muy bien qué estaba haciendo ni por qué. Tenía la sensación de volar en la oscuridad. Pisó el acelerador más y más, hasta que Puerto dijo:

—Para.

Dax frenó junto a una cuneta sembrada de cactus.

—Sal del coche —añadió ella.

Un negro desierto se extendía ante ellos. Las chumberas insinuaban formas que parecían humanas.

Puerto tiró de él hacia un cono de unos cincuenta metros de altura, erguido bajo la luna.

—Es un volcán —observó.

—No hay duda.

—La hay, Dax.

—Es pequeño, pero un volcán.

—Me refería a tu imaginación. ¿Tienes? Nunca te imaginarías lo que se puede

hacer en un volcán. ¿Alguna vez has hecho el amor dentro de uno?

Dax sonrió con timidez.

—¿Quieres decir que tú y yo vamos a meternos ahí dentro y...?

—Será maravilloso, Dax. Te tendré en el lugar donde ardió la lava y tú arderás.

Me poseerás bajo la luna.

Él intentó besarla, pero ella le contuvo.

—Todavía no sé si estás enamorado de mí.

Dax la besó, lamió sus labios, sus dientes. El cielo y la tierra daban vueltas. En silencio, escuchando el sonido de sus respiraciones, fueron dejando abajo la pradera esteparia y, mucho más allá, un mar de tinta. Subieron al volcán y descendieron hacia la base de su extinguida caldera.

En el fondo del cráter una conmovedora sensación embargó a Dax. Su amor a la naturaleza le hacía reconocer aquellos instantes o destellos en los que la revelación de una idea estaba próxima a formularse; pero casi siempre, cuando eso había sucedido, él estaba solo, sin nadie a quien expresar sus emociones.

Ahora era distinto.

Notó cómo ella le besaba y le acariciaba apasionadamente. Puerto se arrodilló y trazó un círculo en el polvo de lava. Luego se quitó la ropa y se tumbó en el centro mirando a la luna.

—Hazme tu diosa —dijo.

Al día siguiente, Dax regresó a la subestación y estuvo trabajando sin descanso hasta las tres de la tarde.

A esa hora cogió el coche y fue a tomar un tentempié a la taberna de Las Sirenas Dormidas, en la pequeña población de Las Calcosas. Desde allí, llamó al número de teléfono móvil que le había facilitado Puerto. Ella no lo cogió. El contestador saltó y Dax se arriesgó a dejarle un mensaje proponiéndole volver a encontrarse a las siete en punto en la encrucijada de la carretera de El Golfo con la Montaña del Hombre Muerto.

Ignorando si ella acudiría o no a la cita, Dax fue puntual. Puerto le estaba esperando en el camino. En cuanto hubo subido al coche, Dax le preguntó dónde podían ir. Ella sugirió que se alojasen en una posada de El Valle.

El vulcanólogo condujo hacia esa localidad, a través de bosques y de las mayores extensiones de campos fértiles de la isla. En los baldíos pastaban rebaños de cabras y unas pocas reses.

Se dio cuenta de que Puerto estaba alterada, pero no le preguntó el motivo, atribuyéndolo al temor de que les descubrieran. Por eso, al llegar a la posada, en las afueras de El Valle, una casa blanca y cuadrada de tres alturas, con las ventanas y las rejas de las balconadas pintadas de verde, se registró solo a su nombre. Recogió las llaves de la habitación y regresó al coche.

Hundida en el asiento, Puerto se obstinaba en mantener una actitud reservada, casi huraña, que resignadamente Dax terminó por tolerar. Le propuso dar una vuelta y regresaron a Valverde por la misma carretera por la que habían ido a El Valle. Ni el trayecto ni el paisaje interesaron a Puerto lo más mínimo. Se mordía las uñas de los pulgares y cada ocho o diez minutos encendía uno de sus cigarrillos rubios.

Al atravesar el túnel que separaba la montaña de la costa, la chica, como si despertase de un mal sueño, volvió a la normalidad. A Dax se le ocurrió tomar una copa en el Parador. Puerto le hizo ver que en un lugar tan público había muchas posibilidades de que la reconocieran en compañía de un hombre que no era su marido, pero aceptó pasear por sus alrededores si no había gente.

Las distancias en El Hierro no eran tales. Tardaron menos de media hora en llegar al Parador. La carretera de la costa suroccidental moría allí.

En el agreste enclave de Las Playas, aislado del resto del mundo, el Parador de El Hierro alzaba sus dos plantas como un bello y singular edificio de inspiración herreña, con encalados muros y celosías de madera.

Puerto y Dax orillaron los jardines de plantas autóctonas, parecidas a las que decoraban la ladera de la casa de Cosmo, y se asomaron al espigón que protegía del movido oleaje. En días de temporal, las olas más altas rebasarían su muro, cayendo sobre la superficie de una piscina abierta a su abrigo.

La mayoría de las habitaciones estaban orientadas hacia una vista que hacía

pensar en el principio de los tiempos, cuando convivieron el agua y el fuego, el magma y la tierra. Por encima del Parador, sobre sus planos tejados se erguía a pico una montaña que fácilmente, calculó Dax, se elevaría hasta los novecientos metros. El vulcanólogo supuso que, en la fase de formación de la isla, aquel brusco talud no habría sido sino parte de la pared de un cráter partido por un gigantesco terremoto y en su mitad sepultado en el fondo del mar.

Hacía mucho viento. Puerto se había recogido el pelo con un pañuelo y puesto unas gafas oscuras. Juntos dieron la vuelta al espigón, perdiéndose hacia la rocosa bahía.

La tarde se extinguía en una paleta de amarillos y púrpuras. Puerto y Dax fueron alejándose del Parador hasta difuminarse en el anochecer. No había arena y se les hacía difícil caminar. Negras piedras volcánicas, alabeadas por la marea, dificultaban sus pasos. Las que yacían en el lecho marino chocaban entre sí, resonando como un arrastrar de cadenas. Ese gravoso quejido, unido al fuerte viento, les impedía entenderse. Pero Dax no necesitaba hablarle para sentirla tan cerca como las salpicaduras del mar. Quiso creer que Puerto, todavía pensativa, aunque permitiendo que él la besara cuando se detenían para contemplar una punta o un roque, vislumbraba, como él, el umbral de algo parecido a la felicidad, planteándose acaso la necesidad de poner punto final a su historia con Leo Cosmo. Dax estaba empezando a intuir que aquella mujer podía ser la suya.

—Eres como este mar, salvaje, imprevisible. Y, sin embargo, tengo la impresión de conocerte desde siempre.

—No sabes cuánto estoy sufriendo —murmuró Puerto.

Había lágrimas en sus ojos. Dax sintió un nudo en la garganta y la abrazó. Se moría de ganas de hacerle el amor, y se lo habría propuesto allí mismo, en otra telúrica comunión con el paisaje, pero se moderó. La tuvo un rato entre sus brazos, permitiendo que el viento refrescase su ardor. Mejilla con mejilla, Dax experimentó la deliciosa sensación de que también sus pensamientos se unían en el plano ideal de un futuro compartido.

Algo, pensó, que ya estaba más cerca de hacerse realidad. Solo les separaba Leo Cosmo. «Pero eso se puede arreglar», sugirió dentro de la cabeza del vulcanólogo una aguda voz, parecida a la del demonio.

Eran cerca de las doce cuando regresaron a El Valle, a la posada llamada La Cruz Blanca. Tal como Dax había presumido, Puerto prefirió esperar a que sus dueños y los huéspedes se retirasen a dormir.

Los furtivos amantes pasearon sin rumbo por el mal iluminado y vacío pueblo. Los pocos bares habían cerrado. Al pasar delante de las casas tan solo se oían los ladridos de un perro o el ahogado murmullo de las voces procedentes de un televisor.

El dueño de la posada había indicado a Dax que el establecimiento se cerraba a las doce. A partir de esa hora, deberían entrar al hostel con una llave adjunta a la de la habitación.

Pasaban cuarenta minutos de las doce cuando Puerto y Dax se dirigieron a La Cruz Blanca. Tres o cuatro coches aparcados a la entrada indicaban la presencia de huéspedes, pero el establecimiento estaba envuelto en silencio.

Subieron las escaleras procurando no hacer ruido. Su habitación, en el último piso, era la 301.

Nada más entrar al amplio y desamueblado cuarto, con suelo de baldosa y paredes de estuco, se besaron largamente. Pero los besos de Puerto eran fríos. Parecía desmotivada y no se desnudó hasta que él lo hizo. Su pasividad, tendiéndose como inerte debajo de él, sin abrazarle, sin responder a sus acometidas, limitándose a recibirle como si de una obligación se tratara irritó a Dax, pero aún no tenía con ella el grado de confianza como para expresar decepción alguna. Se limitó a fingir satisfacción y a encerrarse en el baño.

Puerto se levantó de la cama, abrió las contraventanas del balcón y salió a fumar un cigarrillo. Dax se tumbó de nuevo, temiendo que algo, en lugar de anudarse, estuviera a punto de deshacerse entre ellos.

Puerto se había sentado en el estrecho balcón. Dax la vio acucillada contra la reja, aspirando el tabaco con avidez. La llamó, pero ella no pareció oírle. La luz de la luna iluminaba con suavidad su rostro, haciendo brillar su mirada como la de un misterioso animal nocturno. Puerto fumaba sin parar, arrojando a la noche columnas de humo azulado.

A su vez, Dax encendió un cigarrillo y empezó a consumirlo en la cama, esperando a que ella regresara del lugar, fuera cual fuera, en el que se encontraba su mente. Puerto aplastó la colilla contra una baldosa del balcón, pero todavía permaneció unos minutos en la misma postura, con la mirada perdida y las rodillas flexionadas contra el pecho. Finalmente, se levantó y entró al cuarto. Arrancó la colcha, como si tuviera frío y quisiera cubrirse con ella, pero no se acostó. Prefirió sentarse en el filo de la cama.

—Escúchame con atención, Dax —dijo con su extraña voz—. Voy a contarte algo que nadie sabe. Solo Leo. No me interrumpas, por favor. Cuando haya terminado, tampoco quiero que me hagas preguntas. ¿Lo prometes?

Dax asintió y ella dio inicio a una especie de confesión. Sus primeras palabras resonaron con una metálica reverberación:

—No soy la mujer que has imaginado.

—Es cierto que sé pocas cosas de ti, pero...

—Realmente muy pocas, Dax. Ignoras que estuve en la cárcel.

—¿Por qué razón? —saltó él.

—Sin preguntas, Dax.

—Está bien.

Ella pareció ablandarse.

—Serás tú quien tendrá que perdonarme.

—Quiero saber por qué te encarcelaron.

—Fui condenada por asesinato.

El tiempo pareció condensarse en el aire templado de la habitación. Dax preguntó con lentitud:

—¿Mataste a alguien?

—A mi marido.

Dax se limitó a mirar a Puerto con una expresión vacía. Ella continuó hablando:

—El hombre con quien me casé se llamaba Dámaso. Era uno de los cámaras que solían trabajar con Leo. Muy guapo, algo mayor que yo. Nos conocimos durante el rodaje de *El tren de las doce y cuarto*, la única película que llegaría a hacer con quien, algún tiempo después, se convertiría en mi segundo marido.

Puerto hizo una pausa para encender otro cigarrillo. Dax experimentó la sensación, casi física, de que algo sólido que ya habían levantado entre los dos se desmoronaba como una muralla de cartón piedra. Pudo sentir el mismo miedo a lo desconocido que le invadió cuando perdió a Leticia. Era como un cuerpo extraño, un peso sobre el pecho, una repugnante y viscosa membrana que le impedía respirar.

Puerto prosiguió, con la voz ronca por el tabaco:

—Yo procedía del teatro. Había tenido conversaciones con otros directores de cine, pero no llegaron a nada. En realidad, *El tren de las doce y cuarto* sería la única cinta en la que llegaría a trabajar. A Dámaso le tocó filmar algunos de mis planos y nos caímos bien. Nos acostamos durante el rodaje y nos casamos a los cinco meses. Era un tipo sencillo y cariñoso, y un buen profesional, pero carecía de matices, de ambición, y era celoso, casi tanto como más adelante descubriría que lo era Leo.

Dax hizo ademán de ir a decir algo. Puerto levantó una mano.

—No hay preguntas, Dax. Pero puedo imaginarme la que te quema en los labios. También yo me he preguntado muchas veces por qué me atrae ese tipo de hombres. No tengo una respuesta. Dámaso me hacía feliz a ratos, y otros desdichada. No porque me despreciase o maltratara, sino porque nuestro matrimonio daba la espalda al futuro. Vivíamos en Valencia, en el piso de él. Ni siquiera llegué a conocer la ciudad. Apenas salía de casa. Con cierta frecuencia, Dámaso debía incorporarse a un nuevo rodaje y yo me quedaba sola durante semanas, sin amigos ni amigas, sin otra

cosa que hacer que ver la televisión y esperar a que el teléfono sonara. Una noche salí, entré a un bar, tomé unas copas, me dejé invitar por un tipo y me acosté con él. Me dijo que no estaba casado y que se dedicaba a los negocios. No le creí y tampoco me importó no hacerlo. No disfruté con él en la cama y no volví a verle, pero siempre le agradeceré que me ayudara a romper los lazos que me ataban a Dámaso.

—¿Se lo contaste a él?

—Sin preguntas, Dax. No hubo más infidelidades. Seguí soportando a Dámaso, viviendo con él, ejerciendo el papel de su mujer lo mejor que podía o sabía. Cocinando para él, acostándome con él. Un día, Leo Cosmo apareció por Valencia y Dámaso se empeñó en que le invitásemos a cenar. Tenía interés en quedar bien con él y me pidió que me esmerara en la cocina. Nos gastamos una fortuna en marisco y en la mejor carne que pude conseguir. Puse candelabros en la mesa de nuestro ridículo salón. Dámaso le había citado a las nueve, pero Leo no se presentó en nuestra casa hasta una hora y media después. Había mantenido reuniones importantes, se justificó, citas que podían resultar decisivas para la financiación de la película en la que andaba trabajando, y se le había hecho tarde. Llevaba unos *whiskies* encima, pero, en cuanto se sentó a cenar, sus síntomas se le pasaron como por ensalmo. Dámaso estaba pendiente de él. Le había acomodado la silla y se ofreció a partirle el marisco. Yo estaba avergonzada de su servil actitud. Había encargado unos vinos que jamás los habría comprado para nosotros, ostras, caviar, champán... Dámaso le servía como habría hecho el más adulator camarero. Leo, ya le conoces, hablaba sin parar. De sus cosas, por supuesto. En ningún momento se refirió al trabajo de Dámaso. Le consideraba un empleado suyo, alguien a sus órdenes, a su servicio, un simple técnico a quien empleaba y remuneraba cuando había dinero y trabajo. Dámaso intentaba meter baza, deslizar alguna coletilla procedente de los rodajes en los que había grabado bajo sus órdenes, pero Leo, sin permitirle en ningún momento situarse a su nivel, ignoraba sus estupideces y seguía hablando de su nueva película.

—¿Cómo se titulaba? —preguntó Dax, procurando relajar el angustioso tono que se iba apoderando de ella.

—A esa cuestión sí te puedo responder —sonrió Puerto, pero lo hizo dolorosamente—. Se titulaba *Los vampiros duermen de día*. Iba a ser una de esas góticas mezclas de comedia y terror que tanto le gustan a Leo. En ese proyecto, nos desveló él con su mejor sonrisa, tenía un papelito para mí. Necesitaba una «chupadora de sangre», me adelantó, joven, hermosa y lo bastante mórbida como para que el espectador se turbase ante la visión de sus pechos comprimidos por un escotado vestido. Me ofreció el papel. Dámaso livideció, pero no rechistó. Acepté. Leo añadió que tendría que aparecer desnuda en algunas escenas, e igualmente volví a aceptar. Leo se puso en pie y me dio un abrazo y un tentón en el culo. Dámaso agachó la cabeza. Bebimos para celebrarlo y seguimos bebiendo cada vez más.

Puerto se arrebujo en la colcha, dobló las rodillas y se quedó mirándoselas. Sus verdosos ojos brillaban con una líquida y agresiva cualidad. Otra vez parecía haberse

ausentado de la habitación.

Dax hizo un gesto de impaciencia y ella continuó hablando:

—Lo que pasó después, de madrugada, es inaceptable, y por eso lo he olvidado en parte. Dámaso se emborrachó de puros nervios, o de puros celos, y acabó faltándole el respeto al director. Intenté evitarlo, frenarle, pero era inútil. Una interminable vomitona de rencor comenzó a salir de su boca y ya no cesó. El pobre estaba muy borracho. El alcohol le sentaba invariablemente mal, y por eso, en días normales, bebía muy poco o nada. Pero aquella noche se le había ido la mano y ya no tenía vuelta atrás. Leo me hacía disimuladas señas, indicándome que no le diera importancia, pero yo me sentía cada vez más humillada. También Dámaso lo estaba, así como exasperado por la inmutable superioridad, por el cínico dominio de Leo sobre aquella penosa situación y sobre las frágiles normas que regían nuestra pareja, nuestro matrimonio. Dámaso la tomó conmigo. Empezó a insultarme, a llamarme puta, a denunciar a gritos que a veces, cuando yo no estaba, llamaban hombres al teléfono de casa preguntando por mí, obligándole a responder que su mujer había salido y condenándole a imaginarse cómo serían sus caras, sus casas, y si me hacían el amor en hoteles de lujo o en el interior de coches aparcados en las veredas de los huertos. Incluso, ¿quién sabía?, argumentó, fuera de sí, en nuestra propia cama. En ese instante, Leo se levantó, asqueado, y se marchó, dejándome a solas con aquel fracasado. Quedarnos frente a frente envalentonó más a Dámaso. Tuve que oír las más groseras acusaciones que pueda escuchar una mujer. Me refugié en el dormitorio. Él se puso a forcejear con la puerta, intentando hacer saltar el pestillo. De pronto, algo estalló en mi cerebro. Rompí contra el radiador un frasco de perfume, lo empuñé y quité el cerrojo. Dámaso se arrojó sobre mí, pero yo sostuve mi arma y se la clavé en la cara. Se ensangrentó y dio tumbos por la habitación gritando que le había dejado ciego. Abrí la ventana, lo empujé hacia ella y, golpeándole salvajemente con una silla, conseguí hacerle caer desde nuestro quinto piso. Todavía resuena en mis oídos su inhumano aullido.

Puerto abatió la frente y se hundió en un prolongado silencio. Fuera, en la oscura noche, se oyó cantar a una lechuza. Dax sentía que la sangre se le había retirado del rostro. Alegó, conmocionado, dándose cuenta de que le temblaban las manos:

—Lo hiciste en defensa propia.

—Te equivocas. Maté a Dámaso deliberadamente. Después me arrepentí, pero en aquel momento lo habría vuelto a hacer.

—¿Qué sucedió luego?

—Nunca he estado demasiado segura. Es como si ese episodio perteneciera al mundo de los sueños. No sé cuánto tardó en llegar la policía, ni quién la avisó. Yo no me había movido del dormitorio. Me encontraron tumbada en el suelo, en medio de un charco de sangre, en estado de *shock*. Fui trasladada a comisaría e interrogada. A las primeras de cambio, confesé. Un abogado de oficio me adelantó que, sin testigos, y sin golpes en mi cuerpo que pudieran demostrar que había sufrido malos tratos, solo

podía confiar en que la sentencia contemplase algún atenuante. En el fondo, me daba igual. Y siguió sin importarme hasta que recibí en la cárcel la visita de Leo y de otro abogado, el suyo. Leo me dijo que iban a hacerse cargo de mí y que él pagaría todos los gastos. Por mi parte, yo solo tendría que portarme «como una buena chica» y ajustarme al guión de aquel carísimo abogado especialista en defender a los famosos del cine. Me dejé aconsejar, llevar. Maticé mis declaraciones y poco después supe que el tribunal había admitido nuevas pruebas. El juicio tardó en convocarse trece meses, de los cuales cinco los pasé en una cárcel de mujeres y el resto en libertad provisional bajo una fianza que, naturalmente, pagó Leo. Fue una farsa, Dax. Leo había comprado a todo el mundo, a los policías, a los jueces. Me declararon inocente y quedé libre. Libre para siempre.

Ahora era Puerto la que estaba temblando. Se acostó junto a su amante y buscó su calor.

—¿Entiendes ahora por qué me casé con él?

Dax se despertó a las siete y media de la mañana. Puerto seguía durmiendo a su lado. Después de sus confesiones de madrugada, habían hecho el amor dulcemente. Ella se había quedado dormida casi enseguida, pero a él le costó largo rato conciliar el sueño. No debía de haber descansado más de tres o cuatro horas. Sabía que sería inútil volver a intentarlo y bajó a desayunar.

Una pareja lo estaba haciendo ya. Eran ingleses, muy jóvenes. Saludaron con amabilidad a Dax y continuaron dando buena cuenta de sus tostadas con mermelada y planificando la excursión del día.

En otra de las mesas había un periódico. Dax lo cogió, antes de ocupar la suya, y en cuanto le hubieron servido el café comenzó a leerlo.

Una noticia en las páginas de sucesos lo dejó en blanco.

Una mujer, una actriz, había sido asesinada en Madrid. Se llamaba Leonor Zunzunegui. Había aparecido muerta en su domicilio, en la calle O'Donnell, pocas horas después de haber sido elegida en un casting para interpretar el papel de Desdémona en la nueva versión de *Otelo* que se proponía rodar el director Leo Cosmo.

El redactor del suceso relacionaba ese crimen con otro, también acaecido en Madrid, que continuaba sin resolverse. Al igual que a Teresa Sanagustín, asesinada en febrero en uno de los camerinos del Teatro Español, a Leonor Zunzunegui la habían golpeado y asfixiado hasta romperle la tráquea. Entre ambos asesinatos había otra siniestra coincidencia: una flor exótica, una orquídea negra había aparecido, como una fúnebre y póstuma ofrenda, muy cerca de ambos cadáveres. Leonor Zunzunegui tenía veintisiete años y un amplio periplo profesional como actriz de cine y teatro. Estaba soltera. No se le conocía ninguna relación estable...

Dax subió corriendo las escaleras, despertó a Puerto y le mostró la noticia.

Puerto sostuvo el periódico con una creciente ansiedad.

—¿Qué crees que está pasando?

—No puedo saberlo —dijo Dax—. Lo único que sé es que tu marido se encontraba en el lugar de los hechos. Eligió personalmente a esas dos actrices y ahora las dos están muertas.

Puerto razonó débilmente:

—¿Sospechas que mi marido puede ser el autor de esos crímenes?

Dax no contestó, pero su silencio fue elocuente. Puerto se negaba a creerlo.

—Si hubiera sido Leo, yo lo sabría.

—¿Cómo?

—Vivo con él, Dax, y en esas dos ocasiones le he acompañado a Madrid. Veo sus papeles, le oigo hablar por teléfono... Lo sabría —insistió Puerto—. Él no ha sido.

—¿Y esos tarados que os acompañaban, el gerente, el secretario?

—Son inofensivos.

—¿La policía opina lo mismo?

—Ya interrogaron a Leo cuando el primer asesinato en el Teatro Español. Le trasladaron a una comisaría, pero tuvieron que soltarle de inmediato. ¿Qué motivo podía tener para agredir a aquella actriz?

—Escúchame —porfió Dax—. Hay indicios más que suficientes para sospechar que tu marido pueda estar implicado.

—¿Qué clase de indicios?

—Las orquídeas negras, sin ir más lejos. Es una variedad muy rara. Él las cultiva en su invernadero, ¿no?

—¿Y qué? Seguro que pueden conseguirse de cualquier otra forma.

—Será mejor que te vistas —concluyó Dax; no quería discutir—. Te llevaré a casa o a donde quieras.

Puerto se dio una ducha, se arregló y bajó. No quiso desayunar y prefirió esperarle fuera mientras Dax pagaba la habitación.

Subieron al coche. Él intentó retomar el tema de los crímenes de las actrices, pero Puerto se negó a seguir hablando de ese asunto. Otra vez se alejaba de él. Estaba perdida, ausente. Dax no sabía cómo rebajar aquella tensión que los convertía en extraños. Se dirigían a Valverde, pero igualmente habrían podido tomar la dirección contraria. La mente de Dax estaba tan turbia que nunca supo por qué carretera llegó a la capital. Tampoco ella habló hasta indicarle que detuviese el coche en una esquina.

—Te llamaré —añadió sin convicción, al bajarse del Golf.

—Haz lo que quieras.

Durante el resto de la mañana, Dax se arrepintió de haber pronunciado una frase tan torpe. Condujo hasta la subestación y se esforzó por concentrarse en los gráficos de mediciones sísmicas y en las características de un nuevo terremoto en dominio marítimo que no hacía ni veinticuatro horas se había detectado entre La Gomera y El Hierro, pero le resultó imposible trabajar.

A mediodía, volvió a coger el coche y se dirigió a la taberna de Las Sirenas Dormidas. Pidió una copa de anís y compró un paquete de cigarrillos.

Encendió el primero en la terraza al aire libre. El día era precioso, claro y brillante, con una luz primaveral acariciando el terciopelo turquesa de las olas y recortando los volcanes con una precisa nitidez.

La Montaña del Hombre Muerto levantaba su azufrosa joroba en medio de una sinfonía de colores marchitos. Era el único volcán sobre el que una inmóvil nube parecía señalar su vínculo con el cielo.

Dax se preguntó qué haría en el momento en que volviese a ver a Leo Cosmo. Padecía una intensa migraña y razonaba con lentitud, por lo que se tomó un par de dextrinas. Se sentía desorientado, como si nada de lo que le estaba sucediendo obedeciera a proposiciones lógicas. No podía pensar con claridad. Al cabo del rato, apuró la copa de anís. Decidió comprar la botella, que el tabernero le vendió muy gustosamente, y se dirigió a la Colonia.

Sobreexcitado por los fármacos, Dax habría pegado la hebra con alguno de sus dos compañeros de residencia, pero los otros barracones se encontraban vacíos. Recordó que Abel Lambergis le había comentado que estaría algunos días ocupado en el Roque Chico de Salmor, atendiendo a su colonia de lagartos gigantes, e imaginó que Fagen, cuya motocicleta, que él mismo le había acompañado a recoger, permanecía apoyada contra la pared de su cabaña, se hallaría de lo más entretenido en la plataforma de lavas, dibujando las estructuras de sus árboles hechizados.

Se encerró en su cabaña, cogió un vaso de la cocina, se tumbó en la cama y siguió bebiendo anís. Cuando llevaba consumida media botella, se quedó dormido.

Le despertó una llamada en su teléfono móvil. Se levantó de un salto, pero, aunque lo oía sonar, no logró encontrar el receptor. Había ido a parar, Dios sabría cómo, al rincón de la alacena donde se guardaba el café. La llamada correspondía a un número desconocido. Dax lo marcó y se identificó.

—No he llegado a tiempo de cogerlo, lo siento.

¿Quién...?

Era Puerto. Le explicó que le había llamado desde otro teléfono «por precaución». Estaba asustada.

—No aguanto más —dijo, como con miedo de que alguien la estuviese escuchando—. Me está torturando.

La voz de Dax se tiñó de ira.

—Ni siquiera voy a preguntarte quién. Solo tu marido es capaz de ponerte en ese estado.

—Está como loco y muy borracho. Se ha obsesionado con la muerte de esa otra actriz. Cree que ha sido culpa suya, que su película está inspirando los ataques de un psicópata. Repite que hay un complot contra él, que alguien pretende colgarle esos crímenes. Sostiene que yo estoy detrás.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Cree que le engaño y que ambiciono su dinero. Dax rompió a reír nerviosamente.

—¡Pobre loco!

—Empiezo a creer que tienes razón, Dax. Escúchame, por favor...

La cobertura falló y la llamada quedó interrumpida durante unos angustiosos segundos, al cabo de los cuales Dax volvió a oír la quebrada voz de Puerto:

—¡No quiero seguir a solas con él!

—Quédate ahí, iré ahora mismo.

Ella siguió expresándose en susurros:

—Prefiero que no vengas a casa, Dax. Meteré a Leo en el coche con cualquier excusa y bajaremos a Valverde. Puedo estar en el Café Barlovento dentro de un par de horas, sobre las siete.

—De acuerdo, nos encontraremos allí. Si se pone violento, avísame. Llevaré el móvil, ¿de acuerdo?

—Gracias, Dax. Y disculpa mi actitud de esta mañana.

—No tiene importancia. Ten cuidado, cariño. No te enfrentes a él.

Muy crispado y con los nervios en tensión, Dax hizo volar el coche por la carretera de la costa. Llegó a Valverde a las seis menos cuarto de la tarde.

Aparcó cerca de la iglesia de la Candelaria. Su balconada caía sobre los riscos, pero apenas se divisaba el mar. Una neblina impulsada por la brisa difuminaba el paisaje, configurando nubes que amenazaban lluvia.

Para hacer tiempo, Dax visitó algunas tiendas, compró material fotográfico e informático y encargó víveres asegurándose de que el servicio de reparto podría llevárselos hasta la Colonia a lo largo del día siguiente, dejándoselos a la puerta, debidamente embalados, si él no estaba. Se había quedado sin efectivo y fue a sacar doscientos euros de un cajero automático. Se hallaba guardando los billetes en su cartera cuando empezó a llover.

—Está claro, ingeniero, que ha sido usted quien ha traído la lluvia a El Hierro.

Al girarse, Dax se dio de bruces con José Perdigón, la última persona del mundo con quien hubiera deseado encontrarse. El guía llevaba un deshilachado sombrero de paja y la camisa abierta enseñando una medalla y lo que parecía el colmillo de un gran felino. Iba fumando un cigarrillo realmente appestoso y su aliento hedía a alcohol.

—¿Qué, ingeniero, como le van las cosas? ¿Qué tal se las arregla en la Colonia?

—Muy bien, gracias.

—¿No necesita nada?

—Creo que no.

—¿Ni siquiera...? —Y el señor Pepico le guiñó un ojo al tiempo que dibujaba con las manos el contorno de un cuerpo femenino.

—Tampoco, ya le dije.

—No me extraña. Va bien servido. Dax le miró con prevención.

—¿Qué insinúa?

—Nada, ingeniero. Solo que el otro día me pareció verle muy bien acompañado en las proximidades del Parador.

—Era una amiga.

—Rubia, me pareció. ¿Extranjera?

—Sí... Una chica inglesa, vulcanóloga, también, con la que coincidí en el Monte Santa Elena.

—Qué casualidad.

—Ya lo creo. Dimos un agradable paseo recordando viejos tiempos.

—¿Toma una copa conmigo?

—Tengo una cita.

—¿Con la inglesa?

—¡Qué más quisiera! Se trata de un compromiso de trabajo.

—Si es así, le dejo. En cuanto oigo el verbo trabajar me entran ganas de echar un trago.

—Todo indica que hoy ha trabajado mucho.

—Por eso estoy que me caigo.

—Váyase a dormir —le aconsejó Dax.

—Buena idea, ingeniero. Eso haré.

Perdigón desapareció calle abajo. Aunque era muy pronto, Dax se dirigió al Barlovento, el local donde había quedado con Puerto.

Se trataba de un *pub* céntrico, con una barra alargada, espaciosa, media docena de máquinas tragaperras y, al fondo, dos mesas de billar. El ambiente estaba cargado de humo. Había bastantes clientes. Jóvenes, sobre todo. Pacíficos, la mayoría, y algunos con aire bohemio y esos gestos pausados y enfáticos propios de las islas.

Dax ocupó una de las mesitas laterales, pidió un café y sacó uno de sus cuadernos de campo, dispuesto a emplear el tiempo de espera en redactar otro informe para la Estación central.

Apenas le habían servido la taza se oyó un griterío en la entrada. Leo Cosmo y María Puerto hicieron una tumultuosa aparición en el local.

El director iba indecentemente borracho. Sujetaba a su mujer de un brazo, como para que no huyese de él. A su vez, ella se esforzaba en mantener el equilibrio y evitar que su marido se cayera.

Puerto vio a Dax y su rostro se cubrió de una intensa vergüenza. En medio de las brumas de su borrachera, Cosmo le reconoció y se dirigió hacia él. Dax notó una fuerte presión en la cabeza. El corazón le golpeaba dentro del pecho.

—¡Si es mi fan número uno! —vociferó el director.

Un taburete se atravesó en su camino y estuvo a punto de tropezar. A duras penas, sujetándose primero a la mesa y después al propio Dax, que se había levantado al verle venir, Cosmo consiguió mantenerse en pie. Acto seguido, se dejó caer en una silla demasiado pequeña para él y señaló los dibujos de composiciones geomórficas que Dax se había entretenido en pergeñar mientras esperaba a Puerto.

—¿Qué son esas rayas? ¿Bocetos? ¿No se habrá creído, después de nuestra larga conversación del otro día, que ha ascendido usted a la categoría de artista?

Cosmo se echó a reír estrepitosamente, como si ese concepto, asociado al vulcanólogo, le causara hilaridad. Humillado, Dax esperó a que se callara. Puerto había acercado un taburete a la barra. Sin dejar de observarles a distancia, se había puesto a conversar, cabizbaja, con uno de los camareros.

En ese momento, Dax vio cómo Fagen entraba al local. El escultor le dirigió una amistosa seña, saludó a Puerto con una sonrisa y se acodó en una esquina de la barra para pedir el juego de dardos y una primera copa, de la larga serie que seguramente estaría dispuesto a consumir.

—¡Un ron, camarero! —gritó Cosmo al chico que estaba hablando con su mujer.

—¿No prefiere licor de plátano? —ironizó Dax.

—Esta noche me propongo rendir homenaje a mi sangre cubana —repuso Leo, con un tono de voz casi normal.

Dax recordó que, según Puerto, el cineasta era capaz de entrar y salir de la embriaguez con pasmosa facilidad. Haciendo buena esa observación, parecía haber recobrado milagrosamente la serenidad.

—¿Sangre cubana? ¿No es usted español?

—Solo a medias, señor Dax. Soy hijo de Leopold Cosmolín, un boxeador cubano que recaló en Madrid, donde se casaría con una manchega. Mi padre llegó a disputar un campeonato europeo de peso gallo, pero el alcohol, no como a mí, acabó dominándole y tumbándole en la lona.

El camarero le puso delante un ron con hielo. Cosmo lo alzó y brindó al techo.

—Va por ti, mamá. Permítame, señor Dax, que, antes de analizar temas más serios...

—¿Qué clase de temas, señor Cosmo?

—Tenemos que hablar de ella.

—¿De quién?

—No se haga el tonto.

Dax le miró, desafiante. Sus rasgos parecían de piedra. El proteico rostro del director brillaba de astucia. Dax empezó a decir, algo inseguro:

—Puerto y yo no...

Cosmo le interrumpió con delicadeza, como a un hijo al que no se desea ridiculizar en público.

—Antes de que nos metamos en harina, señor Dax, permita que le revele algo más de mi vida. A un intelectual de su talla, tan docto en el cine español, le servirá de información complementaria. Durante muchos años, repitiéndose las palizas a mi madre, sus perdones y, otra vez, sus insultos y golpes, mi padre entraba y salía de nuestro hogar, llevándose el poco dinero que teníamos para gastarlo con otras mujeres. Mamá trabajaba de limpiadora en un hospital de Madrid. Yo siempre estuve muy unido a mi madre, que se llamaba Angustias, pero había heredado la naturaleza violenta del gallo Leopold y con frecuencia me metía en líos callejeros. Muy pronto empecé a experimentar con drogas. Trapicheé, robé, estuve detenido y pasé por el reformatorio, donde aprendí carpintería. A los dieciocho años entré en el mundo del cine, precisamente en calidad de carpintero de escenarios. Trabajé para algunos directores medianamente conocidos. Por las noches actuaba en salas de fiestas y *cabarets* haciendo números de magia, con el nombre artístico de Mago Cosmopoulos, o cantando boleros bajo el apodo de Leopoldo... De casta me venía, señor Dax, porque mi madre, de joven, había cantado coplas. No le he dicho que, antes de eso, siendo yo pequeño, mis primeras actuaciones las protagonicé vestido de mujer. Mi madre quería una niña, en lugar de un varón. Me vestía con mallas y me hacía jugar con muñecas. En el fondo, estoy agradecido a aquella actitud, porque desde mi más tierna adolescencia me permitiría conocer con mayor profundidad y fecundidad mi doble naturaleza de hombre-mujer.

—Deje de inventarse vidas imaginarias.

—¿No me cree, señor Dax? Comencé a escribir guiones, a publicar relatos, a filmar documentales, anuncios, cortometrajes, toda clase de ensayos e intentonas. Era y me consideraba un hombre, pero, es cierto, gusté de otros hombres. No renegaré ahora de algo que en el mundo del cine ha sido práctica habitual. Al final, empero, opté por las mujeres. Son ellas las que hoy renuevan mi deseo, el péndulo de mis ideas, quienes guardan las claves y secretos de mi creación. El hombre es maniqueo, señor Dax. Héroe o bufón, verdugo o místico. La mujer, en cambio, va dispersando por la superficie de la vida distintas semillas y valores. Ni se apresura ni se demora. Oscila de la resignación al odio y de la apatía a la acción con los misteriosos ritmos de la naturaleza. Reina en los corazones y en el trono de los hombres y llora con lágrimas de sangre dolores que pronto olvidará, pues muchos serán los que todavía le resten por sufrir. La mujer, señor Dax, existe como género. Su naturaleza íntima es el misterio. El velo. La sonrisa de la Gioconda. En el hombre, raramente encontramos algo tan elevado y sutil, salvo en aquellos que fueron de estirpe sagrada: Pitágoras, Platón, Alejandro Magno, Jesucristo...

A Cosmo se le había secado la boca y bebió con avidez de su copa de ron. Sin disimulo, como si se tratase de una desconocida, señaló a su mujer, quien, a su vez, les contemplaba desde la barra con una expresión que Dax no le había visto antes y que no supo definir.

—Es guapa, ¿verdad? —preguntó Cosmo, clavándole sus redondos y vivarachos ojos.

Dax asintió mímicamente. El sombrío relámpago que acababa de cruzar el rostro del director le había invitado a ponerse en guardia.

—Y muy joven todavía —añadió Cosmo—. Casi tan joven como usted.

—Yo no soy joven.

—¡Qué dice! Todavía no ha visto nada, nada en absoluto. Espérese a que la vida le vaya mostrando sus abismos y a que el infierno asome ahí abajo. ¿O es que cree que siempre estará rodeado de ángeles?

—Hay seres humanos que valen la pena.

—Mi esposa podría ser uno de esos seres, ¿no, señor Dax?

—Es posible.

Cosmo se pegó un puñetazo en el muslo. Si lo hubiera hecho en la mesa, la vajilla habría saltado por los aires.

—¿Qué sabe usted de ella, señor Dax? ¿Quiere que le cuente la verdadera historia de la chica de la que se está encoñando?

Dax le puso un dedo en el pecho a modo de advertencia, pero el director se lo apartó de un manotazo.

—¡No se atreva a negarlo! ¡Mírese a sí mismo, encelado como un novillo! Créame que le comprendo, señor Dax —agregó el director, moderando el tono—. Yo también la he visto con esos bañadores ceñidos y sin ellos. Pero no es oro todo lo que reluce.

—Seguramente es usted quien no la conoce. Yo creo que es una gran mujer.

—¿En la cama?

—No se denigre a sí mismo.

—Ya veremos quién de los tres termina más enfangado, señor Dax. Ignoro qué le habrá contado ella, pero le ha mentado. Puertito es una fantasiosa compulsiva, como toda fulana. Un caso perdido. Si hubiera conocido a sus padres... Él era atracador. Lo llamaban El Shangai porque estaba obsesionado con enriquecerse y retirarse a esa ciudad que ni siquiera sabía dónde estaba, pero que había idealizado a través de una película. El Shangai murió en una reyerta, no sin antes encumbrarse como un temible delincuente. Además de abrir innumerables cajas fuertes, llegó a abrir las noticias de un telediario. Sexualmente, era un perverso. Comenzó a abusar de Puertito cuando solo era una niña. A partir de los quince años la prostituyó, dando así continuidad al oficio de la madre, que también era puta. En el Borne barcelonés, donde vivían, y donde Puerto nació, conocían a la madre como La Chupetes, por el virtuosismo de sus felaciones. Puertito era una gitanilla, nada que ver con la sofisticada mujer de hoy. Hubo que educarla, limpiarle el barro del arroyo... Yo me acostaba con ella desde que tenía dieciséis años, señor Dax. Cuando iba a cumplir su mayoría de edad, la adquirí en exclusiva. Pagué al Shangai y a la Chupetes una astronómica cifra, contante y sonante, más una mensualidad fija a cambio de que se olvidaran de su hija para siempre y de que, sin amenazas, represalias ni futuras demandas, la dejaran venir conmigo en calidad de sirvienta. Más adelante le costé los estudios de interpretación. Como actriz, sin embargo...

—¡Basta ya, Leo!

Puerto estaba en pie, junto a ellos, con la chaqueta del director doblada en un brazo. Jadeaba, como si le faltara el aire.

—Tan solo estaba informando al señor Dax sobre nuestros humildes orígenes — se justificó su esposo—. Los antropólogos lo llaman «arqueología de la personalidad». Se asombraría de la cantidad de ciencia que consumo, señor Dax. En astronomía, por ejemplo, contando el telescopio que hice instalar en nuestra casa del volcán, no habré gastado menos de...

—Me voy, Leo —dijo Puerto.

—Nos vamos todos.

—No he querido decir eso.

—¡Mujeres! ¿Qué has querido decir, entonces?

—Que me marchó, Leo. Te dejo.

—Eso lo hablaremos en casa.

—No pienso volver a casa.

—Claro que sí. Y usted vendrá con nosotros, señor Dax. Cenaremos en la Montaña del Hombre Muerto y brindaremos por nuestro trío amoroso. Quizá esta noche me transforme en volcán y vuelva a arrojar torrentes de lava. ¡Venga, salgamos de este apestoso bar! ¿Llevo yo las llaves del Rolls o las guardaste tú, Puertito?

El blanco y lujoso automóvil estaba aparcado a la puerta del Barlovento. Cosmo salió del bar tambaleándose, abrió la portezuela y se dejó caer con pesadez en el asiento del conductor.

—¡No pensarás conducir! —se escandalizó Puerto.

—¿Por qué no? Nunca me he sentido mejor. Suba al coche, señor Dax. Le llevaré como si fuese su chófer.

—Estás borracho, Leo —protestó su mujer.

—Aplicando una fórmula más poética te corregiré con un sinónimo, Puertito —la riñó Cosmo mientras luchaba por conectar el motor—. Solo estoy embriagado. Sigamos el consejo del poeta... ¡Embriaguémonos de vino, de poesía o de... velocidad!

El Rolls se puso en marcha, trazó una cerrada curva y se lanzó a tumba abierta por una de las calles principales de Valverde, flanqueada por comercios y casas de dos o tres pisos, bastante animada aún. La calzada era estrecha y las ruedas del Rolls, descoordinadas por los volantazos de Cosmo, golpearon los bordillos. Cuando dejaron atrás La Candelaria, iluminada por las farolas de su plaza, Puerto insistió:

—Conduciré yo, Leo.

—De ninguna manera. Si tienes miedo, pásate atrás, con el señor Dax. Eso os excitará más de lo que ya lo habéis estado cuando os veáis a solas.

Puerto enrojeció.

—Entre nosotros no ha pasado nada. Un puño del director golpeó el volante.

—¿Me crees incapaz de enterarme de lo que está sucediendo en esta isla, entre mi esposa y este, este...?

—Escuche, Leo... —empezó a decir Dax desde el asiento trasero.

—¡A callar! —bramó el director—. ¿No está satisfecho con su trofeo? ¿Necesita exhibirse?

—Su mujer no es ningún premio. La voz de Cosmo sonó más triste.

—Puede que no le falte razón. Para mí no lo ha sido. Mientras iba buscando el desvío a Frontera, Cosmo permaneció callado. Se había perdido por las enrevesadas callejas del barrio alto de la ciudad. Gotas de sudor hacían brillar su rugosa calva. Dax pensó que sería fácil sacarle del coche y golpearle hasta dejarle sin sentido. Mentalmente le vio en la cuneta, entre regueros de sangre. Él mismo se horrorizó de la dimensión de su odio.

—¿En qué está pensando, señor Dax? —balbuceó el cineasta, dirigiéndole una vesánica mirada por el espejo retrovisor—. ¿No estará madurando el criminal proyecto de quitarme de en medio?

Dax tragó saliva, sugestionado por aquella demostración de clarividencia. El ritmo de su corazón se estaba acelerando. No había cogido sus pastillas y temió sufrir una arritmia. Se sorprendió pensando de nuevo en lo fácilmente que podría matar a

Cosmo. ¿Era una idea derivada de la situación o estaba perdiendo el control de su voluntad? Recordó algo que le había dicho Puerto. ¿Sería cierto que Cosmo era capaz de leer las mentes?

—He acertado, ¿verdad? —dijo por hecho el director—. Como la mayoría de los hombres de ciencia, señor Dax, en el terreno sentimental es usted obtuso. Carece de la necesaria ductilidad para disfrazar su papel de adúltero. No sabe fingir, actuar. Ama y odia sin matices, rodando por la cuesta abajo de la pasión exactamente igual que una de esas rocas de obsidiana que tanto le gusta estudiar, limitada a arder en el fuego del volcán o a enfriarse bajo el soplo del alisio. ¿Por qué se queda callado? ¿No sabe lo que dice el refrán?

—¿Qué refrán?

—Quien calla, otorga.

—No voy a callarme. Quiero a su mujer.

—No sabe nada de ella, señor Dax. No se deje engatusar.

—¡Para el coche! —gritó Puerto, no tanto porque su marido hablase como si ella no estuviera presente como debido a que acababa de tomar una curva de manera suicida.

—¡Déjenos bajar! —reiteró Dax.

—Nada de eso —se negó Cosmo—. ¿Por qué tanto miedo? Si nos despeñamos, moriremos todos, y su nombre, señor Dax, saldrá en las noticias junto al mío. ¿Podría un oscuro científico aspirar a algo más alto?

—Sí: a evitarlo.

—Nadie va a morir, señor Dax. Para que al drama que estamos viviendo, a esta carnal reedición de *Otelo*, no le falten sus principales protagonistas, debemos sobrevivir los tres. Voy a encender los faros antiniebla. Así veré un poco mejor esta maldita carretera.

Cosmo accionó los faros y un precipicio se abrió delante de su amarilla luz. Puerto volvió a estremecerse, temiendo que fueran a despeñarse, pero de algún modo el conductor logró dejar atrás el peligro y el Rolls continuó su inseguro trayecto por una carretera que había vuelto a estrecharse.

Para respiro de sus pasajeros, Cosmo bajo la ventanilla y dejó que el aire le diese en la cara. Pareció despejarse un tanto, incluso redujo la velocidad. Atravesaron un largo túnel excavado en la roca viva, cuya bóveda rezumaba agua de manantial. Al otro lado de la montaña, la noche se reveló un poco más clara. Cada vez que el morro del automóvil enfilaba el invisible mar, cubierto por la bruma, Dax tenía la vertiginosa sensación de estar volando en medio de nubes tras las cuales se ocultaban los volcanes y las llanuras de lava.

Cosmo le propuso cambiar ese estado de confusión por otro:

—Para ir centrando sus planes homicidas, señor Dax, y a fin, en todo momento, de evitar que el tiro le salga por la culata, le aconsejaría, ¡definitivamente!, que no intente liquidarme ahogándome en mi piscina. Es lo primero que se le ocurriría a

cualquier aficionado. Mediante ese burdo procedimiento jamás conseguiría engañar a la policía. Edgar, mi fiel cacatúa, le vería cometer la fechoría. En cuanto los agentes apareciesen por la Montaña del Hombre Muerto, mi simpático lorito le acusaría a usted, graznando horriblemente:

«¡Ha sido Dax, el señor Dax!». No tendría defensa posible y el caso se resolvería dando con sus huesos en la cárcel.

—Está usted loco —se limitó a replicar el vulcanólogo.

—¿Acaso no lo está usted?

—Claro que no.

—¡Claro que sí, señor Dax! Está loco por mi mujer, no hay más que advertir con qué ojos de cordero degollado la mira cuando cree que no me doy cuenta. Puedo leer dentro de su cabeza, y en la de ella, como en las páginas de un libro abierto. Usted cree que Puertito le corresponde... Pero yo no estoy ciego y sé que no es así.

—¿Cómo lo sabe?

—Es usted muy tosco, señor Dax. ¿No comprende que su última y espontánea pregunta ha implicado una confesión en toda regla?

Puerto se había acurrucado contra la portezuela. Dax la oyó decir:

—Él es inocente, Leo. Respétale.

Cosmo le pegó otro manotazo al volante. El coche se bandeó peligrosamente.

—¡Qué sabrás tú de respeto si ni siquiera te respetas a ti misma!

Puerto se apretó más contra la portezuela. Dax temió que pudiera abrirse e insistió:

—Déjeme coger el coche, Leo.

—¿Sigue teniendo miedo, señor Dax?

—No.

—¿Por qué me miente? Por el espejo retrovisor estoy viendo su aterrada cara de hurón.

Dax se mordió la lengua. La de Cosmo se volvía de trapo. El director cabeceaba, como si fuera a dormirse. A duras penas lograba mantener la atención en la carretera. Por fortuna, un último resto de prudencia le había hecho reducir aún más la velocidad, de manera que el enorme y silencioso automóvil avanzaba con lentitud en medio de la oscuridad de El Golfo, horadando un arco de bruma con el hemiciclo de volcanes a un lado y el negro mar a su derecha.

—No solo tiene usted miedo a un accidente, señor Dax —siguió barbotando el director—. También a mí me lo tiene. A pesar de ello, y de que solo soy un anciano, sigue creyéndose un tipo duro. Uno de esos machos ibéricos que se divierten jugando con las esposas de los demás y que, para completar la burla, acaban abandonándolas en brazos de otros de peor condición, todavía. ¡No, señor Dax, no me interrumpa! Y tú tampoco, Puertito. Tu aventura va a terminar mal. El señor Dax es poco para ti. Pronto le habrás olvidado. Volverás a la senda de la autodestrucción, al arroyo y al burdel. Te recomendaría el club Síbaris, a cuyas atentas señoritas conozco en persona,

y entre las que he hallado el consuelo y el afecto que tantas veces tú, alegando vagas e inaceptables excusas, maritalmente me negabas.

La mención a ese club hizo recordar a Dax el correo publicitario que hacía unos días habían enviado a su ordenador. Era como si Leo Cosmo le estuviese indicando que había sido él. Asqueado por lo que acababa de oír, Dax pensó que, en el fondo, le era indiferente quién lo hubiese remitido.

Una difusa señal les advirtió que estaban llegando al cruce con el Lagartario. Dax comprendió que era su última oportunidad para bajarse del coche, pero no pudo hacerlo. Algo más fuerte que él lo inmovilizó en su asiento de piel mientras el Rolls comenzaba a subir por última vez la pista de tierra de la Montaña del Hombre Muerto.

Sin balizar, y con fuertes pendientes, el precario trazado permanecía embarrado por la lluvia caída a media tarde. En sus cerradísimas curvas, que iban ganando rápidamente altura, no había barreras ni medida alguna de seguridad. A pesar de los potentes faros antiniebla, la visibilidad era prácticamente nula.

En el interior del automóvil, sus tres ocupantes guardaban silencio.

Puerto había alcanzado el mayor grado de humillación que era capaz de tolerar. Se sentía tan despreciada y hundida que ni siquiera podía llorar. También Dax tenía la impresión de que la dignidad y el valor le habían abandonado. Debería haberse enfrentado mucho antes con el director, pero era como si Cosmo, aún habiéndole Dax arrebatado a su mujer y, de algún modo, vencido, mantuviese sobre él una inhibidora influencia. Y, sí, tenía miedo a morir.

Detrás de cada una de aquellas curvas que ascendían hacia la cumbre del volcán un nuevo abismo se abría en la noche. Dax decidió que, apenas hubiesen entrado en la casa, rogaría a Puerto que metiese cuatro cosas en una maleta y huyesen de allí. Tenía el presentimiento de que su destino iba a decidirse en las próximas horas. Una parte de su existencia pasó ante él. Pero, en lugar de hacerlo con claridad, bajo la luz de una renovada esperanza, negras sombras desfilaron por los antiguos escenarios de su vida.

Aferrando el volante con ambas manos, Cosmo hacía un esfuerzo por mantener los ojos abiertos y evitar un error. Sin venir a cuento, soltó una risa como la de un fauno.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó su mujer, rezumando tal aborrecimiento hacia él que Dax se contagió de una corriente de odio.

—Pensando en la Chupetes acaba de venirme a las mientes una imagen verdaderamente entrañable, Puertito. ¿Te acuerdas de cuando me la chupaste por primera vez? ¡Tu madre te había enseñado a mamarla antes que a leer!

No pudo seguir. Dax le había agarrado del cuello y lo apretaba contra el reposacabezas. Lo que pasó a continuación sucedió muy deprisa. El Rolls se desvió hacia un terraplén. Chocó, rebotó contra una pared de roca y, con el capó levantado, quedó atravesado en la pista. Dax había tenido que soltar a Cosmo, pero, al detenerse el coche, cuyo motor arrojaba una densa columna de humo, lo sacó a empujones y lo machacó a golpes. Involuntariamente, uno de sus puñetazos fue a darle a Puerto en la cara.

Dax estaba atendiéndola cuando Cosmo le atacó por la espalda. El viejo era más duro de lo que había supuesto. Le dobló los brazos y consiguió tumbarle y echársele encima. La pelea cambiaba de signo. Ahora era Dax quien comenzaba a recibir un golpe tras otro y quien notaba una garra aprisionándole la garganta. Le faltaba aire, no conseguía zafarse y ya se temía lo peor cuando se oyó un sonido como el de un jarrón al caer al suelo. Algo había estallado contra el cráneo de Cosmo. Por la calva

del director resbalaba un chorro de sangre. Dax le empujó y el viejo se cayó de costado. Estaba muerto.

Jadeante, Puerto se apoyó contra el terraplén, sosteniendo la piedra con la que acababa de golpear a su marido.

—¡Me condenarán por esto, Dax! ¡Esta vez jamás saldré de la cárcel!

—Cálmate, Puerto. Nadie va a ir a prisión.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿No te das cuenta? —Dax estaba pensando a toda velocidad; la tensión interior tallaba su rostro—. Contamos con una ventaja. No hay testigos. Diremos que nos bajamos del coche porque él iba muy borracho y que, unas cuantas curvas después, perdió el control y se despeñó.

—Es demasiado simple.

—Por eso nos creerán.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. ¡Piensa! Nadie sabía lo nuestro. Apenas se nos puede relacionar. Todo lo más, como simples conocidos. Un montón de gente vio a Cosmo absolutamente borracho en ese bar de Valverde. Es fundamental que nuestra versión coincida. Diremos que tu marido se empeñó en conducir y continuar la fiesta en vuestra casa... Nos dirigimos hacia el volcán hasta que, alarmados por su estado, y ante el riesgo de un accidente, decidimos de común acuerdo bajarnos del coche y proseguir a pie... Es verosímil —concluyó el vulcanólogo, procurando ocultar el temblor de su voz—, hazme caso.

Puerto contemplaba el cadáver de Cosmo casi con el temor de que les estuviese escuchando. Pero no había duda de que no respiraba. El golpe con la piedra había abierto en su cabeza una brecha del tamaño de una pelota de tenis. La sangre empezaba a cuajarse sobre el rostro embarrado.

—Ayúdame —urgió Dax—. Tenemos que meterlo en el coche.

Necesitaron de todas sus fuerzas para mover el cadáver. Después de un par de fallidos intentos, y de arrastrarlo por la tierra, consiguieron restituirlo a su asiento y sujetarlo con el cinturón de seguridad.

La llave de contacto seguía puesta. Dax accionó el freno de mano y la hizo girar. Para su sorpresa, el motor, que no había dejado de arrojar humo, se encendió con la misma suavidad que de costumbre, y asimismo los faros antiniebla funcionaron con normalidad, como si el vehículo no acabara de sufrir un aparatoso golpe. Dax lanzó al barranco la piedra con la que Puerto había golpeado a su marido y utilizó otras de similar tamaño para calzar las llantas traseras del Rolls. Cuando consideró que el vehículo estaba asegurado, abrió la portezuela del acompañante, desconectó el freno de mano e indicó a Puerto:

—Ponte a mi lado y empuja.

Unos pocos metros les separaban del filo del precipicio. Puerto y Dax apoyaron las manos en el maletero y empujaron hasta no sentir los músculos. Cuando el morro

perdió pie ellos resbalaron, reincorporándose de inmediato para ver hasta dónde caía el Rolls. Desde el borde del farallón oyeron el fragor de hierros colisionando contra salientes rocosos. El automóvil cayó y cayó hasta que una llamarada brotó de algún lugar que parecía encontrarse mucho más abajo de donde ellos estaban. Apenas unos segundos después, una explosión que pareció sacudir la montaña hizo volar por los aires los restos del coche. Las llamaradas alcanzaron tal altura y luminosidad que pudieron distinguir el perfil de la costa. El de Puerto seguía terriblemente angustiado. Dax intentó animarla:

—Todo saldrá bien. Suceda lo que suceda, debes conservar la calma.

—¡Nos van a descubrir, estoy segura! ¿Qué pasará cuando examinen el cuerpo?

—El fuego lo carbonizará —aventuró Dax—. Es probable que tengan dificultades para reconocer el cadáver.

—¿Y el golpe en la cabeza? ¡Sabrán que alguien le agredió antes del accidente!

—Durante una caída como esta, de más de un centenar de metros, necesariamente el ocupante del vehículo tuvo que sufrir numerosos golpes —razonó Dax, casi en tono pericial—. El del cráneo será uno más. Vamos —agregó, cogiéndole de la mano—. Acerquémonos hasta el lugar del siniestro, como si fuésemos a socorrerle. Si apareciese alguien no podríamos explicar por qué dejamos de hacerlo. Es seguro que, después de semejante explosión, habrá cundido la alarma.

Como otorgándole la razón, una débil luz que, allá lejos, cerca de la costa, parecía estar recorriendo la carretera de El Golfo, cambió de dirección y, trazando un ángulo recto, se dirigió hacia el automóvil en llamas.

La luz se detuvo a una cierta distancia de la hoguera en la que ardía el Rolls, con Leo Cosmo en su interior, y se apagó enseguida. Uno o dos minutos más tarde, mientras Puerto y Dax continuaban bajando a buen paso la falda del volcán, volvió a encenderse. Esta vez lo hizo acompañada de un leve petardeo.

—¿Qué es eso? —preguntó Puerto, cada vez más inquieta.

—Parece una motocicleta —opinó Dax.

—¿A estas horas? ¿Quién será?

—Seguramente, algún campesino.

—¿Qué le vas a decir?

—Déjame hablar a mí. Tú límitate a actuar como una mujer que acaba de perder a su esposo. No olvides mantener la calma.

—¡Dax, mira! ¡Esa moto viene hacia aquí! Asombrado, el vulcanólogo comprobó que lo que Puerto acababa de afirmar era cierto. La moto había emprendido el ascenso a la Montaña del Hombre Muerto. Si no se desviaba ni regresaba a la carretera principal, en breve llegaría hasta ellos.

—¡Vamos! —ordenó Dax—. ¡Le haremos creer que acudimos en ayuda de Cosmo!

Él mismo, echando a correr pista abajo, se adelantó a Puerto. En cuanto el faro de la motocicleta comenzó a deslumbrarle, se puso a dirigir a su conductor frenéticas señas.

—¡Pare! ¡Deténgase!

El vehículo lo hizo un par de curvas más abajo. Su conductor no apagó el motor, pero descabalgó de la máquina y permaneció inmóvil junto a la luz del faro.

Era un hombre. Dax volvió a gritarle:

—¡Necesitamos ayuda!

La respuesta demoró unos segundos más de lo que habría sido lógico.

—Está bien, Dax, acércate. Hazlo despacio y a la luz del faro. No se te ocurra intentar ninguna tontería. Quiero verte las manos en todo momento.

El corazón del vulcanólogo se encogió. La voz del motorista no le era desconocida. Dax exclamó:

—¿Fagen? ¿Eres tú?

—Ese era un apodo.

—¿Estás bromeando? ¿De qué va esto?

—Seré yo quien haga las preguntas, Dax. ¡No te acerques más! Te estoy apuntando con una pistola y tengo fama de buen tirador.

—Escucha, Fagen...

—Mi nombre es Claudio Cabral. Desconcertado, Dax intentó ganar tiempo.

—Seas quien seas, tenemos que socorrer a un hombre que acaba de accidentarse. Su coche está ardiendo. ¡Démonos prisa, tal vez podamos salvarle!

—Nadie puede ayudarle, Dax. Leo Cosmo ya no es más que un montón de carne al carbón.

En su tono había un matiz de burla. Algo se iluminó de golpe en la mente de Dax. Fue como si resbalara un velo, como si un lazo acabara de desprenderse de una caja que contenía un regalo, solo que ese obsequio no era para él. Lentamente, preguntó:

—¿Cómo sabes que el hombre del coche es Leo Cosmo?

—La policía no es tonta, Dax. Llevo semanas detrás de ese cabrón.

—Espera un momento... ¿Eres un agente de policía?

—Con grado de inspector. ¿Dónde está la chica, Dax?

—¿A quién te refieres?

—No te hagas el imbécil. Sabes perfectamente a quien me refiero. —La voz del inspector Cabral se endureció con un timbre militar—: ¿Vas a seguir fingiendo que esto no va contigo? ¡Te estoy preguntando por la mujer de Leo Cosmo, por esa tía buena a la que te estás tirando!

Dax apeló a todo su dominio para sujetar los nervios. Tenía que ajustarse al guión. Sostuvo:

—Su marido conducía como un loco. Nos bajamos juntos del coche. Puerto venía detrás de mí. En cuanto vea esta luz se dirigirá hacia nosotros.

—¿Estaba siguiéndote montaña abajo? ¿A qué distancia iba de ti?

—A unos cincuenta metros.

—¿Y por qué no está aquí? ¡Dime la verdad, Dax!

¿Te las has cargado? ¿Prefirió quedarse con el viejo y le diste pasaporte, como a él?

—¡Yo no he matado a nadie!

—¿Qué has hecho con ella? ¡Responde! ¿La golpeaste y la arrojaste por el barranco?

—¡Socorro!

Aquella voz de auxilio había sonado cerca de ellos. Dax se dio la vuelta. Vio a Puerto bajar por la pendiente y la oyó gritar, llena de terror:

—¡Aléjese de ese hombre! ¡Es un criminal! ¡Ha intentado matarnos!

—¿Se encuentra bien, señora? —le gritó Cabral.

—¡Me golpeó hasta dejarme inconsciente, golpeó a mi marido! ¿Qué le ha hecho a Leo? ¿Dónde está el coche?

Le repuso una explosión. Parte de la carrocería del Rolls saltó por los aires en medio de un millón de rojas chispas. Cabral ordenó:

—¡Venga hacia mi posición, señora Cosmo! ¡Y tú, Dax, escúchame! Vas a ponerte estas esposas. Las tiraré al suelo, delante de ti. ¡No intentes nada! Voy a llamar para pedir refuerzos, pero no los necesitaré para meterte un balazo entre pecho y espalda.

Puerto pasó cerca de Dax, sin mirarle. Delante de Cabral rompió en sollozos.

—Mi marido está muerto, ¿verdad? ¡Él lo hizo! —Y señaló a Dax, ahogándose en

llanto.

—¡Puerto! —estalló Dax—. ¿Cómo puedes...?

—¡Maldito bastardo! —gritó ella, histérica—. ¡Mire mi cara! ¡Me pegó, el muy canalla! ¡Se presentó en nuestra casa como un admirador de Leo y desde entonces nos ha sometido a un acoso inhumano!

—Cálmese, señora Cosmo —repitió Cabral, pasándole un brazo protector por los hombros—. Soy inspector de policía. No corre usted ningún peligro.

—¿Por qué no le detuvieron antes?

Cabral se acogió a un tono de humildad, como si tuviera que lamentar un error.

—En realidad, vigilábamos a su marido.

—¡Estúpidos! ¿Desde cuándo?

—Desde aquel crimen en el Teatro Español. El señor Cosmo se encontraba entre los espectadores.

—También yo.

—Sí, pero a él una serie de circunstancias lo relacionaban con la víctima. Esa orquídea negra, por ejemplo, con hojas de sanjora, una planta que solo se da en El Hierro, bien pudo salir de su invernadero. Decidimos montar un operativo en su entorno. Me trasladé a El Hierro, asumiendo el rol de un artista cuya ficticia personalidad creamos con ayuda de la Red, y me instalé en la Colonia científica. Pero ¿quién iba a decirnos que nos habíamos equivocado de asesino?

Puerto se derrumbó. Cabral intentó consolarla, pero ella no reaccionó ni siquiera cuando la escena se llenó de luces y vehículos de la Guardia Civil hicieron su aparatosa presencia. Un par de sanitarios abrigaron a Puerto con una manta, la tumbaron en una camilla y la introdujeron en una ambulancia.

Tendrían que transcurrir veinticuatro horas para que la mujer de Cosmo estuviese en condiciones de comparecer ante el juez. El mismo magistrado que ya había dictado prisión preventiva para quien acabaría siendo el único imputado en la muerte del director de cine: Ricardo Dax.

El verano de 2009 fue uno de los más calurosos que se recordaba.

Los presos de la cárcel de Tenerife 2 evitaban salir al patio. Aquel extremo calor pudo ser uno de los factores desencadenantes de los graves incidentes que convulsionaron la ya de por sí difícil convivencia en la prisión. Hubo reyertas internas, con el resultado de varios heridos por arma blanca, y un motín que duró tres días y en el que fueron tomados como rehenes varios funcionarios.

También hubo que lamentar dos suicidios. El de un hombre llamado Pedro Guerrero, que apareció ahorcado en la lavandería, y el de Ricardo Dax, el vulcanólogo acusado del asesinato del cineasta Leo Cosmo. Dax había sido agregado al servicio de enfermería de la prisión. En esa dependencia ingirió un cóctel de fármacos que le produjo la muerte.

En la celda de Dax, oculto en el colchón, fue descubierto un cuaderno de campo con dibujos geomórficos de la isla de El Hierro y un breve diario de su vida en la cárcel. Dicha memoria, junto con sus pertenencias personales, fue entregada a sus familiares. Tras leer el diario, su padre, Bernardo Dax, un modesto funcionario del servicio de Infraestructuras del Ayuntamiento de Lérida, decidió remitírselo al inspector Claudio Cabral, encargado del caso, por si de las afirmaciones y razonamientos que su hijo había puesto por escrito pudieran verificarse nuevos datos con los que defender, aunque fuese a título póstumo, su inocencia.

La redacción constaba de una docena de hojas escritas con la letra pequeña y apretada de Ricardo Dax.

Decía así:

«¿De qué color es el berilo?», me preguntaba uno de los reclusos que asisten a mis clases de geología en el penal de Tenerife 2.

«Del color de la piel de Puerto», pude haber contestado.

«¿Cómo es posible que un volcán sea capaz de expulsar rocas como montañas y millones de toneladas de lava en pocos segundos?», quiso saber otro.

«Con la misma fuerza con que bombeaba mi corazón al verla», pude haber replicado.

La mano de un tercero se alzó con otra duda: «¿De qué modo nacieron los primeros continentes?».

«Con la misma lentitud con que se resistían a separarse nuestros cuerpos», pude haber respondido, como un amante obsesivo, pero esas respuestas permanecieron en mi cárcel interior, amparadas por el silencio mineral que, desde que fui detenido, reina en mi mente.

¿Por qué a los presos les fascinan los minerales? ¿Por qué sus ojos brillan cuando sus manos sostienen un trozo de aragonito?

Quizá porque su fría e indiferente dureza les recuerda aquel arroyo en el que se bañaron de niños, el perfume del monte, el calor del verano, conmoviéndoles con una suerte de nostálgica ternura. Tal vez porque los pensamientos inspirados por el tacto de una simple esquirra de cuarzo saltan los muros de la prisión y les transportan a un espacio tapizado de aire puro, hierba y libertad. Acaso porque, en su secreta afectividad, las piedras son inocentes, tal como ellos, en sus sueños de libertad, quisieran volver a ser.

Esas voces... ¿Son ellos, mis alumnos, quienes hablan, o es ese otro personaje que habita dentro de mí y a quien, aunque no desee escucharle, oigo susurrar graves acusaciones?

¿Estaré perdiendo el juicio? No, no... Permanezco en contacto con la realidad, me siento unido al viento que choca contra las torres de la prisión y a las piedras del muro. Pero ¿por qué odio a las gaviotas?

Sus chillidos parecen taladrar mi cerebro. Cuando se posan en el patio, una torva angustia se apodera de mí. Me acurruco en una esquina, alejado de los otros presos, y escondo la cabeza entre las rodillas. Mi cuerpo, reducido a una hueca cáscara, se encoge y tiembla.

La fatiga me anula. Me aílo en un rincón de la biblioteca, corro las cortinas y enciendo una lámpara de mesa. Es lo mejor para evitar la claridad y preparar mis lecciones.

De la Estación Vulcanológica siguen enviándome a la prisión audiovisuales, monografías, novedades editoriales. Mis compañeros no me han olvidado, aunque ignoro qué pensarán de mí.

Paso muchos ratos trabajando en el ordenador, organizando mis clases, tomando apuntes. Leo, estudio. Mi memoria sigue siendo capaz de recordar párrafos enteros, pero, con respecto a lo ocurrido en El Hierro...

«¿Cuál es el color del topacio?», me preguntaba otro recluso al concluir una de mis proyecciones.

«El de la luz del amanecer en los ojos de Puerto», pude haber contestado, pero no lo hice.

«¿Cuántos grados debe descender la temperatura para originar una glaciación?», quiso saber otro.

«Hasta generar el frío mortal que congeló mi sangre una vez la hube perdido para siempre», pude haber replicado, pero de nuevo una sensación de burla, como si alguien a mis espaldas se estuviese riendo de mí, me dejó sin respuesta.

Mis clases se desarrollan en uno de los talleres. Al principio, solo acudían unos pocos ociosos. Ahora, no se cabe.

Cada lunes y cada jueves, a las cinco y media de la tarde, espero a que mis compañeros de encierro hayan tomado asiento, apago las luces del aula y enciendo el proyector. En la pantalla van sucediéndose ríos de lava, deslizamientos de tierra, géiseres, los destructivos efectos de la contaminación y del calentamiento de la

corteza terrestre: lluvias ácidas, sequías, ríos contaminados, vertidos de crudo, cormoranes cubiertos de brea, osos polares flotando a la deriva en trozos de hielo que acabarán por fundirse, abandonándolos a una muerte atroz... Y, enseguida, más terremotos, aludes, olas gigantes...

Cuando la atención de los presos se ha concentrado en la pantalla, me desplazo a un ángulo de la sala, y a la oblicua luz del cañón, observo sus carcelarios rostros. El ansia endurece sus rasgos con ese tipo de presión que en períodos de actividad sísmica tensa la piel de la tierra para, finalmente, desgarrarla en su cárcel de arcilla. ¡Cómo les impactan a esos desgraciados las imágenes de erupciones volcánicas, tsunamis, aludes, terremotos! En la semioscuridad del aula-taller brillan sus pupilas como las de los lobos. ¿Qué clase de devastadora fuerza se oculta detrás de su acerado fulgor? ¿La del crimen?

A menudo, tengo la impresión de que el proyector va a jugarme una mala pasada, a revelar, como si de otra película se tratase, lo sucedido en El Hierro... Entonces apago el cañón y hablo, gesticulo... Los presos —asesinos, violadores— quieren saberlo todo sobre los misterios del planeta. Por qué se dividieron las plataformas continentales, cómo se formaron las cordilleras, qué clase de gases y líquidos se acumulan bajo el manto vegetal, cuántos volcanes conozco y cuántos he visto explotar...

Escuchándome, ninguno piensa en mí como un criminal. Soy «el profesor» y eso me halaga. Mi voz se aterciopela y acaricia los oídos de esos hombres colonizados por el mal, el remordimiento y la culpa.

«¿Un cigarrillo?», me ofrecerá luego cualquiera de ellos, al atardecer, en el patio entre cuyos muros vagamos como espectros sin nombre.

Aceptaré. Una mano de uñas sucias me tenderá un fósforo y pasearé solo, de una punta a otra del muro, mientras el sol declina.

Me gusta celebrar su ocaso, la muerte del sol. No existe un crepúsculo como el anterior; la naturaleza jamás se repite. Es una lección que mis alumnos han aprendido y que yo no debería olvidar, como he olvidado otras cosas...

Carentes de sentido transcurren mis días en el penal. Cuando cae la noche, los cielos se oscurecen hasta hacerse de tinta. En el pasillo queda siempre encendida una luz. Basta su tímido resplandor para impedirme dormir. En mis largas vigias veo gotas de sangre resbalando por la roca... Veo extrañas sombras en La Montaña del Hombre Muerto, turbias olas golpeando los acantilados de lava... Hora tras hora permanezco desvelado en la tiniebla de mi celda y pienso en el fin.

¿No sería preferible la muerte a este tormento? ¿Para qué seguir viviendo?

La muerte, la última máscara... ¿De qué modo se corromperá mi cuerpo? Me obsesiona el tránsito, aquello que llegaré a ser, en lo que me convertiré. Un esqueleto... Despojarán mi carne los gusanos, irán devorando mis nervios y mis rótulas y no podré llorar, no podré gritar, rogar que me incineren y entreguen mis cenizas al océano que una vez amé pero cuyo recuerdo solo me devuelve oleajes de

odio.

¡Esas voces! ¿Son mis fantasmas o algún preso que se desvela y agita en pesadillas? Nada más ingresar en Tenerife 2 escuché el alarido de un hombre que estaba siendo apuñalado en las duchas. El eco de aquellos desgarradores aullidos me trastornó durante días enteros. ¿Será por eso o por lo que sucedió en El Hierro que despierto aterrado en mitad de la madrugada?

Salvo en mis clases y en las entrevistas con mi abogado, procuro eludir cualquier intercambio verbal.

El abogado me ha insistido en que no aparecerán fácilmente nuevas pruebas. Está claro que he sido víctima de una conspiración urdida por María Puerto para librarse de su marido y heredar su fortuna, pero todo apunta a mi culpabilidad. El inspector Cabral y otros policías me acusaron desde un principio. El juez tomó declaración a Puerto, pero no encontró motivo alguno, no ya para sospechar de ella, sino ni siquiera para privarla preventivamente de libertad. Su inocencia ha estado vinculada a mi culpabilidad. En la medida en que todos los indicios abrumadoramente me acusaban, ella daba pasos de gigante hacia un horizonte sin tutela ni vigilancia alguna. La policía encontró aquel mensaje de Puerto en mi ordenador, en el que me advertía que dejara de acosarla. Los testimonios de las personas, y fueron varias, que nos vieron juntos coincidieron en presentarme como un tipo enfermizo, obsesionado con ella. Seguí a Puerto desde la playa a su casa, molesté a su marido, volví a abordarla en un bar de La Restinga delante del buzo con el que estaba negociando un cursillo... José Perdigón, que podría haber declarado a mi favor, no reconoció a Puerto en la mujer que paseaba a mi lado por la playa del Parador. En todo el proceso de investigación, la policía no logró localizar una sola llamada, un solo testigo capaz de acreditar que me viera besarla o conversar con ella... El profesor Lambergis, en quien yo había confiado, declaró, mintiendo con increíble descaro, lo siguiente: la noche en que me invitó a cenar, yo bebí más de la cuenta y acabé revelándole mi fijación sexual por la mujer que habitaba en la casa del volcán. Por qué diría Lambergis tal cosa al juez, es algo que ni mi abogado ni yo nos podemos explicar...

En el comedor de la cárcel ocupo un extremo del banco y manejo los cubiertos evitando que rocen la bandeja metálica. Si alguien me dirige la palabra, le pido que se abstenga o que lo haga en voz baja.

«¿Está usted casado?», me preguntó un recluso que sí lo estaba («pero solo hasta el día en que mató a su mujer», me aclararía después otro condenado, con ese humor negro propio de la prisión).

«No», repuse.

«¿Sabe cuándo se da cuenta uno de lo importante que es la familia?», volvió a preguntarme.

«No», volví a responder.

«Cuando ya no puede disfrutarla», sentenció aquel preso, condenado por doble

asesinato, el de su esposa y el de su hija.

«Cuando ha degollado a su mujer y a sus hijos y otros los han enterrado por él. Cuando no tiene nada y está solo como un perro».

El parricida se detuvo ahí. Si hubiese añadido «como usted», seguramente le habría matado.

Yo mismo, con mis propias manos, o ese otro asesino encadenado a mí y a quien entreveo en sueños, con el torso mojado de sudor y la respiración jadeante, avanzando en la oscuridad hacia un acantilado de roca volcánica...

¿Cuántos años de encierro me esperan en Tenerife 2? Mi abogado estudia una apelación, pero es seguro que cumpliré una larga condena. Otros lo celebrarán con una nueva vida, edificada sobre bases perversas...

Yo, Ricardo Dax, he tomado una decisión.

Cuando la haya llevado a cabo, les esperaré en un cielo de basalto. Lo imagino como una pradera de lava en una galaxia silenciosa y fría, con los filos de las rocas brillando a la luz de la luna como plateadas navajas. Un espacio sin ruido ni luz donde, al fin, pueda descansar...

Hacía mucho tiempo que ningún habitante de Bahía Drake, del escaso centenar que residía en aquel inmenso territorio junto al Pacífico, divisaba al jaguar por sus selváticas inmediaciones.

Ellos, sin embargo, la joven y guapa Desdémona, y su marido, el ya mayor, pero relativamente bien conservado, don Julián, estaban seguros de haber oído rugir a la fiera desde su aislado bungalow.

El jaguar rugía al anochecer. Su desgarradora advertencia brotaba de lo más frondoso del bosque, haciendo callar a los demás animales. Infundía pavor, no en vano era el pregón de una bestia ávida de saciar su apetito con carne fresca.

También ellos, Desdémona y don Julián, ávidos de sí mismos, se mostraban insaciables de su propia carne.

Su erótica voracidad se traducían en la frecuencia con la que hacían el amor. Se acoplaban apenas sin palabras, como lo harían las primeras parejas del paraíso terrenal, uno encima del otro, uno delante del otro, revolcándose por la hierba que rodeaba el bungalow o por las fangosas orillas del río Sierpe.

Para reponer fuerzas, desayunaban en la terraza, bajo los árboles. Lucinda, una de las camareras del cercano *lodge*, les traía cada dos días jugo de coco, frutos tropicales y pescado fresco. La servicial Lucinda limpiaba la cabaña y se llevaba la ropa sucia.

Con el café y el primer cigarrillo del día, Desdémona y don Julián contemplaban el Pacífico costarricense, su azul nítido, mucho más claro que el de El Hierro. Era un azul turquesa, tan suave y colmado de promesas que se había convertido en el color de sus vidas. Desde el bungalow, al fondo de aquel idílico cuadro, se distinguía la isla de Drake, pero ellos solo tenían ojos para devorarse mutuamente. Tomaban su segundo café esperando a que Lucinda acabara de hacerles la cama para volver a ocuparla y aparearse como jaguares rabiosos.

—¿Nunca tienes bastante? —preguntaba don Julián, con los ojos vidriosos y el sudor chorreándole. Sacaba su curva verga de semental, lamía a Puerto allá abajo y se introducía de nuevo en su vagina con embestidas rítmicas. Ella sabía que volverían a hacer el amor a mediodía y el simple pensamiento de tenerle otra vez dentro de ella la excitaba como si estuviera en celo, invitándola a abandonarse a un paroxismo de placer y a encadenar un orgasmo con otro.

Después, don Julián se ponía unos pantalones cortos y una camiseta y caminaba hasta las riberas del Río Sierpe, donde creía había descubierto una nueva especie de lagarto.

De confirmarse que se trataba de una variante desconocida hasta la fecha, le gustaría bautizarla con el nombre de *Gallotia Llambergiis*, añadiendo una coqueta «i» para conferir un toque latino a su primer apellido.

No lo había hecho ni había emitido noticia de su descubrimiento a la comunidad científica porque temía que su vanidad les hiciese correr, a Desdémona y a él,

innecesarios riesgos, atrayendo sobre ellos una atención de la que, por el momento, debían prescindir. Había decidido sacrificar su vanidad por una existencia más segura y aguardar otros tres o cuatro años antes de protagonizar una comunicación o ponencia en la que, ya entonces sí, plantearía un programa de recuperación del *Gallotia lambergiis* similar al que se había llevado a cabo con el lagarto gigante de El Hierro.

Él, Abel Lambergis, seguía siendo el mismo hombre serio y prudente, pero su Desdémona, la siempre imaginativa e inquieta María Puerto, no se mostraba tan cautelosa.

A menudo, ella echaba de menos un poco de diversión, las tiendas, los cines, el bullicio de Barcelona o de Madrid, y le urgía a abandonar su refugio de Bahía Drake. A Abel le tocaba tascar el freno, y a veces, cuando Puerto llegaba a perder los nervios y amenazaba con fugarse en la primera barca que levantara anclas, hacer el triste papel de aguafiestas. Era por su bien, le decía a ella. Por el de la pareja.

Las posibilidades de que alguien les reconociera allí, a cincuenta kilómetros de Arcángel Gabriel, la última población costera antes de cerrarse la selva, eran remotas, pero debían seguir tomando precauciones.

La primera de ellas, preservar su identidad. Puerto se había convertido en Desdémona Sánchez, y él, Abel Lambergis, en ese don Julián Aguinochaga por el que le conocían en el *lodge* de la playa. Los bungalows del *lodge* tenían agua corriente, pero en lo demás no se diferenciaban apenas del que ellos ocupaban en pleno bosque, a unos cuatro kilómetros del hotel, sobre una loma cubierta de vegetación.

No muchos, pero en el *lodge* solía haber huéspedes. Como Lambergis utilizaba los senderos cercanos, nunca olvidaba encasquetarse su gorrito de tenis ni ponerse las gafas Ray-Ban de Leo Cosmo. El hecho de que hubiesen pertenecido a un hombre a quien él había despreciado en vida le proporcionaba un vengativo placer.

Dichas gafas habían llegado hasta San José de Costa Rica en una de sus maletas, junto con otros objetos y pertenencias del director de cine que su alegre viudita, como a veces la llamaba él, María Puerto, Desdémona, había juzgado oportuno trasladar desde la singular vivienda que en la Montaña del Hombre Muerto había compartido con el gordo y rico Leo Cosmo.

El viaje a San José se había realizado por etapas.

A los pocos días del funeral de Cosmo, celebrado en el cementerio de El Hierro, donde Puerto decidió enterrarle, Abel Lambergis había partido a Tenerife en el vuelo de Binter.

En la capital tinerfeña, el herpetólogo contrató un depósito de seguridad donde guardar los fajos de billetes que, por valor de casi un millón y medio de euros, habían aparecido en la caja fuerte de la casa del volcán. Leo Cosmo había fallecido intestado, por lo que todos sus bienes, la distribuidora, las acciones en varios canales de televisión, una editorial especializada en temas cinematográficos y, por supuesto,

sus cuentas corrientes, fondos y valores, hasta otros cuatro millones y medio de euros, pasarían a manos de María Puerto. En total, seis millones, a los que había que sumar cinco propiedades repartidas por la geografía española, un piso en Barcelona, otro en San Sebastián, un chalet en Sanlúcar de Barrameda, otro en Sangenjo, más una rústica masía en el Ampurdán.

Al tiempo que se ocupaba de preparar su huida a Costa Rica, Abel Lambergis había realizado diversas gestiones con el Cabildo insular, a fin de justificar su indefinida ausencia del Lagartario de El Hierro y su renuncia a la dirección del programa de recuperación del lagarto gigante debido, arguyó el profesor, a una oferta para investigar la pervivencia de distintas especies de reptiles amenazadas en países iberoamericanos.

Mientras él llevaba a cabo todos esos cometidos, Puerto había permanecido en la Montaña del Hombre Muerto. Hizo embalar los muebles, las antigüedades y colecciones de su marido, guardándolas en un almacén de Valverde, con idea de ponerlas a la venta más adelante.

Los sirvientes fueron despedidos. Ledesma, el secretario de Cosmo, regresó a Madrid sin otra expectativa que acogerse a la caridad de un sobrino, el único pariente que le quedaba. Francisca Embid solicitó plaza en una residencia de ancianos de su ciudad natal, Orihuela. El gigante, Eulogio Morán, logró colocarse en un circo como ayudante de un domador de osos. Huang, el cocinero chino, obtuvo trabajo en un restaurante de Arrecife, y la doncella africana regresó al Sáhara Occidental, de donde era nativa...

Caso distinto fue el del gerente. En cuanto Puerto le hubo comunicado su decisión de prescindir de sus servicios, Santoro intentó chantajearla, amenazándola con airear determinadas operaciones económicas de Cosmo. Puerto se mantuvo firme. El gerente insistió en demandarla, por lo que ella, siguiendo los consejos de Abel Lambergis, puso el caso en manos de un despacho de abogados.

Su amante le había aconsejado también que sacara a la venta la casa del volcán. Puerto contactó con una agencia inmobiliaria y así lo hizo. A fin de que no se arruinasen las plantas, apalabró a un jardinero para que, de vez en cuando, se ocupase de ellas, asegurándose, de paso, de que no proliferasen las ratas y de que los pájaros no consiguieran abrirse paso al interior de la vivienda y anidar en habitaciones que, sin alfombras ni cortinas, camas ni lámparas, pronto recuperarían su primitiva condición de cuevas volcánicas. El jardinero opinó que no era posible, con esa mínima dedicación, mantener los invernaderos, por lo que Puerto hizo donación de las especies exóticas, incluidas las diferentes variedades de orquídeas, a la concejalía de Medio Ambiente del Ayuntamiento de Valverde.

Las orquídeas negras siempre le iban a traer emocionantes recuerdos. Adornadas con unas hojitas de sanjora, habían sido utilizadas para decorar las escenas de los crímenes. Puerto no había sentido nada al golpear y estrangular con sus propias manos a aquellas dos mediocres actrices que le habían arrebatado el papel de

Desdémona. Al matarlas, no había experimentado ansiedad, temor ni placer alguno, de la misma manera que, transcurrido el tiempo, tampoco padecería el más mínimo remordimiento. En cambio, cuando en las escenas de los crímenes eligió dónde colocar las orquídeas negras, su fúnebre presencia sí le produjo una intensa y simbólica satisfacción, la de estar colgándole a su marido asesinatos que, de no atribuírselos a él, difícilmente serían aclarados. Pero los policías, como muy bien había sentenciado Lambergis, se comportaron como «unos perfectos imbéciles». Menos mal que entonces, como una bendición caída del cielo, y cuando ya Cosmo parecía haber quedado fuera de sospecha, apareció Ricardo Dax.

¡Pobre Dax! Era un ingenuo. Puerto hizo con él lo que quiso. Le fue encelando hasta enloquecerle y provocar su enfrentamiento con Cosmo. Dax nunca sospechó que era una simple marioneta. Él solito se fue metiendo en la trampa y él mismo la cerró.

En toda aquella intriga, Lambergis había preferido no mancharse las manos con la sangre de Cosmo. Tenía un plan para liquidarle, aprovechando la perfecta coartada de sus estancias en el Roque Chico de Salmor, pero acabó aceptando la variante propuesta por Puerto, consistente en utilizar a Dax. Salió bien y la policía jugó a su favor.

Aquel inspector Cabral que tan providencialmente había aparecido en la noche del crimen no tuvo la menor duda de que el vulcanólogo había asesinado a Leo Cosmo, intentando encubrir su acción mediante la burda treta de provocar un falso accidente de automóvil. Dax había insistido en su inocencia, pero las pruebas apuntaban a su culpabilidad. Había acosado a Puerto, a la que acabó golpeando y a la que habría violado o asesinado, o ambas cosas, de no haber logrado huir ella de su ataque. El propio Lambergis había clavado la puntilla a Dax, declarando en su contra y terminando de hundir su defensa legal. Era un caso de libro. El tribunal condenó al único acusado a veinticinco años de cárcel.

Cuando Ricardo Dax se suicidó en la prisión de Tenerife 2, Puerto y Abel lo celebraron bebiéndose una botella de ginebra y haciendo el amor hasta extenuarse.

Bahía Drake era su paraíso. Nadaban entre los arrecifes vírgenes, se tumbaban en las playas desiertas. Los monos les observaban desde las palmeras, listos para robarles la ropa. Salían en lancha a pescar, a bucear, a pasar el día en la isla, o se limitaban a pasear por los caminos de la selva. Se amaban. Amor, sí, pensaba Lambergis; aquello lo era.

Puerto había regresado a España en una sola ocasión, para revisar las gestiones llevadas a cabo por el despacho de abogados que se ocupaba de sus diversos asuntos. Del pleito con Santoro, por un lado. Por otro, de la enajenación de las propiedades de Leo Cosmo. Se habían vendido dos inmuebles, el piso de San Sebastián y la residencia de Sanlúcar de Barrameda. Puerto había transferido los beneficios a un banco suizo, a una cuenta protegida. Tenía suficiente dinero como para vivir diez vidas. Ella quería disfrutarlo, pero Abel la frenaba. Debían aguantar más tiempo,

hasta estar seguros de que no serían descubiertos.

Pasaron los meses. El 5 de diciembre se cumplirían cuatro del suicidio de Dax.

Esa fecha coincidía con el cumpleaños de Puerto. Lambergis había pensado regalarle una esmeralda. Tenía un contacto en Arcángel Gabriel. Alquiló una lancha y costeó hasta su desembarcadero para recoger la piedra en una de las tiendas del pueblo. Todo fue bien. Pagó la esmeralda y regresó a Bahía Drake.

Era casi de noche cuando llegó al bungalow. Puerto no estaba. A Lambergis le extrañó, porque ella no solía aventurarse por el bosque después de la caída del sol.

Entró al bungalow. Junto a la cama, en la tabla que hacía las veces de mesilla de noche, había una flor tropical.

Lambergis la cogió por el tallo y encendió una vela para verla mejor. Era una orquídea, y el color de sus pétalos negro como el alma de quien allí la hubiese depositado.

El corazón del científico se puso a latir con desorden. Guardaba un machete en el único armario del refugio. Aunque lo buscó por todas partes, no apareció.

Decidido a aclarar el misterio, Lambergis salió de la cabaña. Tres escalones de madera la alzaban sobre el suelo, pero nunca llegaría a bajarlos. Se oyó una detonación y un disparo le alcanzó en el muslo, derribándole en el porche. Alguien corrió en la oscuridad y le agarró del cuello, obligándole a erguir la cabeza.

Era Claudio Cabral, el policía. Su mano diestra sujetaba la culata de un revólver y la zurda le mantenía aferrado por la camisa, obligándole a mirar hacia la orilla de la selva.

En su borrosa linde fue dibujándose la silueta de una mujer. Lambergis forzó la vista, nublada por un velo rojizo. Era Puerto, su amor. Caminaba hacia él dedicándole su más tierna sonrisa. La misma con la que tantas veces había agradecido su ardor en la cama.

El herido intentó levantarse, pero Cabral le tumbó de un culatazo.

—¡No me mate! —suplicó Lambergis—. ¡Le daré lo que quiera, lo que me pida!

Cabral sonrió con desdén.

—Me temo que el botín ha cambiado de manos.

—¡Puerto, por favor! —suplicó el profesor—. ¡Ayúdame!

En la penumbra del atardecer, la voz de la chica sonó tan ronca que se habría confundido con la de un hombre.

—Voy a lamentar tu muerte, Abel. Has demostrado ser alguien respetable, mucho más que los otros que ensuciaron mi vida. Estoy segura de que ahora sientes hacia mí el odio que yo he sentido hacia ti todo este tiempo, pero te necesitaba. Sin embargo, no puedo dejarte vivir.

Tirado en el suelo, Lambergis gimió:

—¿Todo era mentira? ¿Tus promesas, tus caricias? Ella se echó a reír. No había mucha diferencia entre ese sonido y los ecos nocturnos de la selva. El inspector Cabral zanjó la escena:

—Hasta aquí han llegado las explicaciones. Fin de la historia.

Dándose cuenta de que estaba perdido, Lambergis insufló a sus últimas palabras un tono sarcástico:

—De modo que el poli malo se queda con el dinero y con la chica.

—Así es —asintió Cabral con sequedad—. Ni yo mismo lo habría resumido mejor. —El inspector le apoyó el cañón del arma en la frente—. Cierra los ojos, profesor, será más fácil para los dos.

—Deja que sea yo quien le remate —pidió Puerto.

—Ya te has cargado a dos tipos —le recordó Cabral—. Sin contar a esas pobres actrices que nada te habían hecho.

—Mi número de la suerte es el tres.

Puerto forcejeó brevemente con Cabral, le quitó la pistola y descerrajó a Lambergis un tiro en la nuca. Se oyó un grito agónico. La sangre les salpicó y una viva y roja mancha cubrió el cráneo del científico.

—Eres peor que las bestias salvajes —opinó Cabral, alejándose unos cuantos metros del cadáver y del olor a sangre y a pólvora. Encendió un cigarrillo y pareció reflexionar durante unos segundos—. ¿Tienes una pala? Lo enterraré en la selva —decidió—, aprovechando la luz de la luna. Tú quédate en la cabaña. Limpia toda esta mierda y pega fuego a sus cosas.

Puerto asintió. Sonreía con una expresión de paz, como si se hubiera liberado de un peso o de una deuda.

Sin dejar de sonreír, apuntó a Cabral.

—¿Qué haces? —se alarmó él.

—Probar si el cuatro me da más suerte que el tres.

El inspector arrojó el cigarrillo y dio un paso hacia ella agitando los brazos, pero una bala le perforó el pecho, frenándole en seco. Cayó a los pies de la mujer, junto al otro muerto.

El rugido de un jaguar desgarró la noche.

Marzo de 2009, El Hierro (Islas Canarias)

Diciembre de 2009, Guadalajara (Jalisco)



JUAN BOLEA (Cádiz, 1959), es periodista y escritor. Comenzó como reportero en *Heraldo de Aragón*, y en 1988 pasó a *Diario 16 Aragón*, donde ejerció como columnista desde su sección «Tras la cortina».

Actualmente, se hace cargo de la sección «Sala de máquinas» que se publica, de lunes a viernes en *El Periódico de Aragón* y colabora con otros medios.

Juan Bolea es autor de una prolífica y destacada obra literaria. Su obra narrativa arranca a comienzos de los ochenta con *El palacio de los jardines oblicuos* (Premio Alcalá de Henares de Novela Corta), para continuar con títulos como *Mulata* (1992), *El manager* (2001), *El gobernador* (2003), *Los hermanos de la costa* (2005), *La mariposa de obsidiana* (2006) o *Crímenes para una exposición* (2007).

Considerado por la crítica, y por sus numerosos lectores, como uno de los grandes renovadores del género negro y de la novela de intriga en el ámbito del idioma castellano, su obra más exitosa es la serie de novela negra protagonizada por la investigadora Martina de Santo.